



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

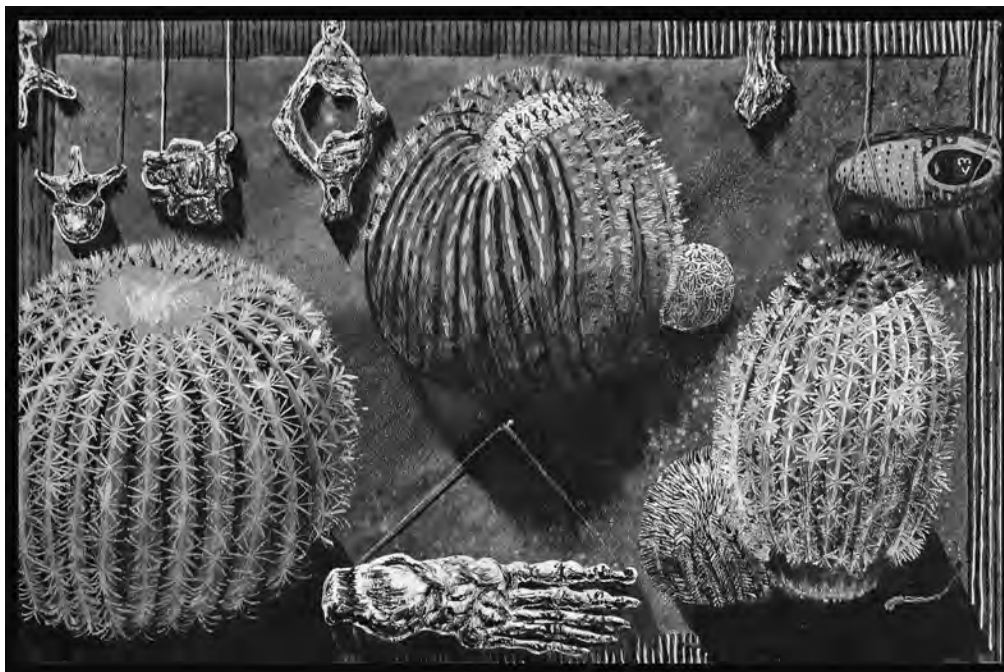
ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO



Santiago Robles (Ciudad de México, 1984). Estudió Diseño y Comunicación Visual en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ahora Facultad de Artes y Diseño), UNAM; en la Art Students League de Nueva York y en las Clínicas para la Especialización en Arte Contemporáneo en Oaxaca, UABJO-Centro Cultural La Curtiduría. Ha recibido diversos reconocimientos como el primer lugar en el diseño de la imagen del 5º Festival Internacional de Cine Contemporáneo de la Ciudad de México, FICCO-Cinemex (2008); el primer lugar en el *I Catálogo Iberoamericano de Ilustración* de la Fundación SM (2010); mención honorífica en la Primera Bienal de Los Volcanes de la Fundación Noval; así como el premio único en la categoría de Libro de Artista en la Primera Bienal Universitaria de Arte y Diseño de la UNAM (2014), por el libro *Semilla de sol*. Su trabajo ha sido expuesto en países como Brasil, España, Italia, México y Estados Unidos. Entre sus exhibiciones individuales destacan *Migración* (La Trampa Gráfica / FAD, 2015) y *Reparadora* (en colaboración con María José Ramírez y Christian Barragán, Polyforum Siqueiros, 2016). Actualmente presenta su proyecto multidisciplinario Carpa Orgánica de La Soledad dentro de la muestra colectiva *Un mundo en común* (Ex Teresa Arte Actual). Es cofundador de la editorial independiente Malpaís Ediciones y cursa un posgrado en Artes Visuales en la UNAM. Ha sido becario del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2015-2016).

Todas las imágenes incluidas pertenecen a la serie *Migración*. Fueron realizadas por el artista con tinta de grana cochinilla y pintura acrílica sobre papel artesanal (Arte Papel Vista Hermosa), 24 × 37 cm y 24 × 74 cm, 2013-2015. Originales en color transferidos a escala de grises para esta edición. La curaduría de la obra fue realizada por Christian Barragán para *Punto de partida*.

IMÁGENES DE PORTADA Y CONTRAPORTADA



Santiago Robles, *Sacrificamos tres guerreros*



Santiago Robles, *Huizachtilán, entre huizaches*

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Escaparate de pigmeísmos / Agustín Monsreal	8
DIEZ NARRADORES (1980-1989)	10
Diez cuentos de narradores nacidos durante la década de los ochenta / Joel Flores	12
Círculo cerrado / Óscar Guillermo Solano	16
Cena para cuatro / Ave Barrera	22
Cielo, no lluevas / Gabriel Rodríguez Liceaga	27
La soledad de los peces muertos / Abril Posas	34
La escala zoológica / Mariel Iribe Zenil	40
Mantra / Josué Sánchez	50
El peso del aire / Alfredo Núñez Lanz	55
Visiones / Raúl Aníbal Sánchez	61
Romam vado iterum crucifigi (o épica de la desgracia en VHS) / Gabriela Torres Olivares	67
Ciudad que termina / Rafael Villegas	73

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



Número 200, noviembre-diciembre 2016
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imágenes de portada y contraportada: Santiago Robles
Ilustración de este número: Santiago Robles
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Punto de partida llega con esta edición a su número 200, y celebra cinco décadas de vida, cincuenta años desde aquel diciembre de 1966 en que Margo Glantz, apoyada por Gastón García Cantú, editara la primera revista de este proyecto emblemático de la Universidad Nacional.

Animado siempre por el noble objetivo de dar un espacio a la nueva creación literaria y artística, el proyecto incorporó pronto otras actividades: el concurso universitario que seguimos convocando anualmente —semillero de voces en el quehacer literario del país—, los talleres, entre los cuales recordamos los de Juan Bañuelos, Miguel Donoso Pareja y Augusto Monterroso, y que siguen impartándose a cargo de la Dirección de Literatura; los libros colectivos que impulsara Marco Antonio Campos en un esfuerzo loable y productivo por visibilizar a tantos autores... Hoy el proyecto suma una publicación digital —*Punto en Línea*— que ha logrado difundir el trabajo de muchos jóvenes en el continente, amén de las numerosas antologías de obra de poetas y narradores que pueblan estas páginas, y la serie de libros Ediciones de Punto de Partida.

A propósito de este aniversario, abrimos el Árbol Genealógico con la colaboración de un reconocido escritor que empezó su carrera, a fines de los sesenta, en esta publicación. Me refiero a Agustín Monsreal, quien comparte con nuestros lectores su “Escaparate de pigmeísmos”, minificciones que, según su autor, podrían catalogarse dentro de lo que, en aquellos primeros años de esta revista, se conocía como varia invención.

Siguiendo con la celebración, publicamos un *dossier* de narradores nacidos en México en los años ochenta, compilado y prologado por su contemporáneo Joel Flores, quien desde 2014 ha realizado un rastreo sistemático de los autores de su generación. El resultado de esta pesquisa son diez cuentos espléndidos, escritos por cuatro mujeres y seis hombres, algunos ya con una carrera prolífica, otros al inicio del camino; todos herederos de una

sólida tradición, de la que en buena parte ha sido testigo esta revista.

Los autores antologados por Flores abordan en estos cuentos temas universales desde muy distintas ópticas y maneras. Del tono íntimo —incluso triste— de Abril Posas al narrar la violencia policiaca contra los jóvenes, al crudo retrato de la realidad actual en las piezas de Óscar Guillermo Solano y Raúl Aníbal Sánchez, o la metáfora de la violencia a través del lenguaje cinematográfico en el relato de Gabriela Torres Olivares. De las disecciones a la imposibilidad de la relación de pareja emprendidas por Ave Barrera y Josué Sánchez a la puntual radiografía de la soledad en los textos de Alfredo Núñez Lanz y Gabriel Rodríguez Liceaga. Del agríndice aliento erótico en el cuento de Mariel Iribe Zenil al humor involuntario que confiere Rafael Villegas a su personaje... Diez obras notables acomodadas por el antólogo en una sucesión que contribuye con acierto al ritmo de su lectura.

Mención aparte merece la obra del artista visual Santiago Robles, curada para este número por Christian Barragán. Se trata de una selección de pinturas de la serie *Migración*, una visión crítica del tema que no podría resultar más adecuada en estos momentos. Al artista, que permitió la reproducción de sus originales a escala de grises, al antólogo y a los autores, nuestro agradecimiento por participar en esta fiesta que, como afirma Joel Flores en su prólogo a propósito de la narrativa de su generación, no se acaba. A la Universidad Nacional Autónoma de México mediante su Dirección de Literatura, casa generosa de este proyecto, va nuestro reconocimiento a nombre propio y de las varias generaciones de escritores, artistas y lectores que han formado parte de este esfuerzo desde la segunda mitad del siglo xx. 

Feliz aniversario.

Carmina Estrada

Escaparate de pigmeísmos

Agustín Monsreal

Embrujaulados

Él se acurruca y ella, muy suavemente, con una piedad inútil, casi ridícula de tan perfecta, lo desacurruca.

Mecánica en general

Hay una hora del día en que pierdo la cabeza. Lo bueno es que tengo los lunes por la mañana para recuperarla.

Culo de mal asiento

Utilizó una computadora para escribir su novela, cuando con un mínimo de sentido común le hubiera bastado.

De mi aparato evocativo

Desde muy niño cambié la teta materna por la de la nana para empezar formalmente mi educación sentimental.

Intimidad de alcoba

Marido y mujer duermen. Ella sueña que mata a uno de sus hijos. Al despertar, él le pregunta: ¿A cuál de los dos?

Pasos en falso

A veces la gente me confunde conmigo; a veces yo mismo me confundo y creo que es yo éste que viene conmigo.

Cierra el pico

Sus labios, que antes me transmitían su irreprimible deseo de vivir, ahora me cortan como el cuello de una botella rota.

Todo por servir se acaba

No, ahora ya no soy ni remedo de lo que fui. Argos muy disminuido, muy venido a menos, no me quedan sino dos ojos.

Bodas de oro

Lo que los mantenía unidos era el deseo secreto de saber quién de los dos quedaría en pie cuando la muerte los separase.

Testigo de calidad

Cada que veo a la pobrecita de mi sombra, tan frágil, tan contrahecha, tan perdida en las llanuras de la tristeza, lloro por mí.

De los castigos de la realidad

Ay, cómo le pueden a mi cuerpo las cosas minúsculas: una piedrita en el zapato, una espina en un dedo, una basurita en el ojo.

A tiro de piedra

Brazos raquíuticos, pecho hundido, piernas enclenques, hombros retraídos, caderas huesudas, ojos aguanosos. Pinche espejo.

La fórmula exacta

Hubo una vez un niño que deseaba con todas sus fuerzas ser escritor, y que perdió la fuerza del deseo en cuanto probó el dinero.

Confesionalidad

Cuando se te van los ojos tras el cuerpo de una mujer, pero lo que deseas en verdad es una buena sopa caliente y un bistec suavecito.

Prenatal

Para no dejarle nada al azar, decidieron saberlo de antemano. Iba a ser niño. De inmediato, el futuro papá presintió a un enemigo.

La fe y la ciencia

Casi desahuciado entró al quirófano. La operación duró más de diez horas. Lograron salvarle la vida. Su esposa suspiró: otra vez será.

Animales de tragedia

Desconfía del hombre, o del cocodrilo, o de la mujer, o del ángel que no llora. Que no juega. Que no canta. Que no sueña. Desconfía.

Primeros registros de la historia

No es Abel quien le da la espalda a Caín; es Caín el que huye de Caín, porque sabe de lo que es capaz por esa primera y única mujer en el mundo.

Nada tengo que ver

Está bien, si quería romperse la madre tirándose desde el séptimo piso, está bien, allá él, pero por qué chin-gaos tenía que venir a caer sobre mi coche.

Historia a tientes

Una mala cirugía de catarata y no la tanta luz en el infierno, fue lo que dejó al diablo ciego. Lo jorobado y cojuelo todavía no se sabe de dónde le viene.

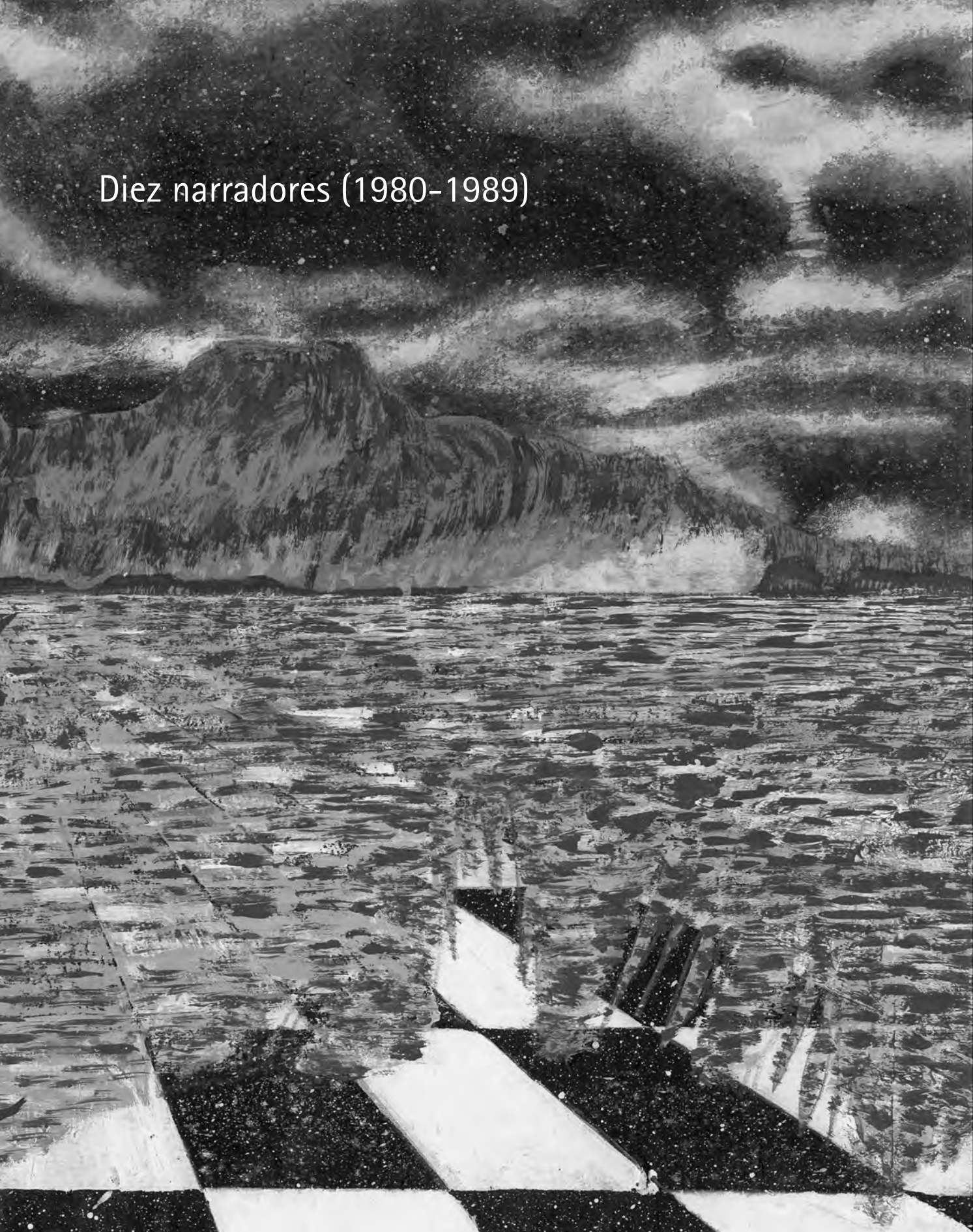
Demanda de piedad

Contemplarte, acariciarte, besarte, acaso hundirme, amoroso y aleve a la vez, ora entre los labios de tu flor marina, ora en la redondez estriada de tu flor de fin del mundo. No más. 

Agustín Monsreal (Mérida, Yucatán, 1941). Cuentistas, ensayista, poeta y periodista. Autor de más de una docena de títulos, entre ellos, *Los ángeles enfermos* (Joaquín Mortiz, 1979), *Sueños de segunda mano* (Folios, 1983), *La banda de los enanos calvos* (SEP, 1987), *Lugares en el abismo* (García y Valadés, 1993), *Infiernos para dos* (Antología 1979-1993) (UNAM, 1995), *Tercia de ases* (1978-1993) (FCE, 1998), *Desde el vientre de la ballena* (Laberinto, 2010), *Mínimas ficciones mínimas* (BUAP, 2016) y *Mamá duerme sola esta noche* (JUS, 2016). Ha merecido numerosos premios y distinciones entre los que destacan el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1978 y el Premio Nacional de Periodismo 1982. En 1995, la ciudad de Mérida instituyó el premio de cuento que lleva su nombre. Un texto suyo, compilado por Eduardo Antonio Parra, forma parte del volumen IV de la colección *Sólo cuento*, y en 2016 *Voz Viva de México* publicó el audiolibro *Cuentos para no dormir esta noche*, ambos volúmenes editados por esta Dirección de Literatura. Fue premiado en Poesía, Cuento y Varía Invención en el Concurso II de *Punto de partida*.



Diez narradores (1980-1989)



Diez cuentos de narradores nacidos durante la década de los ochenta

Joel Flores

Todo comenzó con un correo electrónico a inicios de 2016. La revista *Punto de partida* me invitaba a armar un *dossier* de narradores mexicanos nacidos entre 1980 y 1989. Tras pensarlo un poco, acepté. Mis razones se remontan a 2014, cuando rastreaba a los escritores nacidos en ese periodo para después entrevistarlos y conocer su formación literaria y los proyectos en los que trabajaban. Entonces realicé alrededor de quince entrevistas, influido por la premisa, como aconsejaba José Emilio Pacheco, de que un escritor no sólo debe leer a los clásicos, sino también el trabajo de sus contemporáneos, para medir la temperatura y el ritmo de la marea donde va a nadar.

Para realizar esta compilación consulté, como dirían los formalistas rusos, a los papás y los tíos de esos narradores de los ochenta, es decir, a los escritores de la generación de los sesenta y los setenta, y en las sugerencias de algunos descubrí calidad literaria, pero también favoritismo; en las respuestas de otros, que no suelen estar al pendiente de los narradores nacidos en esa década; y en las de unos más, que sí leen a los de esa generación, pero a los ya reconocidos por el *mainstream*. Después revisé sellos editoriales comerciales e independientes, y los fondos estatales y el federal para tener un panorama más amplio. Tras unos meses de lectura tracé un filtro de selección formado por tres puntos que privilegiarían la calidad y el acercamiento a escritores que están haciéndose de un lugar en el abundante panorama literario nacional desde sus respectivas trincheras:

1) Que los autores tengan al menos un libro de narrativa publicado en alguna editorial visible (comercial,

independiente o auspiciada por el estado), o que esté programado para aparecer próximamente en alguna editorial con ese perfil;

2) que hayan recibido un premio nacional o internacional confiable; y

3) que su trabajo muestre calidad y propuesta literaria dentro de la narrativa.

Tras ello invité, todo desde redes sociales y correo electrónico, a diez narradores y diez narradoras para que el *dossier* fuera equitativo en género. El resultado final se redujo a nueve hombres y cuatro mujeres. Después, porque el material recibido superó el número de cuartillas establecido por los editores, a seis hombres y cuatro mujeres.

En este *dossier* hay cuentos inéditos, escritos para esta selección o que pertenecen a un proyecto inconcluso o a un libro a punto de publicarse. Hay cuentos ya publicados en revistas o en antologías regionales, pero que en un futuro serán parte de un libro. La edad de sus autores oscila entre los veintisiete años (Josué Sánchez) y los treinta y seis (Gabriel Rodríguez Liceaga y Ave Barrera); unos se dedican a escribir, dar clases de literatura y a vivir como *freelance* gracias a las labores afines a la comunicación o el trabajo editorial; otros tienen camino recorrido en la academia (Josué Sánchez y Rafael Villegas). Algunos son de Veracruz (Josué Sánchez), pero residen en Centro Occidente; otros son de Chihuahua (Raúl Aníbal Sánchez), pero se han mudado a la Ciudad de México; unas más llevan años lejos del sur, su región de origen (Mariel Iribe Zenil) y han adoptado el norte como el territorio que las identifica. Otras están dispuestas a cruzar

las fronteras entre lo masculino y femenino en su voz narrativa (Abril Posas), pero han hecho vida en su lugar de nacimiento; o bien han vivido en varios estados de la República (Ave Barrera), pero en su escritura no se presenta el arraigo ni el desarraigo, sino la idea de que la literatura no se limita a regiones, sino a la exploración de los temas universales como el amor y el desamor; una más vive entre la frontera de Baja California y California (Gabriela Torres Olivares) y su trabajo no se centra en nacionalidades ni géneros sexuales ni textuales únicos, sino en una voz híbrida entre la narrativa y el ensayo, entre el yo y los otros.

Los autores más prolíficos tienen entre tres y cinco libros publicados (Rafael Villegas, Ave Barrera y Raúl Aníbal Sánchez), cuentan con más de dos premios literarios nacionales y su trabajo se ha publicado en una editorial comercial (Gabriel Rodríguez Liceaga). Otros apenas acaban de ganar el premio nacional que los destapó como narradores jóvenes (Josué Sánchez y Guillermo Solano) y unos están por publicar su primera novela en un sello de prestigio o independiente (Alfredo Núñez Lanz y Abril Posas); algunas sólo tienen uno o dos libros (Mariel Iribe Zenil y Gaby Torres), aunque su calidad literaria sigue resonando y es muy posible que otro libro suyo aparezca pronto.

En cuanto a los temas que los unen, puedo aventurarme a escribir que van desde el rescate de la realidad social actual de México, la preocupación por narrar la ciudad que habitan o habitaron, con nombre y fecha; las secuelas que deja el crimen organizado, el fallido aparato de procuración de justicia, las precarias oportunidades que el país ofrece a los jóvenes en su crecimiento personal

y, por último, aunque no en todos los cuentos, las influencias artísticas, sobre todo literarias, como una lente para traducir la época en que viven.

Los narradores aquí presentes están entre la línea de la juventud y la adultez. Algunos la han tanteado con el pie y a otros les falta un par de pasos para cruzarla. Quizá por esa razón la mayoría de los personajes de sus historias son adolescentes o jóvenes en el tercer piso de la casa, o involucran a la niñez desde la mirada del adulto o para cerrar sus historias inesperadamente. Abril Posas, en “El olor de los peces muertos”, recurre a la inocencia de un adolescente de dieciséis años que destripa pescados en un mercado de Guadalajara y lucha por deshacerse del olor penetrante de sus manos, para narrarnos cómo los jóvenes en los noventa eran seducidos por el punk y se congregaban en recintos clandestinos de la ciudad para escuchar, enérgicos y liberados, las tocaditas, pero también para desafiar y ser víctimas de la represión policiaca. La prosa de Abril, retórica preocupada por las sensaciones, parece decirnos que la narrativa se escribe con todos los sentidos afinados, porque los recuerdos no sólo están hechos por imágenes y sonidos, sino por los aromas penetrantes del perfume y el miasma. En “Círculo cerrado”, de Guillermo Solano, encontramos también a un chico de edad indeterminada que vive el estrés postraumático, luego de haber sido liberado por sus secuestradores; y casi de forma soterrada, el autor nos enuncia la empatía entre víctima y secuestrador, surgida cuando los plagiarios juegan con los roles de poder para embaucar a la víctima.

En “Cielo, no lluevas”, de Gabriel Rodríguez Liceaga, se nos afirma que la influencia literaria de Borges

sigue presente en los narradores de los ochenta, pero revestida con el carácter de la nueva realidad inmediata. Liceaga enuncia el tema de las bibliotecas a punto de ser destruidas por la mano del hombre y de los personajes que viven a través de la literatura misma. Con un lenguaje coloquial, característica del autor desde su libro *Niños tristes*, desarrolla la historia de un escritor joven que es invitado por una hija cruel a destazar hoja por hoja los libros que se encuentran en la biblioteca del padre, un escritor que murió en ese mismo lugar, podría decirse, defendiendo su patrimonio. El cuento no sólo representa una herencia literaria del imaginario argentino, sino la vida actual de muchos jóvenes mexicanos (y ése es su gran mérito) que son capaces de sacrificar sus propias afinidades o hasta el amor a su profesión, con tal de conseguir dinero para llenar la alacena y vivir al día. En una línea parecida está “La escala zoológica”, de Mariel Iribre Zenil, un cuento que nos muestra a una narradora con oficio y de largo aliento narrativo, donde una joven apasionada de la literatura se ve obligada a pedir empleo en una escuela privada para pagar el tratamiento médico de su madre, y en su labor docente se enfrenta a hijos de narcos y de empresarios pudientes, que sólo pueden ser educados con literatura erótica, aunque esa estrategia pedagógica esté en contra de las políticas de educación de la escuela y transgrede la doble moral de los padres.

Los jóvenes recién casados, aparentemente estables en lo emocional, también están presentes como personajes en este compendio. “Mantra”, de Josué Sánchez, narra el lento distanciamiento de una pareja a causa de los roles invertidos en el hogar, cuando la mujer se hace cargo económicamente de la casa y el hombre sufre la disociación psicológica al no proveer por estar desempleado. En “Mesa para cuatro”, de Ave Barrera, un cuento sutil, corto, donde se unen y desunen las voces femenina y masculina, encontramos la separación intermitente de unos recién casados al haber comenzado un hogar bajo la premisa del amor. En ambas piezas no sólo hay una prosa elíptica y un subtexto ocultando la tensión y la amenaza, sino la intromisión de las nuevas tecnologías de la comunicación, ya sea como herramientas para reeducarnos en las labores del hogar (“Mantra”), o para

delatar la doble vida sexual de la pareja (“Mesa para cuatro”).

“El peso del aire”, de Alfredo Núñez Lanz, es un cuento que no aborda directamente la adolescencia y la juventud, pero sí el contrapeso entre la vida desgastada de una viuda solitaria y la interpretación, mientras hace sus tareas diarias sin salir de casa, de la vida de los que la han dejado y los ruidos de su entorno, como los de la naturaleza y los de la escuela primaria aledaña, hasta que la aparición de un gato en su sala es casi una advertencia del final imprevisto y demoledor con que cierra el cuento. Núñez Lanz nos ofrece con ese desenlace abierto la pregunta: ¿qué es máspreciado: una vida hecha bajo lo que las costumbres familiares dictan o una vida rota, en la niñez, por el suicidio?

“Visiones”, de Raúl Aníbal Sánchez, y “Romam vado iterum crucifigi (o épica de la desgracia en VHS)”, de Gabriela Torres Olivares, toman distancia de los demás cuentos y se muestran como híbridos textuales entre el ensayo y el relato. El primero satiriza la relación de dos amigos de infancia que terminan como estrellas de la música nortea, y muestra cómo se vuelven víctimas de la corrupción y el crimen ejercido por los judiciales, que los termina separando, para que uno de ellos, luego de un accidente automovilístico, pueda tener visiones de cómo va a terminar la vida de la ciudad, la de sus allegados y la suya; en un ambiente nortea, de cantina y parroquianos, pero también sobrenatural, vemos a vaqueros confesándose con el cantinero y a los clientes escuchando, incrédulos, esa confesión. El segundo cuento, en cambio, explora el tema de la crucifixión, pero la de María Magdalena en lugar de la de Jesucristo, donde soldados romanos travestidos son los castigadores y todo, exactamente todo, se narra en una película cercana a la estética de David Lynch y se transmite en una especie de autocinema.

Para el final se acomodó “La ciudad que termina”, de Rafael Villegas, la confesión de una aparente asesina a su psicóloga, donde, en lugar de revelarse los motivos que la llevaron a perpetrar cierto crimen (si es que lo hubo), cuenta una retahíla de anécdotas que van desde la de una tapatía que en 1960 puso en su lugar a su marido con un mazo, hasta la narración de un joven que graba

la vida de ciertas personas para después mandarles un casete que no sólo muestra el lapso de su vida registrado, sino su pasado y su futuro. En este cuento, Villegas presenta un perfil de narrador versátil capaz de construir pequeños nudos o historias en la línea de la trama y luego dejarlos a un lado para hacernos ver que son la mínima parte (o quizá la máxima) de una historia que dilata en llegar, pero que es, en esencia, los detalles importantes de la vida de la protagonista.

Como apunte final quiero escribir que muchas compilaciones de narradores suelen preocuparse por dimensionar, mapear y hasta clasificar de manera estilística o estética al grupo literario seleccionado, y a veces ignoran el gusto del lector común; es decir, se preocupan poco por si los textos que reúnen gustarán al lector que apenas se acerca a la literatura. Para cubrir esa área de oportunidad recordé cuál fue la esencia de mi primer acercamiento a los libros y sus autores a una edad en la

que compraba un ejemplar, o varios, para llevarlos a casa como invitados especiales a una fiesta que yo organizaba, en la cual podía dialogar a solas y a mis anchas con ellos, hasta el final de la fiesta misma. Esta selección también se basa, aparte del filtro que esboqué páginas atrás, en mi gusto por las fiestas, y porque el lector común y el especialista se acercan al trabajo de estos narradores como si se acercaran a ciertos desconocidos intencional o accidentalmente en una fiesta, para que después, si hubo gustos afines y empatía, puedan tener una cita a solas.

Agradezco a los autores y las autoras por asistir a este convite, y también a las editoriales que me ayudaron a organizarlo. Aquí están diez espléndidos invitados, pero seguro muy pronto habrá más y más, la fiesta no se acaba nunca. ●

Tijuana, Baja California, a 3 de octubre de 2016



Joel Flores (Zacatecas, 1984). Es autor de los libros de cuento *El amor nos dio cocodrilos* (escrito en la residencia para jóvenes artistas Fundación Antonio Gala; VozEd, 2013) y *Rojo semidesierto* (Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2012; FOEM, 2013). Su novela *Nunca más su nombre* ganó en 2014 el Premio Juan Rulfo INBA y será publicada en 2017 por Ediciones Era. Ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en 2007 y en 2014. Actualmente es asesor literario y vocero de la Feria del Libro de Tijuana e imparte talleres de escritura creativa en escuelas y universidades privadas. Aunque es zacatecano por nacimiento, la escritura lo ha llevado a vivir en Ciudad de México, Córdoba (España) y Tijuana. Su página de autor es <www.bunker84.com>.

Circuito cerrado

Óscar Guillermo Solano

GUADALAJARA, JALISCO, 1983

Es difícil superarlo... Porque de eso se trata, no de dejarlo inconcluso y pasar a otra cosa ni de volver a un estadio anterior, hay que sobreponerse, trascender la situación que te está jodiendo; uno debe “recuperarse”, como se recupera el que sana de una enfermedad y también el que alguna vez se perdió a sí mismo. Es muy difícil, yo lo sé. Vaya si lo sé... Mira, todavía hasta hace poco saltaba de la cama porque en sueños escuchaba al Bombacho regañar a Vóitek por haber estacionado la motocicleta afuera de la casa... Pobre Vóitek, me enternecí hasta el grado de la angustia: balbuceaba un montón de razones pero el otro no lo escuchaba, y es que el Bombacho era el malo, y el jefe. Así se llega a la cima en las organizaciones criminales, siendo intransigente, inflexible, irracional.

“Es que en caso de emergencia...”, alegaba Vóitek. “¿Cuál emergencia?” “Si llegara la policía, si hubiera un terremoto, esta casa está cayéndose...” “No seas pen-dejo, Vóitek, esas cosas no pasan.”

Bastaba escuchar al Bombacho para convencerse de que jamás llegaría la policía ni se derrumbaría la casa; la voz de los malvados siempre es así, convincente por fuera y fatal por dentro.

“La cuido bien, es imposible que se me escape y huya en la moto”, decía Vóitek, como jornalero que con sombrero en mano pidiera un aumento al patrón de la hacienda.

“Ya sé que la cuidas bien”, el Bombacho aceptaba su argumento de inmediato para demostrar que ya lo sabía y que no le importaba: la motocicleta debía meterse a la casa simplemente porque él así lo había determinado, porque quería tenernos encerrados a los tres: a Vóitek, a la moto y a mí.

Ese Vóitek me simpatizó desde el principio. Me afligía pensar que aunque algún día yo estuviera lejos del Bombacho, él seguiría en ese cuarto sin ventanas, escuchando la radio o yendo y viniendo de un lado a otro.

Nunca me quiso contar su vida completa, pero con los retazos que se le escaparon en nuestras conversaciones pude hacerme un esbozo. Por su acento, yo diría que nació en el Norte, y en una familia disfuncional, ya que nunca mencionó a su padre. Seguramente era muy joven, porque muchas veces no sabía qué hacer, o más bien, no sabía cómo hacerlo, pero cuando sí lo sabía, actuaba con gusto.

“¿Por qué no consigues un trabajo más digno?”, lo increpé alguna vez. “¿Cómo qué?”, me contestó tras un sincero silencio, como si por un momento hubiera buscado

Óscar Guillermo Solano. Es escritor y egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad de Guadalajara. En 2009 ganó el primer lugar en el certamen nacional “Tinta y whisky”, convocado por Ediciones Urano, Whisky Dewar’s y la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, con el cuento “¡Digan whisky!”. En 2010, su cuento “La última” mereció el primer lugar en el Premio Nacional al Estudiante Universitario “Sergio Pitól” en la categoría Relato. Es autor del libro *Los echamos de menos* (XIV Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola; Editorial Universitaria, 2015).



otras opciones o hubiera tenido la voluntad de hacerlo. Bueno, no conocía la dignidad, mas no era indigno.

Te lo digo porque lo sé, es difícil, muy difícil. Uno es alguien feliz, relativamente; es decir, uno vive tranquilo y tiene planes para el futuro que de ninguna manera son imposibles, pero de repente las circunstancias se enlazan hacia un callejón y se hace imposible seguir. No sabría decirte cómo empezó todo porque ahora se me figura que hubo detalles premonitorios; por mero convencionalismo empezaría a contar desde la mañana de un lunes: desperté muy temprano, puedo decir que radiante, con ganas de hacer algo; me puse el iPod y la música me activó, me calcé los tenis para correr y salí a la calle que, por cierto, estaba sola, como si los vecinos se hubieran puesto de acuerdo con mi destino. La frescura de una sombra gigante me hizo mirar al cielo, vi que las nubes se alistaban para la primera lluvia de la temporada, y aunque temí una tormenta, lo tomé por buen augurio, creí que me cansaría menos, me imaginé descansando en casa al ritmo del chipichipi. Iba pensando en eso y escuchando las canciones del mes cuando un empujón me desgajó del mundo y me puso en un auto salido de la nada. El golpe no fue muy fuerte pero tardé en reacomodarme la cabeza, de repente enfundada en un saco o algo parecido. Hice las preguntas de rigor, las preguntas del instinto ante el desconcierto: qué, por qué, quién, dónde, cuándo... Era un secuestro.

Alguien dijo: “Viene el tren, agáchala.” ¿Agáchala? Tuve la esperanza de un malentendido, todo lo malo es un malentendido, y es que no puede ser que esas cosas le pasen a uno... En fin, nunca me sentí tan contento de ser hombre. Pero la mano que me hundía entre los asientos era firme, constante, real. Después comprendí que me cambiaron el género porque yo dejé de ser Edmundo Márquez para ser La Mercancía. El psicólogo me lo explicó, es una técnica que usan los secuestradores para eliminar la calidad de humano y volver a la víctima una cosa. No todo lo de la psicología me convence, mucho de ella me parece una brujería civilizada. ¿Sabes algo?, yo mismo me sentí mejor cuando dejé mi personalidad, vaya, sufrí menos... Con la cara cubierta y las manos atadas era como un objeto esférico en un bolsillo.

Con lo que de humano me quedaba escuché la campanilla del tren y el semáforo de advertencia. Debía estar en la intersección de Inglaterra y Patria, mucha gente pasa por ahí, con suerte una patrulla honesta, con suerte alguien anotaría las placas del auto fantasma que me llevaba. Avanzamos, nos detuvimos, seguimos en línea recta, una vuelta a la izquierda me hizo caer a mi derecha, supe que estábamos saliendo de la ciudad, el auto traqueteó, se fue en zigzag lento y cuesta arriba, luego bajamos y volvimos a subir. Pensé en la montaña rusa, en la gallinita ciega, en la piñata y así hasta remontarme al primer día de mi vida.

Cuando me sacaron del auto el mundo había cambiado. Los bordes de las cosas no estaban bien delineados, hacía frío, llovía con la fuerza de agosto en pleno junio, en el mundo anterior apenas habrían pasado cuarenta o cincuenta minutos.

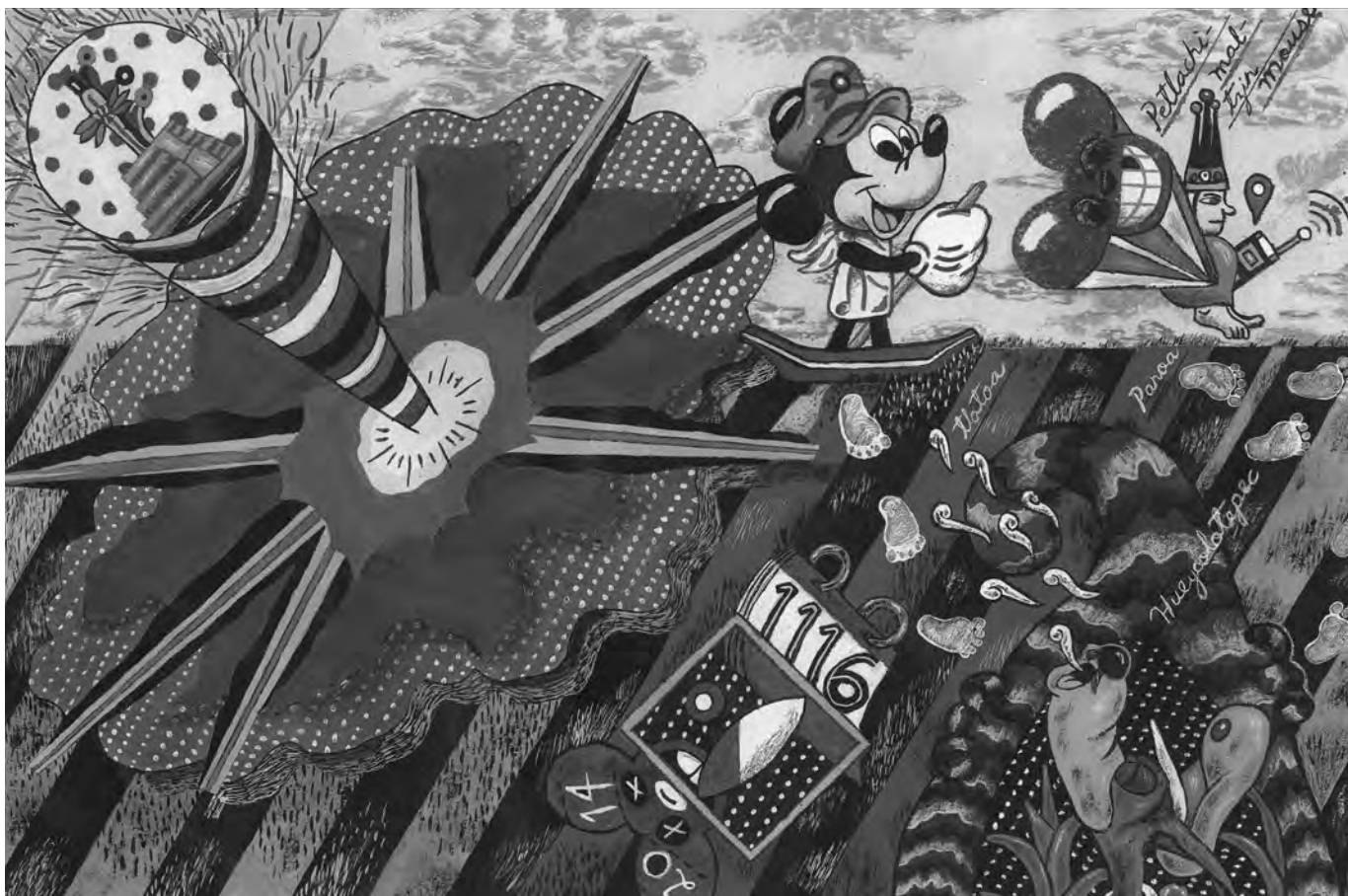
Pude recordar, porque me lo preguntaron, mi nombre completo, los nombres de mis padres, números telefónicos, claves bancarias. Me regresaron la vista para que revisara si habían anotado bien lo que les informé, volvieron a cegarme y me echaron a un cuarto sin aire y sin ruido, sin ventanas.

Tiempo después apareció él. “Hola”, dijo, “soy Vóitek “, y me dio de beber. Le agradecí y me preguntó si me sentía bien. Él estaba ahí para cuidarme, y mientras los otros me hacían temblar, con él sentía que yo tenía el control. El psicólogo afirma que en el fondo yo sabía que de pasarme algo malo, a Vóitek le pasaría algo peor, “relaciones de poder”, dice. Yo no sé si uno tenía poder sobre el otro, pero claro que hubo una relación entre nosotros, y esa relación necesita de un adjetivo, aunque no sé cuál le vaya bien.

Los primeros días se sentaba frente a mí, exhalando cuando yo inhalaba, delatándose con su olor a humo acre. Después tomó la costumbre de andar de un extremo a otro, como un guepardo que buscara el rastro de la estepa en su jaula.

De a poco nos hicimos casi buenos amigos. Hubo un tiempo en que mi único dolor era imaginarme la angustia de mi familia; por lo demás, me encontraba bien. Lo he repetido hasta el cansancio: yo estaba bien. ¡Imagínate!

Vóitek tomó el riesgo de desatarme y cuando rehacía el nudo no lo apretaba demasiado. Yo le correspondí no forzándolo delante de alguien más. Conoció mis gustos en comida y aprendió a cocinarla y a comerla. También me dio a elegir qué música escuchar pero, ya para entonces más lúcido, le dije que escogiera él. No quería echar

Santiago Robles, *Año uno-pedernal*

a perder mis canciones, no quería que el *soundtrack* de mi juventud se volviera el de mi cautiverio.

Fue contraproducente, a Vóitek le gusta la música inmortal, vamos, lo inmortal de nuestro tiempo: The Beatles, The Rolling Stones, The Doors... y ahora me pasa lo que quería evitar, ahora entro a un bar y se me oprime el corazón, ahora entiendo que hay canciones de un solo verano y canciones nacidas antes que yo que me sobrevivirán. “Los maestros”, dicen los músicos que sí escucho; a lo mejor mi oído se afinó en la oscuridad, porque puedo distinguir esa esencia al fondo de casi cualquier melodía pop, está en todos lados, oculta tras el aire, como ese fantasma que me hace voltear sobre mi hombro o revisar cada calle antes de dar un paso en ella... Es lo que actualmente trabajo con el psicólogo: borrar los rastros, quitarles el significado para no interpretarlos como señalizaciones de una carretera fatal. En eso estoy de acuerdo. No sé si después salga con otra cosa, de cualquier manera, pasando esto daré por terminada la terapia, mi objetivo es dejar de creer que me están acechando; lo demás es

asunto mío, y no se debe aceptar ayuda cuando se trata de solucionar cosas muy personales... Aquí me contradigo, ¿no? Sólo te cuento mi experiencia, al menos servirá para que te convenzas de que es posible morderse el corazón hasta calmarlo.

Por cuenta propia me he obligado a dormir con antifaz, a correr por las mañanas; no sé si sea cierto, me refiero a eso de “enfrentar tus miedos”, “cerrar el círculo”, “saldar las cuentas pendientes”, y es que no se sabe qué habrá después, qué hará uno cuando se haya completado el circuito, pero siempre es bueno tomar al toro por los cuernos... Este año me sorprendieron las cabañuelas en pleno *jogging*.

Giré sobre mí mismo defendiéndome del fantasma, corrí a toda velocidad hacia mi casa, pero logré detenerme, y me esforcé por regresar..., quién sabe si al convencerme de que hacia atrás no había camino en realidad no estaba cayendo a lo más profundo de mi trauma oscuro, de cualquier manera paré un taxi y lo abordé con los ojos cerrados.

“¿Adónde...?” “Siga derecho...” Ante la vía del tren le pedí que se parara y me cubrí el rostro con la capucha de la sudadera. “¿Se siente bien?”, me preguntó. Seguro que fui su pasajero extraño del día. Todos los taxistas tienen uno.

Sonó la campanilla del tren y la advertencia del semáforo. Le pedí que continuara derecho, después una vuelta a la izquierda. “Estas calles están horribles”, dijo, enojado porque el camino evidenciaba el mal estado del auto. “¿Por dónde le sigo?” Le indiqué un camino de terracería que entreví por un hueco de la sudadera y los matorrales. De momento se negó, pero si por dinero se mata y se muere, por dinero se puede meter a la maleza un coche que a final de cuentas ni siquiera es tuyo. Derecha, izquierda, derecha, arriba, abajo, arriba. Llegamos a una comunidad rural, con caballos y fincas espaciadas. Pagué la cuenta, salí del taxi y me mordí la lengua para no gritarle que volviera. Estuve recorriendo la zona el resto de la mañana. Cuando vi mi celular para saber la hora me di cuenta de que la batería se agotaba y de que no había señal, me pareció estar consultando una brújula moribunda, estar entrando al país de los recuerdos.

En la tarde di con una motocicleta estacionada afuera de una casa inofensiva. Cruzé un pequeño jardín cuidado por la naturaleza y abrí una puerta sin llave. Entre la humedad reconcentrada del lugar se percibía un olor a humo acre, desde el otro lado de la casa llegaban los acordes iniciales de “In my life”. Me acerqué al compás

de las cuerdas, como tocando la guitarra con los pies. Por un resquicio entre la puerta y la pared vi la silueta de un joven de espaldas y el bulto de otro, sentado de frente a mí, éste tenía los ojos vendados y las manos libres para tamborilear; ambos cantaban en la penumbra.

Es difícil. Es lo más difícil. No grité pero tampoco me cuidé de no hacer ruido. Bajé a la ciudad sin mirar atrás..., eso es fundamental, todo lo que te trato de explicar se resume en no mirar atrás después de haberse decidido; cuando sientas una chispa de odio, cuando entreveas algo decepcionante, aférrate a ello, hazlo crecer, toma la decisión y no la sueltes aunque te queme la mano, y corre. El primer paso es el más difícil, a los muchos kilómetros ya no te pesan los pies, pero no te confíes, muchos pierden cuando creen que ya ganaron. Corre hasta que le hayas dado la vuelta al mundo, hasta que estés en el mismo lugar pero en distinto tiempo y seas otro.

Eran las siete de la noche, había vuelto la señal telefónica y el indicador de la batería titilaba como un semáforo a punto de ponerse en rojo. Pude estrellar el aparato contra el piso, cual niño enojado, pero llamé a las policías: a la municipal, a la estatal, a la federal, exageré algunos detalles, inventé otros, fingí llorar y después lloré de verdad. Llamé a la radio comunitaria para decir que acababa de escapar de mis secuestradores, que otra persona seguía cautiva. Creo que salí al aire, y también que mi teléfono murió en el momento preciso, en el de más tensión, cuando los escuchas estaban preocupados y querían saber más y hacer algo al respecto.

Yo estaba alterado, pero todo debió pasar tal y como lo percibí: como una bola de nieve, como un alud que a través de los senderos se divide y se multiplica y se vuelve a unir.

Llegaron las policías. Sin su permiso, contra sus indicaciones volví a subir la cuesta y alcancé a ver cómo dos agentes reconfortaban al rescatado que no paraba de sollozar, que no dejaba que lo protegieran de las luces y miraba a todos lados como un niño perdido. También vi a un joven esposado, temblando. Entre las intermitencias rojas y azules la cara de Vóitek no era muy distinta de como la imaginaba, me refiero a que iba bien con su voz y con todas mis suposiciones. Diría que era exactamente como debía ser.

Fue difícil, doloroso, pero bien plantado pude decirme con convicción: “que se lo lleven, que lo encierren, que se pudra”. 

Cena para cuatro

Ave Barrera

GUADALAJARA, JALISCO, 1980

Desayuno

Lo siento removerse entre las sábanas y sé que son las tres y media de la madrugada. Se levanta para dar un largo trago a la botella de agua que deja cerca todas las noches. Mira la pantalla de su celular y vuelve a acurrucarse junto a mí. A las siete en punto dice que ya se tiene que parar, pero le echo encima la pierna y el brazo y nos quedamos tumbados hasta oír las campanadas de la iglesia. Aspiro el olor de su pelo, de su nuca. Se revuelca entre risas para zafarse de mi abrazo. Se talla los ojos hinchados. Hay una mancha parda cristalizada en la comisura de su boca y una raya roja le atraviesa la mejilla izquierda como una falsa cicatriz de navajazo.

Me levanto para preparar café. Queda sólo la medida justa para dos tazas. Escucho la música de su celular, mezclada con el repiqueteo del agua de la regadera. La cocina se llena de olor a pan tostado y a café. Hay sólo cuatro rebanadas sin contar la tapa: dos para él, dos para mí. La tapa se quedará en el fondo de la bolsa y jamás nadie se la va a comer. Lleno su taza cuando lo veo llegar a la cocina con ese halo húmedo y recién despierto de todas las mañanas. Sopla el vapor en la superficie. Le da un sorbo. Llevo el pan a la mesa y unto en él lo que queda de la mermelada. Tengo que raspar el fondo del frasco y extenderla mucho para que la dulzura llegue a cada bocado. Él se toma los últimos tragos de leche vegetal directo del tetrabrick mientras finge leer un viejo suplemento olvidado sobre la encimera.

Se peina los cabellos hacia atrás y me pregunta si se ve bien. Digo que sí y le acomodo el cuello de la camisa.

Entro al baño a lavarme los dientes con el último aliento del tubo exprimido. Veo su toalla húmeda colgada del gancho, las sandalias escurriendo en el borde, el bote de champú vacío derribado en el suelo. Orino. Jalo la palanca. Me lavo las manos y las restriego en su toalla.

Al salir lo veo de pie junto a la puerta con la mochila colgada del hombro y el teléfono en la mano, las llaves del coche. Abre. Nos damos un beso fugaz. Después otro. Nos deseamos suerte. Sube al asiento del conductor, enciende la marcha y baja la ventanilla. Dice adiós con la mano. Sonríe. Pone la palanca en reversa, baja la rampa, tuerce el volante y cambia de velocidad para ir hacia el frente, hacia la bocacalle, rumbo a no sé dónde. Yo espero hasta no escuchar el ruido del motor para voltear sobre mi hombro, hacia el interior de la casa, para ver por última vez nuestros restos: las sábanas en el suelo, las tazas sucias, las migajas de pan. Cierro la puerta con doble pasador y arrojo las llaves dentro, por la rendija del buzón, como acordamos con el gerente de la inmobiliaria. Me echo a andar por la acera, doy vuelta en la esquina y sigo derecho hacia ninguna parte.

Almuerzo

Nunca me había sentido tan sola como hace rato que llegué a urgencias con el apéndice a punto de reventar. La enfermera de la oficina de control preguntó con quién venía y le respondí que con nadie. Preguntó si podía llamar a algún familiar para que estuviera conmigo y le dije que no. Estaba en la calle cuando me atacó el dolor,

Ave Barrera. Estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara y la maestría en Letras Modernas Portuguesas en la UNAM. Obtuvo la beca Jóvenes Creadores en la disciplina de Novela en las ediciones 2010 y 2014. Es autora de la novela *Puertas demasiado pequeñas* (Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2013, de la Universidad Veracruzana; Alianza, 2013; Bogotá, Laguna Libros, 2016), de la novela infantil *Una noche en el laberinto* (Edebé, 2014) y de los libros para niños *Nezahualcōyotl, coyote hambriento* (CACCIANI, 2015) y *Piedra de agua* (CACCIANI, 2016). Actualmente imparte clases de Narrativa en la Universidad Iberoamericana.



Foto © Guillermo Guerrero

subí a un taxi y vine directo para acá, expliqué como si con eso justificara la ausencia. Fue entonces, al ver el gesto de la enfermera, cuando entendí lo grave que era estar así de sola, sin alguien que me llevara el carnet del seguro, alguien que subiera al quinto piso para recabar sellos y firmas, que comprara en la tienda un rollo de papel de baño, pasta de dientes, una barra de jabón. Espere su turno, fue todo lo que me dijeron cuando logré completar los trámites. Aguardé agonizante y hambrienta durante horas en una silla verde pegada a otras tres sillas verdes de plástico en forma de molde de un trasero gordo. Temblaba por la fiebre. Cuando por fin dijeron mi nombre alcé la mano y un camillero me tuvo que ayudar a levantarme para pasar a urgencias, a otra silla verde, esta vez individual. Me dieron una bata y me pidieron meter todas mis cosas en una bolsa color menta. Las van a tirar, pensé, porque era el mismo tipo de bolsa que había en los botes de basura, pero no las tiraron, sino que se las entregaron a una trabajadora social que tenía facha de profesora corajuda. Todo lo demás lo recuerdo como entre sueños y no fue tan grave, ni tan doloroso, ni tan malo como lo pintan. La operación, el traslado a piso y la visita del médico sucedieron con bastante rapidez o eso me pareció. Ahora estoy bien, ya casi no duele, lo peor fue la espera. Nunca me sentí tan sola como en esa silla verde... Salvo quizá en ese momento, hace quince días, cuando viajé al pueblo de mi madre y al bajar del autobús me encontré con mis hermanos; camino a casa me rodearon con sus brazos y lloraron; entramos juntos a la sala comedor donde los muebles estaban todos arriados contra los muros, las luces apagadas, había olor a crisantemos blancos y a cera; la niebla se asentaba

entre los cerros del otro lado de la ventana; en la cocina, las señoras del pueblo preparaban arroz con frijoles de la olla y tortillas de maíz amarillo para que almorzaran las visitas; mis tíos estaban ahí, mis tías habían sacado su rebozo de domingo, los niños jugaban en el patio de tierra como si no pasara nada; la banda llegó y se quitaron el sombrero y menearon un poquito hacia abajo la cabeza y se sentaron en dos bancos largos afuera de la casa para, después del almuerzo, empezar a tocar de camino al camposanto a donde todo el pueblo llegó para despedir a mi madre y murmurar entre suspiros que había sido una buena mujer, tan joven, tan llena de vida, y sus hijos, chiquitos ellos, y la nena más grande que se fue a la capital y ya trabaja, pero pues, lejos. Nunca me sentí tan sola como cuando te llamé desde el teléfono fijo de la casa de mi tío para saber a qué hora llegarías y me dijiste que no llegabas, que estabas muy ocupado, que tenías trabajo o algo así.

Merienda

Ella me seguía mandando mensajes de manera constante, incluso más que cuando estábamos casados. Me mandaba foto de sus vacaciones en la playa, con el bikini de rayas rojo y blanco que le había comprado en la escapada loca que nos dimos en la moto a Acapulco cuando más enamorados estábamos; un pie moreno, enchanclado y peludo asomaba como por descuido, detrás de la tumbona. Me escribía que estaba en su sesión de depilación láser “Mira, por fin me animé”, me contaba los avatares insulsos de su día o que su hermano estaba de

Santiago Robles, *Las especies migraron* (detalle)

visita y me mandaba saludos. Me decía que Tomasito, nuestro chihuahua, había mostrado actitudes extrañas desde que se lo llevó de la casa. “Es un macho jarioso, como todos, míralo, se está cogiendo a mi bota el marraño”, tonterías así. Eso, según mi terapeuta, había causado que la separación fuera un lento desgarramiento. Las manos de la terapeuta dibujaron un gesto sobre el escritorio: los codos apoyados en el borde y los dedos entrelazados se separaron lentamente simulando fibras en tensión que se iban rompiendo progresivamente sin acabar de separarse del todo, como quien se demora mucho en partir un pan correoso para remojarlo en el café de la merienda. El gesto, no obstante, describía mal la situación. Las manos de la terapeuta dividían en dos el pan imaginario, cuando nuestro caso se parecía más al azote pendular de una bola de demolición: ella se alejaba unos días, volvía y destruía algo. Más preciso todavía sería imaginar una bola de demolición con dientes afilados que a cada golpe se encajaban bien hondo y arrancaban lo mordido en su retroceso. No hay un arma o herramienta de destrucción con esas características, pero si la hubiera, seguramente mi terapeuta se habría referido a ella para hacer el símil.

Con las primeras dentelladas me quitó la computadora de escritorio y la camioneta, “al fin que tú tienes la moto, ¿no dices que tanto te gusta?” Luego fue llevándose poco a poco los muebles y los trastes y el colchón nuevo y los libros y los LP. Se llevó toda su ropa y sus cosas, incluso sus cremas y sus botes de champú. Por accidente, según dijo, se había derramado su perfume en la alfombra del cuarto: “Lo siento, ahora te vas a tener que quedar con mi olor.” Compensaba de vez en cuando del despojo ofreciendo su cuerpo blanquísimo para una cogida repentina o un mensaje en apariencia benigno de “¡Te extraño, bebé! Nadie como tú para estas cosas”, acompañado de una selfie rodeada de tubos y piezas de un librero desarmado. Mi colección de Star Wars, la cuenta de Netflix y el contrato de servicio de cable e internet se sumaron al saqueo. Iba y venía, y con cada arremetida arrancaba un fragmento del mundo que juntos habíamos edificado, como quien pellizca un pan para merendar sin hambre, nomás por el puro gusto de ver las migas regadas sobre la mesa.

“¿Por qué tanta saña, carajo?”, le pregunté desesperado la tarde que la vi tomar en brazos a mi perro para llevárselo. Me había interpuesto a mitad del pasillo para detenerla, pero ella se abalanzó con Tomasito anidado en el pecho; sus ojillos estaban muy abiertos, temblaba y asomaba los dientes frontales. Preferí no tocarla por temor a que se sintiera agredida. O tal vez porque Tomasito estaba en sus brazos y sus huesos eran demasiado frágiles para intentar un forcejeo. Me sentí impotente y me limité a lanzar aquella pregunta a modo de estertor. ¿Por qué? Ella se acercó a la puerta dando taconazos firmes y una vez con la mano en el cerrojo contestó: “Porque sí, porque puedo, pendejo.” Al día siguiente me mandó la foto de Tomasito cogiéndose a la bota, y una semana después la foto de mi chihuahua en la mesa del veterinario, sedado, con una gasa teñida de rojo entre las patas traseras.

Cena

Un par de días después de la boda fuimos al Palacio de Hierro a elegir los regalos. Era extraño habernos quitado el traje y seguir siendo los novios. Era extraño haber pasado de un estado al otro sin que el cambio fuera visible, palpable. No había nada, además del papel firmado, los anillos y las fotos, que probara que habíamos contraído matrimonio. Me refiero a que no había en nosotros algún cambio físico visible; desde hacía rato éramos pareja y vivíamos juntos, sin embargo, algo muy en lo profundo había cambiado. No podía decir exactamente qué.

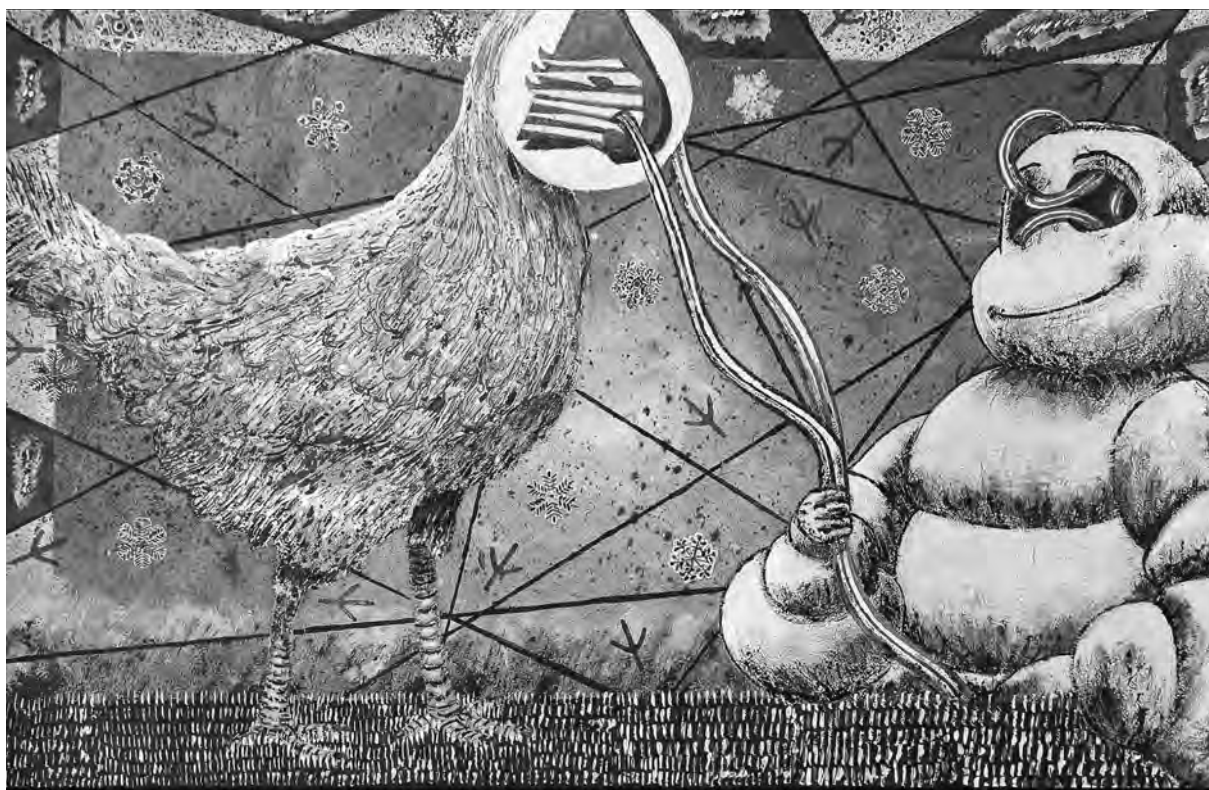
Recorrimos los pasillos del departamento de blancos para ver qué regalos conservaríamos: la cafetera de expresso, el juego de ensaladeras de bambú, la aspiradora. Y los que no: la máquina de hacer palomitas, la olla boba, el horno eléctrico y el tostador de pan. El cambio nos daría un buen saldo a favor en monedero electrónico que podíamos hacer válido en la adquisición de otros enseres. Ella eligió para el reemplazo un juego de sábanas de mil quinientos hilos, otro juego de cubiertos de diseño menos clásico, más minimalista y tremendamente impráctico. Yo elegí un florero de vidrio soplado

y un cuchillo santoku de acero japonés con oquedades a lo largo de la hoja para que las lajas de verdura o carne no se adhirieran al ser rebanadas con perfección de samurái.

“¿Y eso para qué lo quieres?”, me preguntó con un claro dejo de irritación en la voz. “Tenemos como veinte cuchillos en la casa”. Tenía razón y el santoku no era nada barato, pero siempre había querido tener uno. “No sé, me gusta”, le dije y la vi voltear los ojos hacia las cuencas. Quería llevarse la máquina de hacer pan o reservar el saldo restante para completar después la compra de un lavavajillas, pero insistí y acabamos llevándonos el cuchillo santoku y un juego de tacitas blancas de cerámica Haus.

Llegamos a la casa y nos pusimos a acomodar todo para después preparar la cena, porque vendrían sus compañeros del doctorado, la jefa de departamento y no sé quién más. La cocina estaba impecable cuando saqué las verduras y puse a hervir el agua para el cuscús. Ella abrió la primera botella y empezó a beber y a chismosear en la sala con su amiga que llegó dos horas antes de la cita. Yo lavé las verduras y me puse a afilar el santoku nuevo. Me gusta afilar bien los cuchillos, en eso puedo decir que soy un experto. Aprendí los procedimientos rudimentarios de la piedra y la tarazana cuando ayudaba a mi madre a vender pollos en el mercado, luego me obsesioné con el tema y me dio por buscar métodos de amolado más precisos como la lija de grano fino y la cinta de gamuza para asentar el filo. Mi mano aprendió los movimientos precisos, el trazo de una materia granulosa, menos fría y menos sólida que el acero, que a fuerza de metódicas pasadas va peinando las partículas que componen la hoja para lograr un borde uniforme y finísimo, un canto limpio cuyo ángulo pueda verse perfectamente liso a través del objetivo de un microscopio.

La piel de los tomates cedía con el solo peso del cuchillo. Las zanahorias y las papas no requerían alzar los hombros para apoyar el peso del cuerpo, aunque eso sí, había que tener cuidado con los dedos, engarruñados siempre detrás del corte como hacen los verdaderos chefs. Llegaron los invitados y cenamos. Ella había bebido una copa tras otra y al final de la noche cayó

Santiago Robles, *Shell-Tocatl*

rendida en el sofá. Me puse a lavar los platos, las ollas, limpié la encimera y saqué la basura al patio. Durante la cena, alguno de sus amigos cometió la estupidez de ir a la cocina y cortar rebanadas de queso con el santoku. Las densas partículas de grasa habían mellado el filo, por lo que tuve que pulirlo un poco antes de colgarlo de la cinta magnética adherida al muro. Me sequé las manos y fui a despertarla para que nos fuéramos al cuarto. Iba a mecer su hombro cuando se iluminó la pantalla de su celular, abandonado sobre su regazo. No pude evitar leer la serie de mensajes que había recibido. Mi ojo atrapó cada palabra en los dos segundos que tardó la pantalla en oscurecerse de nuevo. No pude evitar la rabia.

Me encerré en el baño para no despertarla todavía y lloré lo que tenía que llorar. Me mojé la cara y me sequé con una de las toallas nuevas. Aspiré el olor del paquete recién abierto de popurrí de manzana. Fui a la recámara y empecé a llenar con mi ropa la maleta Chloé que

llevamos en nuestro último viaje. Guardé las cosas del trabajo en mi mochila, algunos libros, los cargadores y la memoria de respaldo. Entonces decidí despertarla y decirle que me iba. Ella hizo a un lado la manta de alpaca y se talló el desconcierto de los ojos. Le repetí que me iba y le entregué su celular a modo de explicación. Ella dio un vistazo a la pantalla y una turbulencia de palabras comenzó a batir el aire, cada vez más aguda y más feroz. Los gritos retumbaban en las persianas que recién había instalado el fin de semana. Sus talones golpearon el tapete rojo. Traté de calmarla, pero se soltó de mis brazos y fue a la cocina, me arrojó a la cabeza una de las tazas del juego de porcelana Haus. Se estrelló contra el borde de la puerta que yo estaba por abrir. Volví sobre mis pasos para pedir cuentas, que me mostrara los mensajes, que hablara al menos por una vez con la verdad. Mientras tanto, el cuchillo santoku aguardaba, frío y paciente como la pistola de Pushkin, el momento de representar su papel en la obra. **P**

Cielo, no lluevas

Gabriel Rodríguez Liceaga

CIUDAD DE MÉXICO, 1980

“**H**ola, Gabriel. Te escribo porque tengo una amiga que necesita alguien que le ayude con una cosa de unos libros.” Después de esa línea, el correo electrónico se desviaba tratando de mantenerme informado acerca de las actividades recientes de su remitente (una fulana con la que compartí escritorio en una agencia de publicidad) y culminaba recomendándome que asistiera a dicha chamba misteriosa ya que, capaz, podía sacar una buena feria.

Justamente estaba en una etapa de necesidades económicas. La frase: “una cosa de unos libros” era, en igual medida, intrigante y mal redactada. Marqué el teléfono. No respondieron a mi llamado. Hasta ese momento me di cuenta de que ya pasaba de la medianoche. Abandoné la escritura de mis poemitas y busqué el control de la tele.

Entre el párrafo anterior y éste conseguí dormir unas cinco horas.

A la mañana siguiente me despertó la vibración del teléfono en mi bolsillo. Me incorporé de golpe. Adormilado pero componiéndome, respondí. Voz ronca, de mujer. Sonaba más cerca de lo que probablemente estaba. Me explicó que tenía una llamada perdida de la noche anterior. Aún sin despabilarme, le dije que yo le había marcado debido a que me habían dado sus datos para ayudarla con una cosa de unos libros. Le pregunté de qué se trataba. Ella prefirió no resolver mis dudas y sólo me dio una dirección que anoté en la esquina de una página. Se llamaba Ángela Eñe. El nombre me pareció, de entrada, estúpido.

—Llega a las ocho de la noche. Te suplico puntualidad —dijo antes de colgar sin despedirse.

No hice nada digno de mención en todo el día. A las siete me quité la pijama y quince minutos después ya estaba cruzando la Alameda Central con rumbo a la colonia San Rafael. De inmediato me sentí abordado por ese viento helado que cuchichea en los pasillos del parque, el mismo que mató a López Velarde y enchinó la piel de los inquisidores. Me dieron la bienvenida los macabros ojos sin pupila en la máscara mortuoria de Beethoven. Arriba, el hombre desnudo sometido por un ángel. Allá a lo lejos, el sodomita Neptuno, siempre colérico y voluble. A la izquierda está el Benito Juárez que Rafael Bernal aparentemente encapuchó. Luego de las recientes reparaciones ya no están los merolicos religiosos en las glorietas, las fuentes ahora escupen sincronizados chorros de agua que entretienen a los niños y los pasajes lucen recién lustrados. Yo de todas formas estaba sudando frío. Apuré el paso. Caminé ignorando las

Santiago Robles, *El rayo y la memoria*

diferentes esculturas de mujeres caderonas, sometidas y torturadas que enmarcan el parque, “veintiñas aventadas en cueros”, como les decía Salvador Novo. ¿Quién mandó poner tales monumentos ahí? A la distancia alguien lanzó una carcajada y un grupo de niños pasó corriendo muy cerca de mí. Me frené en seco tratando de recuperar la calma.

Ya lo habrán notado: la Alameda me da miedo. No me pasa lo mismo con otros parques. Crucé Reforma como quien huye de un recuerdo malvado.

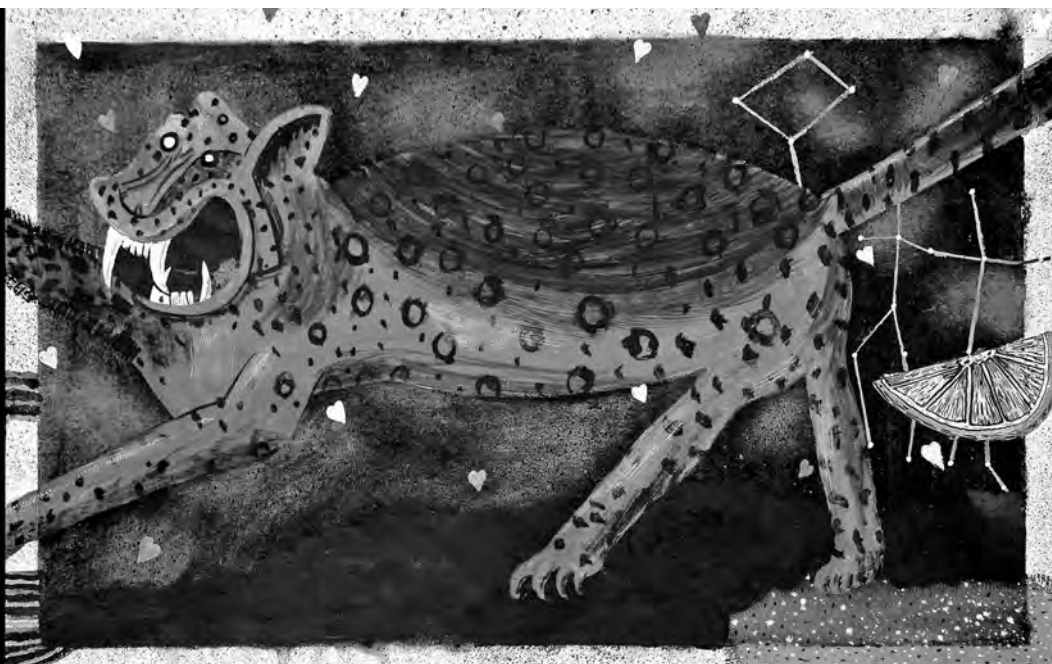
Anhelando que aquella diligencia no fuera una pérdida de tiempo, llegué a la casa marcada. Justo enfrente de la que fuera del cronista Guillermo Prieto. No le di a eso mucho significado. Me llamó más la atención que estuviera al lado de un cerrajero. Siempre es bueno saber dónde hay uno. La puerta del domicilio estaba tan apolillada como abierta. Entré y me recibió un patio de vecindad vieja abrazada por dos grupos de escaleras. Olía a un color verde que se ha podrido. El suelo era de ajedrez, vi mi calzado y me arrepentí de haber traído tenis. ¿Debí venir más formal? ¿Perfumarme siquiera? Una cosa de unos libros, repetí, recordando que también fue una frase vaga la que llevó a Alfonso Reyes a aceptar la invitación a cenar de dos desconocidas. Escuché que alguien se dirigía a mí:

—Tú eres el que sabe de literatura.

—Sí —respondí instantáneamente aludido.

—Rubén me habló maravillas de ti. Súbele.

Huelga aclarar que, a la fecha, sigo sin tener idea de quién es Rubén. Casi sin darme cuenta llegué hasta una especie de segundo piso chaparro. Entonces vi a Ángela



Eñe en todo su esplendor. Le copiaré el acierto a Homero no describiéndola. Bástenos saber que era muy bella.

—¿Tú sabes si la madera de un librero puede usarse para hacer ataúdes? —me preguntó.

—Pues... no, no lo sé.

—¿Pero sabes de libros?

—Sí.

—¿Conoces al escritor Rómulo Eñe, mi padre?

No, no lo conocía. Jamás había escuchado hablar de él.

—¡Claro! —exclamé.

—Bien, sabrás que murió hace poco. Algo salió en el periódico.

Pero ella no estaba enlutada.

—Lo siento —musité.

—Su muerte fue horrible. Se encerró aquí sin avisarle a nadie. No se levantó de la cama en siete meses...

No tengo idea de por qué eso me causó tanta gracia, quizá fue por la forma como ella lo decía, tan... ¿descarada? Contra mi voluntad, dejé de ponerle atención un segundo. El departamento estaba iluminadísimo y vacío. Sólo había cuatro libreros del mismo tamaño, recargados en la pared y alineados como un pelotón de fusilamiento. Daba la impresión de que esa habitación estaba siendo recordada por alguien y eso justificaba la ausencia de muebles concretos, ornatos definidos y detalles en los muros.



Santiago Robles, *Chapultepec*

No sé por qué me imaginé que en lo que iba a consistir el trabajo era en transcribir a computadora páginas escritas a mano. Ni modo, pensé; necesito llenar la alacena.

—... su propia mierda le pudrió las piernas.

—Lo siento —volví a aclarar.

—...al final, estaba tan fuera de sí que ni se enteró de que ya se las habían cortado. El caso es que, como podrás ver, me estoy deshaciendo de todas sus pertenencias. Quise vender su biblioteca pero en las librerías de usados los pagan mal y por kilo. Yo sé que tiene libros buenos, primeras ediciones, libros de lujo... ¡bah!

Giré el rostro. Me asomé de lejos a los estantes. Estaban desordenados, llenos de polvo y acomodados no horizontalmente sino formando torcidas pilas, uno encima de otro.

—Por lo tanto decidí —continuó ella hablando a mis espaldas, modulando la voz para enfatizar algo muy parecido al desprecio— que voy a regalárselos a sus amiguitos escritores, que agarren los que quieran. Bola de muertos de hambre.

Se quedó callada un segundo, sopesándome. Supongo que en ese momento se dio cuenta de que quizá yo también escribo y a veces padezco de estómago vacío. Conforme charlábamos yo notaba que algo en ella envejecía milimétricamente. El rostro se le ensombrecía castigado por sus propios gestos. La belleza helénica que inicialmente vi en ella se había transformado en algo más bien pantagruesco.

—¿Ya cenaste? ¿Te sirvo algo de beber? —me preguntó modulando el tono.

—Un refresco, ¿tienes?

—¿Con o sin whisky?

—Con.

La mujer abandonó el cuarto dejando tras de sí una nata de perfume. Repasé con la mirada los tomos. Sí, en efecto, había buenos títulos ahí pero tampoco era una

Gabriel Rodríguez Liceaga. Ha publicado las novelas *Balas en los ojos* (Ediciones B, 2011), *El siglo de las mujeres* (Ediciones B, 2012) y *Hipsterboy* (Ediciones B, 2015), además de los libros de cuentos *Niños tristes* (Premio Nacional de Cuento María Luisa Puga 2011; FETA, 2013), *Perros sin nombre* (Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí 2012; Abismos, 2015) y *¡Canta, herida!* (Premio Agustín Yáñez 2015; Paraíso Perdido/Secretaría de Cultura de Jalisco, 2016). “Cielo, no lluevas” forma parte de este último libro.



Foto © Abraham Esle

biblioteca asombrosa, apenas si para salir del paso. Pensé que era mentira eso de que los había ofrecido a una librería de viejo. O quién sabe a cuál había ido.

—En lo que quiero que me ayudes es —dijo al mismo tiempo que me entregó un vaso desechable y se sentó en el piso abrazándose las rodillas—. A ver. Quiero que me ayudes a mutilar cada uno de los libros de mi padre. Quiero que me digas qué página arrancarles. La mejor página. La mejor escrita, la más emotiva, yo qué sé. En la que pasen esas cosas que ustedes los escritores tanto maman —me observó sin pestañear, penetrándome—. Quiero que todos estos libros le sean inútiles a cualquier posible lector futuro. ¿Me explico?

No me gustaron las palabras que eligió para decirlo, pero la mujer se explicaba. Pensé en la primera línea de *Aura*. Una oferta de esa naturaleza no me la hacen todos los días.

—¿Fui clara? —insistió.

—¿Y eso por qué? —alcancé a decir.

—Porque odio a los escritores. Ah, no tengo hielos y la coca está al tiempo, ¿es problema?

—No. Si no, ahorita voy yo al Oxxo.

Ángela Eñe sacó una navajita, de esas pequeñas que se usan en las imprentas. ¿Cómo se llaman? Abrió la hoja y mirándome a los ojos dijo:

—No hay tiempo para ir al Oxxo.

Mentiría si les dijera que me sentí cómodo. Sin embargo, con toda naturalidad tomé un primer libro. Hice como que revisaba el índice y busqué una página.

—¡Ésta! —exclamé dictatorial después de dar un sorbo al peor whisky con coca del mundo.

Y ella, con la misma masoquista delicadeza con que se quitaría una cicatriz tasa-jeó el libro, arrancándole la página por mí seleccionada. La vi: estaba empeñada en que no fuera notoria la mutilación. Mi piel estaba toda erizada. Tomé otro libro y le señalé el episodio condenado a desaparecer. Así me seguí de largo. Libro por libro. Naturalmente no conocía todos los títulos. En un acto de honestidad puedo decir que estaba al tanto de la existencia de uno sí y uno no. En el caso de los segundos, ponía cara de cosa seria y al azar mandaba fragmentos de trama a la guillotina.

Al *Tristram Shandy* le quitamos la página toda en negro. A un *For Whom the Bell*

Tolls, el epígrafe de John Donne. La descripción de *El Aleph*. Cuando el caballo Janto le habla a Aquiles. Rápido ubiqué la parte en que Antínoo se descuelga del caballo, recoge entre ambas manos agua de un charco y se la da a beber al emperador Adriano, su amante. El verso “Fluyen ríos sonámbulos”. La sombra del cónsul Firmin hecha de perros callejeros. Un salón de clases entero burlándose de Charles Bovary. Páginas y páginas de libros por mí apreciados. Encontrar las partes que me venían a la mente no me estaba resultando tan complicado. Apoyado por mi memoria, que presumo de prodigiosa, una fuerza ciega me conducía hacia tal o cual fragmento. Cada que me topaba con un ejemplar de la Biblioteca Personal Jorge Luis Borges sacrificaba el prólogo. Cuando seleccioné la aparición del Coronel Kurtz me di cuenta de que estaba disfrutando de aquella masacre. Aún no he leído a Platón ni a Dickens ni a Joyce ni a Dante. En esos específicos casos elegí, como ya dije, páginas al azar. Vaya, son sólo ejemplos. Me empezaba a doler el cuello. Vi mi reloj. Ya eran las nueve de la noche. Llevaba un librero entero.

Ella, sentada en el piso, no me permitía un respiro. Con la mano me exigía trabajo.

Tasajeamos batallas y sus himnos, el sonido de un cascabel, una sombra que comienza a podrirse, la infancia de un guerrero, borracheras de diferentes gentilicios, madres que comen a escondidas de sus hijos hambreados, monjas peleándose por usar un sensual ligero, la perfecta descripción de un jardín que al mismo tiempo es la eternidad, rostros de hombres frente al fuego, aves buscando al dios de las aves, pasteles de cumpleaños. Historias de cobardía, reencarnaciones, soles ocultándose, comadres en pugna, llaves, páginas en blanco, algún índice, alguna ilustración, dos espejos enfrentados, cada uno de los aleteos del colibrí, veinte traiciones, doce cobardías.

Yo devolvía cada ejemplar apocado a su sitio en el librero, como si nada. Ella arrojaba las páginas recién arrancadas al suelo. No flotaban las pobrecitas.

Archipiélagos de párrafos, hojas marchitas huérfanas de flor; pensé versificando, para distraerme. Sudaba como un culpable.

De pronto faltaba ya nada más un estante en el último librero. Todo había pasado muy deprisa. Tomé uno a uno los libros. Vi las palabras pestañeando, las vi temblar, las vi transformarse en hormigas, en Legión. ¡No! Eran mis ojos los que estaban al borde del llanto. Tomé un libro, de los últimos que quedaban intocables y le arranqué sin cuidado cada una de las páginas. Fuera de mí. Desgarrándolo hasta donde me fue posible. Con uñas. Doblé la portada y lo arrojé lejos, sentía que mi corazón había alcanzado el tamaño de todo mi pecho. Volví mi rostro y la mujer me observaba por encima del vaso desechable. Sus ojos eran los de un maniquí. Los de un santo.

—Acompáñame al otro cuarto —me dijo poniéndose de pie.

Pasamos a una habitación que yo no había advertido. Ahí, prevalecía la misma sensación de mudanza y de vacío. Sólo una cama sin colchón y en el suelo: la coca cola tibia, la botella de whisky, un grupo de hojas engargoladas. Un escalofrío me azoró de golpe: caí en la cuenta de que estaba en el domicilio de un suicida. Tan sugestionado que mis ojos habían perdido la capacidad de pestañear. Sin dejar de ver mis manos me recargué en la pared.

—Dame un segundo, por favor —dijo y desapareció en una puerta que hasta ese momento no había yo notado. Deseé que la chica hubiese ido por su cartera. Me urgía largarme de ese sitio. Como un órgano del cuerpo que se estremece con suavidad, el mecanuscrito en el suelo robó toda mi atención. Leí en la portada.

Cielo, no lluevas

Rómulo Eñe

Poesía completa 1957-2013

¡Se trataba del manuscrito del difunto! Del desconocido poeta difunto. Hojeé el poemario, pero las palabras no me decían nada. Era indiscutible que se trataba de una obra póstuma. Se trataba de un tomo muy delgado. Quise hacer la cuenta de los años que abarcaban las dos cifras. Ni eso podía realizar con certeza. Jamás sabré a ciencia cierta si la dedicatoria decía “Para mi hija Ángela” o es un juego que mi trastocada mente ha cuchareado en ulteriores evocaciones. Lo que sí recuerdo es que calculé treinta y tantas hojas y en ellas sólo estaba escrito un poema. Un poema a largo aliento.

En la última hoja —coincidencias de la impresión, coincidencias de la palabra escrita— sólo figuraba un verso. El último verso con el que concluía el último poema. La última cosa que ese hombre escribió en vida antes de cagarse en sus piernas hasta podrir las. Arranqué la hoja sin cautela, la doblé y la metí en el bolsillo de mi pantalón. Sonó la caja del baño. La mujer salió a mi encuentro. Enjuta, cadavérica, ojerosa: Catrina paseándose por la Alameda.

Caminamos de vuelta a la sala, las páginas arrancadas tapizaban el suelo. Era un otoño macabro.

—¿Te interesa alguno? —me preguntó, señalando los tres librereros.

—No. Ya me voy.

Nunca acordamos salario alguno. Mejor así. Salí sin despedirme. Tampoco quise ver la hora. Caminando lentamente, sin mirar al cielo pero deseando lluvia. La calle Guillermo Prieto ahora se llamaba Fidel. Todo había cambiado. Crucé entre putas y sombras. Llegué a Reforma sin notarlo, alélado, pensando en todas esas páginas arrancadas alevosamente. Esa biblioteca desperdiciada. Me sentí como en el capítulo de “La fiesta de las balas” de Martín Luis Guzmán, cuando a Rodolfo Fierro le duele el índice de tanto haber jalado el gatillo asesinando personas. ¡Mentira! Es falso. No sentí eso. No sentí eso. Fue otra cosa. Algo que no puedo traducir en palabras, no me alcanzan. Apenas entré a la Alameda Central saqué la página hurtada. La leí una, dos veces, cuatro veces. Hasta que por fin pude descifrarla. Ya había leído eso yo antes. Pero no recordé dónde. Tal vez en todos los libros que había leído en el mundo.

Hecho bola, arrojé el papel por una coladera.

“¿Cómo? ¿Cómo conseguir el perdón de nuestros hijos por haberles dado la vida?”

Es lo que decía. 

La soledad de los peces muertos

Abril Posas

GUADALAJARA, JALISCO, 1982

No queremos puercos
Sedición

El aroma a pescado es una peste que no desaparece nunca, ni siquiera con la muerte. Sólo hay otro olor igual de penetrante, pero es el de los peces muertos el que te viste, acompaña y anuncia a donde quiera que vayas, aun antes de abrir la puerta.

Mi vida se convirtió en una tierra baldía desde que me dieron empleo en una pescadería. Nadie me avisó que estaba aceptando un autoexilio cuando me puse las botas de hule, la cofia de plástico y ese mandil enorme la primera mañana que tuve un cuchillo en la mano y me enseñaron a quitarle las entrañas a una lubia. De lo único que estaba seguro era de que tendría dinero para comprarme unas caguamas tibias en el concierto de esa noche, deshacerme en el gallinero y conocer, finalmente, lo que era un verdadero toquín de punk. Por eso me animé a usar la sudadera de The Ramones como uniforme, porque le iba a decir adiós al punk, abrazaría la verdadera anarquía, aunque tuviera que tomar un empleo para disfrutarlo. Iba a ser sólo cosa de ese día, pero antes de que me diera cuenta, pasó una semana, luego un mes y luego tres seguidos, y yo regresaba al Mercado del Mar cada madrugada, con la imagen de los Ramones, mis únicos pantalones sin agujeros y los tenis más gastados que tenía. Es fácil acostumbrarse a traer unos billetes en la bolsa si también te da oportunidad de agregar un porro a la noche, unos tacos al final y hasta un par de condones para tus amigos, nunca para ti, porque si todo el día metes la mano a los estómagos abiertos de animales muertos, será difícil que alguien se te acerque por

iniciativa propia. Mientras mis amigos le metían la mano a la entrepierna de mis compañeras de escuela, yo inventaba mezclas con detergente, cloro, jugo de limón y un cepillo para lavarme las uñas. Ni así me abandonaba el olor a putrefacto, a víscera reventada, a ostión con mierda de río.

Cada tarde, cuando me enjuagaba las escamas, las espinas, la sangre, los ojos y las menudencias del mandil de hule, también sentía que una parte de mí se me resbalaba por la alcantarilla. Porque tenía apenas dieciséis años, pero un aspecto de la vida se me arruinó para siempre cuando platiqué con uno de mis amigos, que desde entonces ya intentaban hacer lo suyo con una banda propia, y quise saber qué se sentía, a qué sabía y a qué olía el sexo de las chicas. Recuerdo que escondía mis manos entre los bolsillos del pantalón en la escuela, tratando de disimular mi condición de pez ambulante, mientras me acercaba a la más quieta del patio durante los recesos, para alcanzar a olfatear el perfume de su cabello. Siempre olían mejor que mi cuartucho y el aromatizante que invadía todo el aire. Me imaginaba entonces que también sería el perfume de todo su cuerpo desnudo, en especial aquellos pliegues escondidos entre la ropa.

Mi amigo lo arruinó. “Huele como a pescado”, comenzó su explicación, y la imagen de un robalo desbaratado se me vino a la cabeza con esa sentencia. ¿Quién iba a querer abrir esa puerta si iba a despertar sólo náusea? A partir de ese día dejé de masturbarme, por el horror

Abril Posas. Estudió Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara, fue becaria de la primera generación de la Fundación para las Letras Mexicanas (2003) y reportera, durante cuatro años, en *Milenio Jalisco*. Actualmente trabaja en publicidad. Publicó la *plaque* *Estática* (Paraíso Perdido, 2015). El cuento aquí incluido fue publicado en la antología *Río entre las piedras* (Paraíso Perdido, 2015).



que me estremecía al imaginar que el olor de mis manos impregnadas sería igual al de la vagina de mi primer acostón.

Así comenzó la soledad de los peces muertos. Dejé de intentar todo contacto humano más allá del *slam* y los coros rabiosos en los conciertos de punk. Ahí nadie se daba cuenta de que una tripa estaba enredada entre mis cabellos, o que una bolsa de bilis se había reventado en mi playera. Mentiría si dijera que es posible acostumbrarse al olor del pescado; sin embargo, aprendí a vivir con él como quien se olvida del zumbido que queda en el oído después de tener el amplificador de la guitarra a unos centímetros de la cabeza, durante un concierto de dos horas. Mis amigos punketos tenían ese problema, yo el del olfato. En cierta manera nos compensábamos, y aprendimos a sólo asentir con una sonrisa ignorante y la nariz cerrada.

Una de las primeras cosas que aprendí es que no todos los pescados deben escamarse, porque no todos tienen escamas. El lenguado, por ejemplo, nos ahorra ese paso. Es lo único que podemos evitar, lo demás es obligatorio: abrir el lomo, extirpar las espinas, dejar que algunas gotas salpiquen e inyecten tus labios, cortar las cabezas y separarlas para que las señoras hagan caldo con ellas. Todo, mientras una banda de norteco danza de un puesto a otro, de restaurante de mariscos a otro,

y tú sólo tienes ojos para la joven que trae una camiseta de Sedición y acompaña a su madre. La miras, la miras, la miras aunque se pare detrás del vendedor de globos o intente crear un campo de fuerza impenetrable con las bolsas de compras, y baje la cabeza. Y tú, atento a lo que hace: ya se dio cuenta de que no te fijas hacia dónde apunta tu cuchillo mientras lo dejas caer sobre la tabla de madera para separar las aletas de un huachinango. Ya sabe que la estás viendo, pero sólo quiere que la dejes en paz y se quiere ir de ahí. No sé qué habrá pasado que entonces solté un par de machetazos que me salpicaron toda la cara con los jugos del pescado indefenso. Muerto, al fin y al cabo.

“Ey, tú, pareces masacre. ¡Eh, Masacre!”, me bautizaron mis amigos, que llegaron en ese momento y me descubrieron cubierto de entraña. La chica desapareció tras su madre y no quiso volver la cabeza; adivino que sospechaba que incluso ahí la seguía, como el que quiere medir hasta dónde se traga el horizonte una balsa a la deriva.

Pero pronto la olvidé, porque mis amigos me avisaron que esta vez la habían pegado grande: fueron invitados a tocar en un concierto de Sedición, ¡de Sedición!, en el Roxy. Ir al Roxy representaba dos cosas para alguien como yo: ir más allá del parque Ávila Camacho y cruzar la frontera entre Zapopan (los que la llaman “Ciudad Zapopan” son unos imbéciles con delirios de alta sociedad) y Guadalajara —adentrarme en la zona metropolitana, la de verdad, a la que primero le agregaron ciclovías, pavimentaron calles y le transformaron el centro en varias

ocasiones porque las primeras no fueron suficientes— y escuchar punk en uno de esos antros que ya sabíamos iban a dar de qué hablar a los que jamás los pisaron.

Mis amigos serían una de las bandas teloneras, de esas a las que no se les paga porque lo importante es que “la gente que va a ver a la estelar los conocerá”, y con eso es suficiente para todo: para pagar el transporte, las ca-

guamas, los boletos de las morras con las que estaban quedando, la bolsita de marihuana y los tacos para aguantar el trayecto de regreso. Yo sería su *estaf*, o eso me dijeron, y cargaría el equipo, no tendría que pagar boleto y disfrutaría la mejor vista de todas: desde atrás. No necesitaba otra razón más que entrar gratis, pero de inmediato me vino a la memoria la playera de la chica que devoraba momentos antes. ¿Y si ella también iba? Acepté.



Santiago Robles, *Culhuacán*

No sé por qué pensé que la soledad se me iba a sacudir en un concierto de punk. Lo cierto es que mientras iba a casa a cambiarme de ropa después del trabajo, hasta creí que podría deshacerme del olor a pescado si le agregaba bicarbonato a la mezcla de todos los días. La realidad me mostraría que ésa sería sólo la primera de mis decepciones, aunque todavía no lo sabía.

Camino hacia el centro de Guadalajara, armado con la chamarra de piel que le había robado a mi hermano mayor, mi cartera con cadena y los Faros en la mano, sentía un nudo en el estómago mientras el camión bajaba la empinada de Ávila Camacho y cruzaba el puente de González Gortázar, que no se salvó de la construcción de la infame línea 3 del Tren Ligero. Creo que para entonces ya no manaba agua como lo hacía antes. A ese arquitecto le jodieron todas sus fuentes: la de Las Rosas, la de frente al CODE, la de Ávila Camacho, la de Federalismo. Me pregunto si alguna vez se sienta a ver la ciudad por la ventana y también percibe el olor de los peces muertos que me acompaña, ese hedor que debe parecerse mucho al agua estancada en sus fuentes y esculturas. ¿La extrañará?

El centro de Guadalajara es muy diferente al de Zapopan. Los autos son más agresivos. Hay calandrias y huele a establo en ciertas esquinas. La gente tiene más prisa. Hay más coreanos y restaurantes de comida china que jamás

tienen clientela, pero algo hacen porque no los cierran. Y todo eso lo noté sin llegar a la Catedral, pues el Roxy se encuentra antes del Palacio de Gobierno, el Degollado y esas atracciones de las que uno aprende en los libros de historia de Jalisco de la primaria, aunque jamás los hayas visto.

Por lo que había oído de otras personas, pensaba que el Roxy era más grande. Pero su entrada apenas abarcaba dos casas. Era como un cine de los años cincuenta, con taquilla y todo, con parroquianos tatuados. La banqueta no podía contener a los punketos que llegábamos con una o dos cervezas encima y unas Doctor Martens sin bolar. Las mías eran Doctor Martínez, sin embargo nadie iba a preguntarme nada porque estábamos ahí para rompernos el alma con los veintiséis minutos de Extintos. Tal vez también podría quitarme la maldición de los peces muertos si encontraba a la chica de la camiseta de Sedición. Tal vez, sólo tal vez, podría encontrar una fetidez que, al menos, arrasara con mi tufo de siempre y que me salvara de esta rutina putrefacta. Tal vez sería gracias a esa chica.

Mis amigos llegaron en la camioneta de uno de sus padres. Pintaba casas —“¡A domicilio!”—, le encantaba bromear cuando alguien le preguntaba su profesión—, así que un monitor, las guitarras, un micrófono y el único amplificador de la banda tuvieron que arriesgarse a llegar convertidos en una de esas pinturas de arte moderno que sólo consisten en manchones sin sentido. Tal como era la música de mis amigos. Su grupo ni nombre tenía, así de en serio nos tomábamos la vida en ese entonces. ¿Qué tan serio puede ser todo a los dieciséis años, cuando sobrevives en un cuarto en donde apenas cabe tu colchón y una cajonera en la que hay todo, menos ropa? Esa noche sólo queríamos destruirnos un poco la cabeza para que el siguiente lunes valiera la pena. En el fondo, yo me repetía que nunca olvidaría este concierto.

Maldita voz de profeta. A veces quisiera arrancármelo de la memoria.

Les ayudé a cargar instrumentos. Otro grupo les prestaría la batería a ellos y a otras dos bandas, igual de

principiantes, a cambio de un *six* de cerveza. Adentro, mientras nos abríamos paso entre cables, músicos, adolescentes y los de la vieja escuela que ahora no les gusta admitir que bebimos de la misma caguama en aquel entonces, escuchábamos que los vecinos estaban molestos, que iban a llamar a la policía, que quedaba poco tiempo. Había que apurarse para montar todo y que los más verdes se aventaran su set antes de Sedición. ¿Qué tanto tiempo podría ser, si el artista estelar tenía un disco que no contaba ni treinta minutos? “Masacre”, me dijo el hijo del pintor, “nos vamos a partir la madre”. Se subió al escenario con una sonrisa y se puso a conectar lo que podía conectarse. A eso no le sabía; me quedé ahí, viendo cómo se iba atiborrando el Roxy, cómo aumentaba el calor y las voces hablaban de todo al mismo tiempo: la chela, el porro, la güera de la esquina, la puta de tu madre, por qué no nos habíamos visto antes, Sedición putos, róllalo, ¿traes cananas?, dejé el coche a dos cuadras, mi mamá no sabe que acá ando, puro mocos, carnal, se murió mi perro, no le hace, acá tengo más, quítame la mano de encima, ocupo que me prestes, ¿cómo está tu hermana?, ¿de quién te andas escondiendo?, creo que ya te ubicaron compa, la verdad es que tocaban más chido antes, a ver si no nos carga la chingada otra vez, qué bueno que llegaste sola, ya chole con La Cuca, ¡en El Bananas, wey!, ¿dónde estabas?, fui al Mercado del Mar con mi mamá y creo que ya le tengo miedo a los pescados. Y ahí la vi, muy cerca del escenario, recargada junto a una bocina, platicando con una amiga. Llevaba la misma ropa de unas horas antes. Era mi oportunidad. Llené mi pecho con todo el aire que mis fosas adolescentes me permitían inhalar, y lo guardé un rato en los pulmones porque acababa de darle un jalón al churro que alguien, todavía no sé quién, me puso entre los dedos.

La hierba era especialmente dulce, casi logra que me olvidara de los pescados que eran mi colonia, y me puso a flotar un poco al dirigirme a la desconocida. Tropecé con un pedal de guitarra, pero recuperé el equilibrio antes de tocar el suelo. Los ánimos ya estaban encendidos,

y nadie estaba tocando nada. “Algo va a pasar este año”, me dije, “1992 nunca se nos va a olvidar”. Apenas era marzo. Y, de pronto, ¡pum! Se escuchó la explosión de un golpe en el *lobby* del Roxy y la raza comenzó a correr hacia adentro. “¡Ya cayeron, ya cayeron!”, gritó una bola de muchachos que quisieron adelantarse a la policía. Pude ver cómo una chica se tragó su churro antes de emprender la huida; de pronto perdí de vista a la de la playera de Sedición y algunas sillas comenzaron a volar. Envases de cerveza, Doctor Martens, puños, patadas. La policía ya estaba adentro y no iba a permitir que se hiciera el concierto. Escuché vidrios romperse, guitarras caer de sus bases, llantos, gritos de guerra. Ni una señal de mi chica. Se subieron al escenario con macanas alzadas, intenté cubrirme de los golpes y rodé hacia abajo. Caí de la tarima y quise protegerme detrás de una bocina. Un tipo, no le vi la cara, también estaba ahí escondido, aunque no de la ley. “¿Tú qué vergas haces acá?”, le reclamaba otro más grande, más viejo y más enojado. “Regrésate a Tonalá”, le ordenó en son de burla. Por eso me caen mal los de Guadalajara. Entonces sentí la bocina mecerse. Se nos iban a caer encima unos cien kilos de baffles ochenteros y lo único que pude hacer fue empujar a quien estaba junto de mí para abrirme paso. Cuando vi que el armatoste se rendía a la fuerza de un antitonalteca, supe que en mi lugar estaba ella. En la confusión de la redada, otros cayeron encima de la bocina para escapar, se siguieron moliendo a golpes, y ella dejaba de respirar. ¿Has visto a un pez intentando jalar aire, afuera del agua? Ésa fue la última expresión de su rostro. Intenté quitarle el baffle de encima. Cómo lo intenté. Metía las manos bajo él para hacer espacio entre su tórax y la estructura, pero tuve que hacerlo muchas veces antes de lograrlo. Tenía sangre hasta en el cuello.

“¡Masacre!”, creí escuchar un grito familiar antes de que alguien amenazara con disparar. Seguí moviendo el baffle.

“¡Masacre!”, de nuevo.

Ya casi lo movía. Nadie me ayudaba. Ella ya estaba muerta y no quería dejarla ahí. Quizá sólo necesitaba aire fresco, recostarse sobre la banqueta angosta, alejarse de la tormenta.

“Masacre!”

Respondí con un grito.

“Vámonos!”, y uno de mis amigos me jaló de un brazo.

Afuera del Roxy nos separamos. Cada quién se fue para su casa y yo caminé sin volver la vista, tal como lo hizo aquella chica al marcharse del mercado, temiendo que si giraba la cabeza me iba a encontrar con su rostro hecho pedazos. Al llegar a casa me bañé una, dos, tres, diez veces. No me había dado cuenta de que en el forcejeo me tragué el hedor de su cuerpo que desfallecía. Lo tenía en la boca. El olor de su sangre se me metió hasta que me ardieron los ojos, el recuerdo de su viscosidad me da escalofríos si tomo algo de mermelada con un dedo o algo de miel cae de la cuchara a mi antebrazo.

Ese concierto de Sedición que no tuvo música fue una de las tantas ocasiones en que se clausuró el Roxy. Pero sólo me sentí tranquilo cuando supe que no volvería a abrir jamás sus puertas, ni siquiera cuando, algunos años después, un grupo de necios unió fuerzas para rescatarlo del abandono. Cuando me encuentro con policías en bola, me imagino que algunos de ellos se contaron la historia de la chica aplastada en el Roxy y luego olvidaron la fecha, el lugar, la ciudad, el año. No se me olvida 1992; ellos continuaron con sus vidas impregnadas a tortita ahogada o tacos de barbacoa, otros hasta vieron su casa destruida bajo el peso de un camión que voló por los aires. Ese año fue sólo una tragedia que muchos decidieron olvidar y así lo lograron, porque no tienen olfato o simplemente les gusta el olor a mierda.

El aroma a pescado es una peste que no desaparece nunca. Sólo hay otro igual de penetrante: la sangre de una joven que se atraganta con sus entrañas.

Ni el cloro, ni el limón, ni el detergente ni el bicarbonato: nada. Todos los días intento quitarme ese perfume frotándome las vísceras que junto en un bote durante la jornada en el Mercado del Mar, con bilis, con el agua descongelada que queda en las cubetas en que transportan los mariscos. A los dieciséis años aprendí que el aroma de aquella moribunda es mucho peor que el de la soledad de los peces muertos. ❶



La escala zoológica

Mariel Iribe Zenil

CHICONTEPEC, VERACRUZ, 1983

Nada sucedió como lo había imaginado. Haces tres meses, cuando me ofrecieron unas clases en una escuela particular, me negué tajantemente a aceptarlas. Hasta me reí de mi amiga cuando me contó que había pensado en mí para la chamba. La verdad es que la simple idea de estar frente a un grupo de juniors me daba asco. “Prefiero ser cajera toda mi vida, antes que volver a un salón de clases”, le dije, pero la verdad es que ni eso hacía. Llevaba más de un año sin trabajar y a todos les apuraba que dejara de ser una mantenida. Ya me tenían hasta la madre. Mis amigos, y hasta el más pendejo de la familia, se creían con el derecho de venir a mi casa a sermonearme. Según ellos, para que pudiera salir de la depresión por haber sido expulsada de la maestría. La verdad es que ni al caso: posgrado mediocre con una asesora mediocre, en una ciudad mediocre con gente buchona y mediocre. La maestría me daba lo mismo. Además, a veces pienso que trabajar para qué. Estudié dos carreras y aún así, con tal de conseguir feria hasta me rebajé a repartir volantes publicitarios para una escuela virtual. Llegué cuando ya estaba completo el equipo de maestros. Pero dejé rápido el trabajo porque me mordió un perro mientras recorría las calles de una colonia popular. Me defendí con un paraguas pero aún así me dejó dos heridas más o menos grandes en la pierna. Típico, en la entrevista te exigían un currículum brillante en tu área y además que por lo menos supieras algo de inglés, para después mandarte a las colonias. Recuerdo que hasta desconfiaron de mí cuando les dije que había abandonado la maestría, y eso es natural porque quién abandona una maestría con beca en estos tiempos y en este país, pero bueno,

tampoco podía decirles la verdad. Después de eso trabajé en una escuela privada en donde tuve mi peor experiencia. Pero aún así cuál depresión: si yo no trabajaba era porque no quería. Así de fácil. Yo no iba a ser la sirvienta de ningún hijo de narco. Pero las cosas se me salieron de control... Unos días después de haber rechazado las clases, a mi madre le diagnosticaron una piedra en el riñón izquierdo. Eso bastó para que se fueran al caño mis planes. Tuve que aceptar el trabajo, que de entrada me pareció una pérdida de tiempo. Sí, una pérdida de tiempo, pero aunque el dinero no era mucho, ahora lo valía. Pues bueno, me aguanté la vergüenza y ese mismo día le regresé la llamada a mi amiga para decirle que aceptaba las horas de Literatura, y en menos de dos semanas ya estaba de mal humor porque me habían pedido, en calidad de urgente, las planeaciones. Además me exigían que fuera a una junta de seis horas todos los últimos viernes del mes. Claro, como no eran clases, no me las iban a pagar. Eso me pareció un abuso; es más, era una reverenda mamada. Me acuerdo que hasta se me retorció el estómago de coraje, pero me aguanté. No le dije nada a la directora que me veía con su sonrisa hipócrita porque no quería discutir. Me desgastan esas peleas que inician con un comentario sin importancia y que terminan siendo un conflicto. Así que mejor me callé. Ya vería cómo me quitaba esas ridículas juntas de encima. Respiré profundo. Tenía que agarrar valor para hacer la programación bimestral. Saqué la carpeta y unos libros pero no pude concentrarme. Por más que me esforzaba no podía quitarme de la cabeza la imagen de un alumno amenazándome. “La voy a matar, maestra. Le juro que la voy a matar”, me decía molesto por

Maríel Iribe Zenil. Estudió Comunicación y Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Ha sido conductora de televisión y reportera de nota roja y deportes. También ha colaborado en las revistas *Textos*, *Literal*, *Politeia*, *Punto de partida* y el diario *Récord*. Ha sido antologada en *A fin de cuentas* (Ayuntamiento de Culiacán, 2007), *La letra en la mirada* (Ayuntamiento de Culiacán, 2009), *Cuadernos de periodismo Gonzo* (Almadía, 2011), *22 Voces. Narrativa mexicana joven* (Mala letra-Conaculta, 2015), *Camínos que se bifurcan* (Instituto Sinaloense de Cultura, 2015) y *Lados B* (Nitro/Press, 2011). *El último intento* (FETA, 2013) es su primer libro. Vive en Culiacán desde los once años.



haberlo reprobado. Ése era uno de los muchos recuerdos de mi trabajo anterior. Y quizá eran una especie de alerta. “No vayas, Ana, no te metas en broncas.” Pero no, yo no quise reconocerla. Cada que intentaba seguir, los recuerdos empezaban a atormentarme. De pronto apareció uno lejano, de la infancia. Podía ver ante mí el rostro desenchajado de un prefecto ante los insultos de un grupo de estudiantes. Estaba arrinconado en un pasillo húmedo y maloliente por los charcos que se hacían debajo de los aires acondicionados. Un lugar alejado del movimiento de los salones y aún más de la dirección. Los alumnos lo rodearon para meterle un gis entre el párpado y el lente. Saltaban a su alrededor y sólo bastó que uno lo empujara para que todos lo hicieran. Él rebotaba de un lado a otro sin la más mínima esperanza de ser escuchado. Así, en un empujón perdió los lentes, después cayó al piso y ahí, gateando entre las piernas de aquellos salvajes, empezó a buscarlos palpando a ciegas, pero lo único que recibió fue un golpe en las costillas que lo dejó tendido sobre el agua. Una punzada en el estómago me regresó a la realidad. Eran las doce de la noche. Empecé a sentir el inicio de un ataque de pánico nocturno que pensé que había desaparecido desde hacía varios años. En ese momento me di cuenta de que no era así. No lo había superado y eso me provocó un sentimiento de peligro que se fue haciendo cada vez más fuerte. Respiré profundo una, dos, tres ocasiones, y me fui a la cama. Traté de olvidar.

La primera clase fue como la había imaginado: al entrar al salón escuché una expresión de rechazo. No pude evitar reprocharme el estar ahí. Nadie más que yo tenía la culpa de enfrentar una situación tan humillante. Apre-

tando los dientes caminé hasta el escritorio. Quise reponerme pensando en hacer una presentación de la materia pero todo esfuerzo era inútil. Lo único que me daba fuerzas era pensar en el dinero. “Soy su maestra de Literatura”, dije alzando la voz para que todos escucharan pero ni siquiera voltearon a verme. Entonces me detuve frente al espectáculo: un grupo de alumnos rociaba desodorante al aire para después hacer una flama con un encendedor. Reían y festejaban su estupidez. Dos filas más adelante una muchacha golpeaba a otra con un libro, mientras que los de atrás, la mayoría, se concentraban en el celular. La sangre me hervía y luego una fuerza, una acumulación de rabia por todo mi cuerpo explotó en la mandíbula con la fricción de los dientes. “Son unos animales”, pensé, pero de mi boca sólo salió un “Cálmense, muchachos”. Apenas terminé la frase sentí lástima por mí. “Guarden silencio, por favor”, supliqué, pero volví a fracasar en el intento. Quise controlarme pero los ejercicios de respiración no fueron suficientes, entonces recordé la mirada retadora de mi padre advirtiéndome que si estudiaba Letras no pasaría de dar clases. Y, precisamente, dar clases era lo más lejos que había llegado. Pensé también en mi madre quejándose de un dolor intenso, luego recordé el precio de las medicinas y la cuenta del hospital. No me quedó de otra más que tragarme el coraje y seguir hablando sola. Escribí la rúbrica en el pizarrón y enlisté los objetivos de acuerdo con las competencias que no entendía y que en realidad no me importaban. Después, para hacer tiempo, hablé de los griegos. Nadie preguntó nada. Nadie se dio cuenta de que en el pizarrón había dos faltas de ortografía que había escrito a propósito. Tampoco vieron



Santiago Robles, *Tamoancha, se partió el árbol*

que la suma del total de los criterios no llegaba al cien. Pero mientras les veía la jeta a cada uno de los alumnos los imaginaba suplicando por un seis. Eso era lo único que me mantenía en pie: el dinero y verlos suplicar, llorar, hincarse ante mí pidiéndome perdón. Los maldije mil veces y en silencio fui tejiendo mi venganza.

Así siguieron las semanas hasta que empezaron a retarme. Se levantaban de sus lugares para empujarse y platicaban incluso cuando les pedía que pusieran atención. No había día que no sintiera su desprecio, su indiferencia, y de pronto, como una ventosa succionándome el cerebro: una sensación de asfixia, el coraje de perder el tiempo. Recorría el salón con la mirada: las butacas de enfrente estaban vacías; en la esquina, a mi derecha, dos muchachos sacaban la baraja acomodándola con calma sobre la mesa; atrás de ellos, Leslie hojeaba una revista y su compañera se retocaba el maquillaje, y ahí, al

fondo, a la sombra de la última fila, un muchacho bebía a su novia. Arturo. Se llamaba Arturo. Por Dios que quise ignorar la escena, pero algo, una pulsión interna, una especie de presentimiento, me hizo regresar la vista hacia él. “Hacia ellos”, pensé al momento de la reflexión, pero caí en cuenta de que aunque la muchacha era atractiva, era él a quien buscaba. Así fue como lo descubrí: en medio del caos, del agolpamiento. Él, buscando con terquedad las piernas de ella, que al principio huían pero que después se abandonaban al placer, un placer contenido y por eso mucho más fuerte. Después, sin que sus compañeros pudieran notarlo, ella deslizó la mano hasta su entrepierna para aprisionar el miembro que la esperaba: listo: erguido. Por los riñones de mi madre que tuve un sobresalto. Sentí cómo una oleada de sensaciones me sofocaba el pecho, pero seguí hablando de la importancia de la coma y de los puntos suspensivos.

“Los puntos suspensivos son tres, no dos, ni cuatro. Son tres”, amenacé con la voz entrecortada a los únicos dos muchachos que voltearon a verme con indiferencia. Tragué saliva y la boca me supo amarga. De nuevo volví la vista hacia la pareja que en ningún momento había dejado de tocarse. En ese instante él le rodeaba la cintura y olía su cuello. Respiré con un dejo de cansancio y deseo que nunca pensé compatibles y que en ese justo momento descubría. Entonces, cuando más disfrutaba de aquella escena, sonó el timbre del receso. Empezaron los gritos, el alboroto. Los alumnos se levantaron en estampida y yo me quedé ahí sentada sin poder creer lo que había visto.

Por la noche, mientras esperaba que los medicamentos para el dolor hicieran efecto y mi madre por fin dejara de lamentarse en la cama del hospital, no pude evitar pensar en las clases. Había estado buscando diferentes estrategias para llamar su atención, pero tenía la seguridad de que nada de lo que hiciera daría resultado. Además, la verdad es que en este punto ya me daba lo mismo que esos juniors aprendieran o no. Me acosté en el pequeño e incómodo sofá que estaba a un lado de la cama de mi madre. Como que los medicamentos empezaron a hacerle efecto rápido, porque dejó de sollozar. Fue entonces cuando mi preocupación quedó opacada por el recuerdo de Arturo. Pero esta vez no era su novia sino yo a quien él acariciaba. Yo era quien recibía aquella mano entre las piernas y, por supuesto, quien sostenía su miembro erecto. Sí, me sentí extraña al principio, pero la sola idea de llevarlo a la realidad me hizo experimentar esa alegría asfixiante que desde hacía mucho había desaparecido. Y fue precisamente esa sensación la que me obligó a imaginar esa y otras variantes de la escena: sus manos grandes y fuertes avanzaban por mi cuerpo y se detenían en la cadera para después subir a mi cintura. Si cerraba los ojos las podía sentir suaves, anchas, volviéndose dueñas de cada rincón. Pensando en él, en su cuerpo, me quedé dormida.

A las seis de la mañana me interrumpió una enfermera para checar la presión y cambiar la bolsita que era alimentada por la sonda. Vaciaba la orina en un recipiente de plástico y después la tiraba al escusado. En cuanto sintió la presencia de la enfermera, mi madre

empezó a quejarse: que me duele el estómago, que me duele mucho la cabeza, que tengo calor, que este lugar no está bien ventilado. Lo único que pude hacer por ella fue acercarle un vaso de agua para ver si se le pasaba el ardor en el estómago que le provocaban los medicamentos. Me acuerdo que después de eso me metí a bañar sin hacer un esfuerzo por consolarla. Por un momento me sentí culpable, pero recordé que tenía mucho por hacer y eso me ayudó a calmar el remordimiento. Necesitaba ir a dar clases, después al banco por el dinero y regresar para pagar la cuenta y esperar a que la dieran de alta. Mientras me desvestía y me organizaba mentalmente, sentí un dolor agudo en la espalda. Maldije el incómodo sillón en el que había dormido. Estiré los brazos, las piernas y así fui recobrando el movimiento natural de mi cuerpo. Pensé en la tortura del salón de clases, pero me acordé de cuánto necesitaba el dinero.

En el colegio me encontré en la entrada a la directora. Parecía que estaba de cacería, porque en cuanto me vio se me acercó para decirme que necesitaba hablar conmigo en privado.

—¿Cómo le ha ido con los muchachos? —me preguntó con una mirada retadora.

—Me sigue costando hacer que participen, pero vamos bien con el programa —mentí para sentirme menos estúpida.

—Hay muchas quejas de los alumnos. Dicen que usted es muy exigente y que no saben qué esperar para las evaluaciones. Incluso varios ya han amenazado con traer a sus padres.

Sus palabras tomaron un aire de amenaza. No dije nada. Me acomodé en la silla pensando en qué podía contestar y lo único que salió de mi boca fue un:

—¿Y usted qué me aconseja? —fingiendo humildad, pero sobre todo, para probar el terreno en el que me encontraba.

—Enseñar no es sólo tener los conocimientos. Llama de alguna forma su atención. No hay de otra. ¡No es fácil ser maestro!

Nos despedimos de inmediato y, asintiendo repetidas veces con la cabeza, abandoné la oficina para entrar a la clase. “No es fácil ser maestro”, pensé mientras saludaba como de costumbre, pero, también como de costumbre,

no obtuve respuesta. Acomodé las cosas en el escritorio como lo había hecho desde hacía un mes y tuve la sensación de estar viendo pasar mi vida por el orificio de una cerradura: Ana suspendida, flotando frente a un grupo de simios indomables. La animalización. Recordé entonces el inicio de *El apando*: "... con sus pasos de extremo a extremo, detenidos pero en movimiento, atrapados por la escala zoológica como si alguien, los demás, la humanidad, impiadosamente ya no quisiera ocuparse de su asunto, de ese asunto de ser monos", y no era exageración. Estuve un rato ahí, parada al frente, abstraída, hasta que me encontré de nuevo con Arturo. Se acercaba a su novia, la tomaba de la cintura y le metía, intentando pasar desapercibido, la mano por debajo de la falda. Tuve de pronto una agitación involuntaria. Intenté voltear hacia otro lado, pero no soporté la idea de perderme la escena. Su novia lo dejaba hacer, al principio con un esfuerzo evidente por concentrarse en la clase y en los apuntes que había que copiar del pizarrón, pero poco a poco se olvidaba de las notas para concentrarse en el momento: las piernas abiertas, el cabello ligeramente alborotado por la cercanía de los cuerpos y las bocas que siempre terminaban por encontrarse debajo del suéter con el que se cubrían hasta la cabeza para alejarse, para sumergirse en su propio universo. Así estuvieron: ellos tocándose y yo viéndolos, tratando de disimular —escribía en el pizarrón, caminaba de un lado a otro o me recargaba en el escritorio—, hasta que me sorprendieron los brincos de un muchacho que caminaba por arriba de las mesas.

—Carrillo, bájate de ahí —le llamé la atención mientras respiraba despacio, haciendo un esfuerzo para no gritar y para sobreponerme a la imagen de Arturo que aún tenía en la cabeza.

Pero Carrillo no se bajó. Al contrario, siguió avanzando sobre las mesas hasta cumplir su objetivo.

—Regrésate inmediatamente a tu lugar —amenacé apretando la mandíbula.

En ese momento sentí el impulso de golpearlo en la cabeza con la mano, de decirle que era un imbécil, un niño estúpido y malcriado: un simio. Después pensé en el posible abandono de los padres, en los lujos y el dinero que seguramente se habían vuelto la solución a to-

dos los problemas en su casa. Tuve también ganas de arrastrarlo del cabello hasta su asiento, pero me contuve. La acumulación de rabia que ya había sentido otros días, casi todos, ahora se me había concentrado en la garganta. Me ardía. Me raspaba.

Carrillo contestó que no.

—¿No?

—No, ya le dije que no...

—Pues de mi cuenta corre que no vas a pasar esta materia. ¡Te lo juro! —grité desesperada.

Me temblaban las piernas y la boca. Entonces fue cuando empecé a sentir que el ojo me brincaba. El salón quedó en silencio, cosa que hasta ese momento parecía imposible. Carrillo, con una molestia evidente y sin quitarme los ojos de encima, empezó a arrastrar una butaca produciendo un chillido que hizo que varios se quejaran. Lo veía moverse y sólo podía sentir un profundo desprecio por el muchacho y por los granos y las marcas de acné que se podían ver a kilómetros en su rostro. Días después supe que aquel silencio se debió a que Carrillo era hijo del socio mayoritario del colegio y que nadie, ni siquiera la directora, se hubiera atrevido a retarlo. "Maestra, usted no está en una escuela pública, y este muchacho es como quien dice hijo del dueño... Se lo digo nada más para que lo tome en cuenta", me dejó en claro la coordinadora cuando el rumor corrió por los pasillos de la prepa. Sus palabras tenían un tono de amenaza disfrazada de consejo. Seguramente fue ella quien se lo contó a la directora.

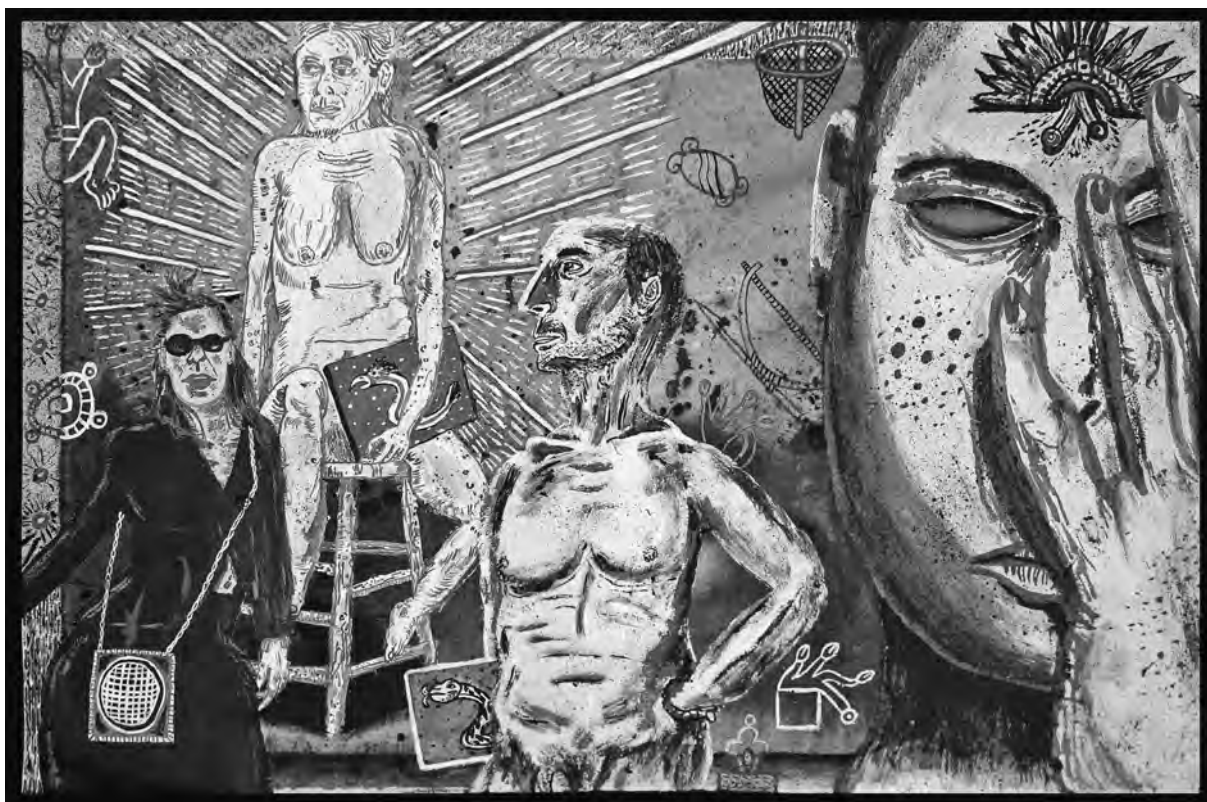
Mientras mi madre se reponía lentamente de la cirugía —a veces recostada en su cama y otras lanzando un gemido al orinar—, estuve pensando en que debía haber algo con lo que pudiera llamar la atención de mis alumnos. Fue entonces cuando recordé que alguna vez un maestro había logrado impresionarme con un poema de Oliverio Girondo que empezaba con un rotundo "Me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo...". Y me acordé también de Arturo, porque no podía sacarme su recuerdo, pero también porque no quería olvidarlo. Era la maqui-

Santiago Robles, *Popotla*

naria que me daba vida, que me mantenía en movimiento. Así llegué a la conclusión de que lo que les hacía falta era acercarse al erotismo como una de las muchas posibilidades narrativas. Pensé en que si buscaba los fragmentos correctos, y si tenía un poco de suerte, por fin despertaría su interés y a lo mejor no sólo escucharían, sino también, ya de paso, quizá se sentirían atraídos por la literatura. Aunque era evidente que había perdido las ganas de enseñarles algo, el recuerdo de Arturo y la curiosidad de su reacción a mis lecturas me hizo buscar y subrayar algunos fragmentos que me gustaban. En ese momento supe que mis clases tenían un propósito definido. Una felicidad, una frescura me latía en todo el cuerpo.

Al otro día me acomodé en el escritorio como de costumbre, en medio de los gritos y el desorden. Estaba nerviosa aunque eran más fuertes las ganas de comprobar si el plan daría resultado. Jalé la silla hacia el

centro, me senté con soltura y empecé a hablarles. “Hoy no vamos a tener clases. Hoy quiero leerles”, les advertí mientras buscaba la página marcada. En ese momento tuve ganas de abandonar la idea, pues nadie hacía ni el más mínimo intento por ponerme atención. Respiré profundo como hacía siempre que estaba a punto de perder la paciencia, sólo que ahora lo que estaba en juego era la esperanza de hacerme visible. De eso dependía que pudiera conservar mi trabajo. Agarré valor y empecé a leer como si con ello abriera la puerta a un nuevo universo. “El ojo de Granero”. Escogí este capítulo de *Historia del Ojo* para debutar. Al principio parecían no escucharme, pero primero uno, luego otro, y así poco a poco, la mitad del salón se abandonó al ritmo, a la cadencia de las palabras, hasta que un aplastante “Cogí a Simone por el culo mientras ella extraía mi encolerizada verga” hizo el milagro y todos voltearon asombrados a verme. Supe que ésa era la prueba indiscutible



Santiago Robles, *Cuatro fueron los guías de la migración. Teomama*

de que Dios existía y entonces una violencia desconocida se apoderó de mí. Seguí leyendo con el mismo entusiasmo, pues ahora que estaban alertas no podía perderlos. Cuando llegué al “Desnuda la joven, hundí en su carne babosa y color de sangre mi polla rosa”, ya todos habían optado por dejar lo que estaban haciendo. Una alumna me observó con una mueca de asco, mientras la mayoría, con una evidente sonrisa dibujada en sus adolescentes y lujuriosos rostros, aprobaba complacida aquella revelación. Arturo me veía fijamente al tiempo que empezaba a buscar los muslos de su novia. Y eso era lo que yo había estado esperando. Ella también me veía y escuchaba como si en ese momento la lectura fuera lo único importante. De pronto perdí un poco de concentración, pero volví a meterme en mi papel. Hice todo lo posible por no perder el renglón, aunque de vez en cuando hacía una pausa para verlos. Mientras

leía imaginaba el calor del contacto, el ascenso pausado de la mano hacia su sexo, que la esperaba ya húmedo, palpitante. Fue entonces cuando deseé que esa mano, que ese cuerpo, fueran sólo míos. Seguí la lectura con la misma agilidad con la que a solas leía y releía aquellas páginas. Mi voz se escuchaba firme, clara, en medio del silencio y la atención que se hacía absoluta con frases como “El orgasmo del toro no es más fuerte que aquel que nos desgarró...”. Las mujeres sonreían nerviosas, mientras que los hombres, con los ojos clavados en mí, evidenciaban un gesto de placer. Cuando volteé de nuevo hacia Arturo me di cuenta de que ahora los dos se tocaban: él tenía la mano entre sus piernas y ella le correspondía, tal y como la recordaba, acariciándole el sexo sobre el pantalón. Desde mi lugar no podía ver pero sí imaginar el bulto que seguramente ya debía responder firme y vibrante al tacto. Después de eso me fue casi

imposible concentrarme. Estaba ahí, tratando de leer, tropezándome ya con las últimas palabras, sintiendo entre los muslos la humedad y la dilatación. Pensé que todos habían notado que cada vez me ponía más caliente, pero lo único que encontré al levantar la vista fueron las muecas de asco, pues había llegado al punto en el que Simone pide que le lleven los testículos del toro para sentarse desnuda sobre ellos. Los alumnos se inquietaron, pero no por ello desviaron su atención. Al ver que nadie había notado el deseo que me había llevado a imaginar cómo Arturo me penetraba, recobré la tranquilidad y cerré el libro con una seguridad infranqueable. Entonces les dije: “Ahora vamos a seguir con la clase”. Los muchachos empezaron a ponerse inquietos. “No, maestra, siga leyendo”, pidieron algunos, y después el resto se unió ya en tono de súplica. Yo sentí que ésa era la oportunidad que había estado esperando, y al verme orillada por la insistencia y el evidente interés de los alumnos en las cuestiones literarias, no me quedé otro remedio que hacer un trato: les propuse que les leería todos los días, siempre y cuando primero me dejaran dar la clase. Y así lo hicimos. Todos los días exponía el tema según el programa, y después continuábamos con la lectura.

Pronto les leí el inicio de *Las edades de Lulú*, y aunque varios se quejaron de haber tenido que oír un explícito encuentro homosexual, todos disfrutaron la sesión. Después siguieron unos cuentos cortos de Anaís Nin y a éstos un fragmento de los castigos de los amantes de *Historia de O*. Por primera vez me sentí útil, y eso hizo que me olvidara de las consecuencias. Mientras les leía los fragmentos más interesantes de *Lolita* o de *El amante de Lady Chatterley* (“Y entonces era generoso y curiosamente potente; permanecía erecto dentro de ella, abandonado, mientras ella seguía activa...”), la turbación, el desasosiego eran un eco en expansión que se volvía permanente. De pronto me sentí alegre y hasta empecé a reírme de sus bromas.

Un día, mientras guardaba mis libros y acomodaba la silla en el escritorio, sorprendí a Arturo viéndome las piernas. Después, cuando le di la espalda para agarrar mis cosas, alcancé a escuchar que de su boca se escapó una expresión de sorpresa. En ese momento no supe

cómo reaccionar y decidí ignorarlo, pero también me mantuve alerta. No había momento en el que no pensara en él. Era como una enfermedad, no podía quitármelo de la cabeza, pero no fue sólo por eso, sino por lo que pasó después. Cuando me quedé sola en el salón se me acercaron dos muchachos y se ofrecieron a ayudarme con la bolsa de los libros. Como no tenía prisa me quedé un rato ahí con ellos. Uno se sentó en el escritorio y el otro en la mesa de enfrente. Me preguntaron sobre el libro que estaba escribiendo. Les hablé sobre los personajes: una pareja de ancianos que, hartos de haber compartido toda una vida juntos, planeaban cada uno en secreto el asesinato del otro. Los jóvenes hablaron, creo, sobre la crueldad de la historia, sobre el oficio de la escritura y después, de manera natural, espontánea, aterrizaron en los relatos que les había leído, para después contarme una de sus aventuras.

—Maestra, es que el Arturo lo tiene bien grande —dijo Martín, un muchacho gordo de cabello lacio, mientras hacía un esfuerzo por contener las carcajadas.

—Pero cuéntale bien —agregó Carrillo tratando de adoptar una actitud seria para empezar el relato—. Mejor yo le cuento. Estábamos en el baño varios del salón rayando pendejadas en las puertas y teníamos un desmadre. Entonces entró el Arturo y...

Carrillo se echó a reír. El gordo también se reía tapándose la boca. Yo, aunque al principio traté de disimular mi interés, opté por sentarme para no perder detalle.

—¿Y qué? —les pregunté deseosa de que continuaran.

—Bueno, pues la directora escuchó y mandó a la secretaria para que nos callara, y cuando ella entró al baño se encontró con el Arturo que estaba orinando. Se lo vio y gritó sorprendida.

Los dos reían y hablaban, pero yo ya no podía escucharlos. No supe qué responder. Me quedé en silencio tratando de sobreponerme al impacto que me habían producido sus palabras. No entendía por qué ahora me decían eso, y es que ellos no sabían de la agitación de mi sangre, ni de la sacudida, ni de ese golpe de incertidumbre que ahora sentía clavado en el pecho. Me levanté y salí del salón diciendo que tenía prisa. En el pasillo me

di cuenta de que Arturo estaba parado en las escaleras. Al verlo respondí a su mirada entre risitas tramposas y balanceos. Él clavó los ojos en mi escote.

Después de eso todo empezó a fluir y es por eso que no me siento culpable. Además no era yo, era una fuerza interior la que no me dejó detenerme. Si nos encontrábamos en el pasillo él me seguía. También me observaba acomodar los libros y me veía sentarme en el escritorio mientras me preparaba para la clase. Yo pensé que me estaba retando, y la provocación sencillamente no la soporto. Entonces escribí una lista de enunciados en el pizarrón y enseguida les advertí que para leerles algo primero debían terminar el ejercicio. Arturo y yo nos miramos. Supe que ése era el momento, así que aproveché para salir al pasillo. No tenía la certeza, pero sí la intuición de que él iría detrás. Bajé las escaleras y entré al baño. Me vi en el espejo y pensé en el contacto de nuestros cuerpos. Me acomodé ligeramente el cabello y la falda y salí para atravesar el patio de regreso. Al subir las escaleras me lo encontré de frente. Se había hecho la magia: podía verlo a los ojos. Esta vez no me lo estaba imaginando. Le sonreí intentando hacerme a un lado, pero la escalera era estrecha y en cuanto intenté quitarme Arturo me sujetó del brazo y me recargó contra la pared. Entonces ya no pude resistirme. No sé cómo logré zafarme, pero subí al siguiente escalón más como una provocación que como un intento de huida. Y mi actuación dio resultado. Lo supe porque él hizo lo mismo, sólo que ahora me sujetó con fuerza de la cintura y me atrajo a su cuerpo. Y así, sin una risa nerviosa, sin la menor señal de desconfianza, empezó a besarme. Mientras lo hacía aprovechó para pasear sus manos por mi cuerpo: acarició los muslos, la cadera y las nalgas hasta llegar a mis pechos. Les digo que no era yo, era algo profundo, algo que emergía desde mis pulmones, un resplandor que me cegaba para dejarme hacer. Tuve el impulso de quitarme porque pensé que por ahí debía andar husmeando el prefecto, pero aún así, por más que luché contra mí misma, no pude alejarme de ese cuerpo. Me acordé de lo que me había dicho Carrillo y aún no se me aclaraba el recuerdo cuando pude sentirlo muy cerca, empujando, haciendo presión contra mi pelvis. Juro que eso me nubló el pensamiento hasta que me lo

aclaró de golpe el ruido de unos pasos que se dirigían a la escalera. Nos soltamos. Él bajó y se metió al baño y yo me fui al salón para recoger mis cosas porque ya no tardaban en dar el timbre de salida. Caminé con esa luz cegadora que envolvía como un aura toda mi silueta. Al salir del salón me encontré a la directora. No sé por qué pero me pareció una mujer agradable y hasta la saludé con una sonrisa.

Arturo y yo nos seguimos viendo en los pasillos, luego en la biblioteca, y hasta me ofrecí a darle asesorías por las tardes. Así estuvimos varias semanas. Llegué a sentir que me había enamorado. Pero todo tiene un límite y yo lo estaba pasando. Una mañana, desde que entré al edificio, sentí que todos me observaban. El prefecto, las maestras y hasta las señoras de intendencia me veían de una forma sospechosa. Cuando llegué a la sala de juntas, dos maestras se salieron evitando cruzar palabra conmigo. Ni siquiera me dieron los buenos días. La única que se me acercó fue la coordinadora, pero para advertirme que mi trabajo estaba en peligro, y en menos de cinco minutos la secretaria entró para decirme que la directora me esperaba en su oficina. La sangre se me fue a los pies y luego a la cabeza y sentí que mi cuerpo se descompensaba. Agarré mis cosas y caminé con un temblor evidente en las manos. Ni siquiera fui capaz de articular palabra cuando la directora me pidió que me sentara. En cuanto lo hice entraron el director general —un viejo como de setenta años que con trabajo logró subir los escalones empinados— y detrás de él una madre y un padre de familia. Todos permanecieron de pie excepto el director general, que se sentó en el lugar de la directora, y yo, que no pude levantarme de donde me había aplastado. La señora veía constantemente el celular y era evidente que estaba muy inquieta. Además, no me quitaba los ojos de encima. Me sentí menos que una cucaracha. Supe que me había convertido en uno de ellos. Ahora yo también era un simio.

La primera que habló fue ella. “¡Es una perversa!”, me gritó, y en cuanto lo dijo pude ver una tremenda carga de odio en su mirada. Empecé a sudar y a sentir cómo poco a poco iba perdiendo el control de mi cuerpo. Al “perversa” le siguieron otros insultos y yo me puse a pensar en él. Arturo en la escalera. Arturo sometiéndome por

la espalda y sobre el escritorio. Arturo besándome, recorriéndome toda con su húmeda y esponjosa lengua detrás de la puerta del baño. Las imágenes corrían como una proyección frente a mis ojos. El corazón me empezó a bombear fuerte.

—¡Eres una maldita degenerada! —volvió a gritar la madre, pero ahora con la firme intención de írseme encima.

La directora, que era quien estaba más cerca, alcanzó a detenerla.

—Es tan descarada que seguramente es capaz de negarlo —agregó ya sin verme.

Yo sabía que no me quedaba de otra más que aceptar lo que había pasado. Quizá si me atrevía a negarlo, a defenderme, mandarían llamar a los testigos que desfilaban por la oficina para declarar todo lo que habían visto. Recordé los pasos que escuchamos en la escalera. Si eso sucedía, entonces la humillación sería peor, así que sin pensarlo me levanté y les dije que sí, que lo aceptaba, que yo era la única culpable.

La mujer se rio moviendo la cabeza como desquiciada.

—Se los dije, mi hijo no podía estar mintiendo. Además, aquí mismo traigo las evidencias.

Pero les digo que nada sucedió como yo creía. La señora sacó de su bolsa una carpeta con varios juegos de copias y los fue extendiendo sobre el escritorio: “El ojo de Granero”, *Las edades de Lulú*, *Justine o los infortunios de la virtud* y muchos otros títulos que yo les había proporcionado. Ahí fue cuando mi cuerpo descansó y lo único que emergió de las oscuras profundidades de mi alma fue una sonrisa. Cuando vieron los títulos y empezaron a leer los fragmentos que yo había subrayado, ya nadie volteó a verme. La mujer, que no leía, estaba ocupada haciendo una lista de quejas sobre mi pésimo comportamiento.

—Amenazó a uno de los muchachos con reprobalo por su cuenta y además se refirió a mi hijo como “estupidez humana”.

Se me vino de pronto la imagen de mi madre. Ahora que me había quedado sin trabajo, ¿cómo le iba a comprar sus medicamentos? Aún así me sentía liberada. Lo único en lo que podía pensar era en Arturo, en nuestro próximo encuentro. **P**



Santiago Robles, *Encontramos la señal* (detalle)

Mantra

Josué Sánchez

CÓRDOBA, VERACRUZ, 1989

Brenda y Raymundo comenzaron a tener problemas en su matrimonio cuando se mudaron de Xalapa a San Luis Potosí. A ella le ofrecieron un puesto como promotora cultural en el Centro de las Artes; pero él, a pesar de tener una maestría en Literatura, no podía conseguir un par de horas de clase en ninguna universidad.

Raymundo me lo contó uno de esos fines de semana en que compramos carne y cerveza y nos instalamos en la azotea de mi departamento con una parrilla. Esa vez, mientras ponía una pieza de picaña al fuego, comenzó a hablar de Brenda.

Para mi amigo, ella había cambiado su humor desde hacía algún tiempo, pero se dijo que era gracias a las clases de yoga que tomaba por las noches. Cuando volvía al departamento, no se irritaba por encontrarlo acostado en la habitación o sentado en la sala viendo alguna serie o película. Las pláticas de sobremesa, el sexo y los momentos que pasaban juntos seguían ahí como si se tratara de su versión deslavada o disciplinada o en miniatura. A decir verdad, tenía la sensación de que cada vez podía imaginarse menos qué pensaba o sentía ella.

Claro, mi amigo intuía por qué se comportaba de esa manera: ser un desempleado lo apocaba.

Cuando llegó a esa parte de la historia mantuvo su mirada fija en el asador. Tomó el trozo de picaña y le dio vuelta en la parrilla buscando qué parte le faltaba exponer al fuego.

Continuó y dijo que una mala racha de trabajo no es suficiente para iniciar una pelea con tu pareja. Además, él no tenía control sobre la situación. Sólo le quedaba lidiar con eso por algún tiempo, ¿qué más podía hacer?

Siguieron así hasta la noche en que, con el dinero de sus ahorros, la invitó a cenar a un restaurante llamado Cielo Tinto.

Ordenaron un par de churrascos a término medio y, cuando se los sirvieron, mi amigo notó que los habían preparado mal. En ese entonces aún no sabía mucho sobre términos de cocción pero, como él dice, no hay que ser un experto para darte cuenta cuando algo está demasiado hecho. Terminó su platillo como si nada y cuando llegó la cuenta le dijo a su esposa que por lo que iban a gastar, él podría preparar mejor la carne.

Ella le preguntó a qué se refería.

Josué Sánchez. Es narrador y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana. Autor de *En el pabellón de las dieciséis cuerdas* (mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento Joven Comala 2014; FETA, 2015). Fue becario del Programa Jóvenes Creadores del Fonca en la especialidad de cuento durante 2015. Ha publicado cuentos en revistas nacionales como *Tierra Adentro* y *Luvina*; reseñas de libros en la página *Hermano Cerdo* y ensayos académicos en la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* de la Universidad de Texas, El Paso. Actualmente es estudiante del programa de maestría en Literatura Hispanoamericana de El Colegio de San Luis. “Mantra” forma parte del proyecto que desarrolló con la beca del Fonca.



Foto © Adriana Guillén

—Un churrasco a término medio. Lo puedo hacer yo —dijo él y sacó su cartera.

Brenda le pidió que guardara su dinero, le invitó la cena y le sonrió con una actitud compasiva que lo deprimía. Cuando volvieron a su departamento, mi amigo no pudo olvidar el gesto de su esposa. Parecía echarle en cara lo mucho que lamentaba el fracaso de aquella noche.

—Lo del churrasco es en serio —insistió Raymundo antes de dormir y Brenda le preguntó por qué tanto alboroto, estaban hablando de un pedazo de carne.

Le contestó que no se trataba de eso, sino de lo que podrían ahorrar si él lo preparaba. Por supuesto, había más que eso: quería demostrarle que podía hacerlo bien.

Brenda asintió para zanjar la discusión. Sabía que mi amigo apenas y se metía a la cocina para hacer ensaladas y pasta.

Al día siguiente revisó varios canales de YouTube para ver cuál explicaba mejor cómo preparar un buen corte. Vio un video donde un tipo obeso asaba filetes de cocodrilo, canguro, jabalí, bisonte y avestruz; otro donde una texana hacía interminables observaciones sobre los mejores restaurantes de carne en Dallas, San Antonio, Austin y Houston mientras preparaba un sirloin demasiado delgado; y un canal donde un tipo con lentes de pasta y bigote decía que cualquier corte proveniente de Winnipeg, en Manitoba, era perfecto siempre que se preparara con sal Halen Môn. Escuchó a cada uno de aquellos chefs y se preguntó cuánto tiempo y dinero habían invertido en hacer videos donde carne, sartenes y humo tenían que dar una especie de justificación a su existencia. Siguió buscando hasta dar con un cocinero que vivía en Chiapas. El tipo le inspiró confianza porque era el único que utilizaba sal marina y cortes que le enviaban desde Chihuahua. Se llamaba Mariano, tenía la piel pálida y unas ojeras profundas.

El cocinero aconsejaba utilizar un corte grueso si se deseaba hacerlo a término medio. El truco radicaba en usar fuego alto.

Mi amigo revisó su cuenta de ahorros y dudó si era necesario gastar en una pieza de carne. No era cara, pero en su caso se trataba de un lujo. Por un momento, imaginó la expresión de Brenda y algunas palabras de admiración cuando viera el churrasco en la mesa. Al final, fue al súper, compró la carne y la preparó como Mariano.

Santiago Robles, *Tzompanco*

Resultó un desastre.

El corte quedó frito por encima y el borde de grasa se chamuscó. Para colmo, olvidó abrir las ventanas del departamento y cuando Brenda llegó, encontró sala, habitaciones y estudio impregnados de un olor a carne y humo.

De todos modos, le pidió que probara el churrasco y ella le aclaró que no podía comer porque dentro de poco tenía clase de yoga, se dio media vuelta y se encerró en su estudio.

Aquella noche tuvo un sueño en el que Brenda caminaba sobre un inmenso sartén de hierro. Despertó, trató de abrazarla y no la encontró. Notó también que su celular no estaba sobre la mesita de noche y distinguió la luz que venía del baño. Enseguida supuso que había tomado el teléfono para hablar con alguien. Se le hizo un nudo en el estómago y sintió ganas de levantarse y llamar a la puerta del baño para que volviera a la cama. Sopesó las posibilidades por un momento pero no quiso saber más del asunto. A fin de cuentas eran suposiciones. Trató de dormir.

A la mañana siguiente se levantó después de que su esposa se fue a la oficina.

Revisó su correo electrónico. Nada acerca del trabajo. No quiso contactar a más gente y yo entendía por qué: después de un tiempo te cansas de mandar currículums y solicitudes sin recibir al menos un “no” por respuesta. Estaba decidiendo qué hacer el resto del día, cuando escuchó la voz de su esposa dentro de su cabeza: “por qué tanto alboroto”, “es un pedazo de carne”, “yo pago”. Esta vez no revisó su cuenta de ahorro y fue directo al supermercado para comprar otro churrasco.

Volvió al departamento, encendió la laptop y entró al canal de Mariano. Mientras repasaba las instrucciones, le pareció que el cocinero tenía una expresión más cansada que la del día anterior. Por supuesto, era el mismo video, pero mi amigo incluso creyó notar uno o dos cuchillos nuevos al fondo de la cocina.

Preparó la carne y por la tarde Brenda lo llamó para decirle que no comería con él. Era viernes, tenía demasiado trabajo y quería acabarlo de una vez para tener libre el fin de semana. Mi amigo lo entendió y guardó su churrasco para la noche.

Pasó la tarde viendo más recetas para preparar carne y al final terminó por volver al video de Mariano. En verdad no podía creer que el cocinero se viera diferente, así que lo puso una vez más, y otra y otra. Y así siguió quién sabe cuánto tiempo hasta que en algún momento se quedó dormido, como si los pasos para asar la carne tuvieran un efecto hipnótico o se tratara de un mantra de esos que cantan los hindús para tranquilizarse.

Cuando despertó pasaban de las diez de la noche. Brenda nunca tardaba tanto en volver a casa después de su clase de yoga. Antes de que la llamara por teléfono escuchó un auto estacionándose en la acera. Afuera vio que Brenda se bajaba de un taxi.

Se preguntó dónde había estado. Recordó la noche anterior, cuando supuso que hablaba con alguien en el baño, y eso empeoró lo que sentía. Pensó en el cambio de humor, las clases de yoga por las noches, las veces en que él se quedaba solo en el departamento.

Brenda entró y la abrazó esperando percibir el olor de una loción, una postura, algo que le indicara lo que tanto temía.

—¿Sales con alguien? —le soltó. Ahora, con el tiempo de por medio, Raymundo no podía creer que él hubiera hecho esa pregunta. En aquel momento sólo sintió que había escupido las palabras como si le causaran asco.

Ella se quedó de pie en medio de la sala.

—¿Por qué piensas eso? —contestó.

Mi amigo escuchó la respuesta y trató de controlarse. Le dijo que lo disculpara, que sólo se trataba de una ocurrencia, en realidad no quería atacarla. Pero en cuestión de segundos volvió a sentir la duda aguijoneándole el pecho.

—Nunca lo has hecho, ¿verdad?

—Raymundo, por favor —contestó Brenda y desvió por un momento la mirada hacia la cocina, como si esperara que de ese sitio saliera algo que convenciera a su esposo de que decía la verdad.

Se hizo el silencio y mi amigo estudió sus ojos, la manera en que la boca se mantenía quieta, los músculos tensos del cuello. En ese instante la ira le abrasó el pecho y visualizó su mano alzándose y cayendo sobre su mejilla.

Brenda comenzó a caminar hacia el baño y la sujetó por el brazo.

—Sales con alguien —insistió y le imprimió más fuerza a su apretón.

Ella se sacudió la mano. Le preguntó por qué estaban hablando de eso, a dónde quería llegar porque no era la primera vez que volvía tarde a casa.

Raymundo la observó mientras se dirigía al baño y, según él, se esforzó para que las palabras hicieran efecto en su cabeza. Se sintió estúpido al imaginarla con alguien más sólo por usar el celular durante la madrugada o llegar tarde. Trató de deshacerse de la imagen de ella tocando a un hombre distinto a él y se dijo que sólo había sentido celos. Tenía que tranquilizarse. Tomó una silla del comedor y dejó que su mirada vagara por la mesa: cubiertos, servilletas sucias, el plato que había usado por la tarde, el pedazo de carne envuelto en aluminio. Lo había preparado para ella y lo olvidó por completo.

Brenda salió del baño y se sentó a la mesa. Pero parecía otra mujer. Mi amigo lo notó por la manera en que lo miraba y la renovada tersura de los músculos del cuello. Incluso recuerda cómo se había intensificado el rojo de su labial.

—¿Hiciste algo de cenar? —preguntó esa otra versión de Brenda y la serenidad de su voz lo enervó aún más.

Raymundo terminó de hablar y retiró el trozo de picaña de la parrilla. Lo abrió por la mitad y me mostró su perfecto término medio. Dijo que eso era gracias a Mariano. Lo consultaba para hacer cualquier tipo de carne desde el día en que repitió uno de sus videos varias veces. Tiempo después también comencé a seguir al cocinero. Un día repasé y repasé su receta para el *roast beef* y, de pronto, me dio la impresión de que veía a la cámara insatisfecho.

—Me pone de buen humor —siguió mi amigo y explicó que le parecía un acto de magia cuando Mariano deslizaba el cuchillo dentro de cualquier corte y descubría su color rojo. Tal vez ya estábamos borrachos porque agregó: “Si lo piensas bien es algo que no tendrías que ver, el interior de un animal.”

Asentí con la cabeza y echó otro pedazo de picaña en el asador. 

El peso del aire

Alfredo Núñez Lanz

CIUDAD DE MÉXICO, 1984

Si le sobraba tiempo cortaría los aguacates. Vivía en pleito con los pájaros que picoteaban las frutas. Las arrancaba cuando todavía estaban verdes para ganarle también a las plagas que no tardaban en salir. La más común era un extraño terciopelo blanco que crecía alrededor de las hojas, como una barba nudosa e insistente. Era la más fácil de quitar: tomaba la manguera con el dedo en el chorro para desprenderla con potencia, aunque luego quedaran los pelos blancos flotando en todas partes.

Por pura terquedad mantenía lejos los achaques que vienen con los años. No le importaba el peso de aquel garfio oxidado hecho a la medida de las ramas más altas; aunque se le engarrotaran los hombros y lo considerara un trabajo de hombres, ella seguía alcanzando limones, naranjas o aguacates lejanos en sus temporadas de brote. Ya después se arrepentía por el dolor en los talones y en la espalda baja. Pero era su tarea, no podía dejarle ese trabajo al jardinero, que iba cada quince días, porque las frutas se pudrían. Tanto árbol como para dejar los racimos tupidos a la intemperie.

Su jardín y el de los vecinos se empujaban entre sí; las copas de los árboles se abrazaban unas a otras cubiertas de hierba frondosa y parásita. Casi no había partes de suelo donde cayera el sol, se veían garabatos de luz sobre el pasto que temblaba con el siseo del aire. Nadie reclamaba jamás la posesión de las frutas cuando caían de algún lado, se ahorran la molestia. Ni las bardas habían evitado ese tejido de ramas y hojas. El muro del fondo dividía su jardín del patio de una escuela pública donde también crecía un árbol grueso, alto y de abundante ramaje. Los lunes escuchaba atenta la ceremonia cívica y las voces amplificadas de maestras autoritarias. Algunas aulas habían sido construidas de improvisa a la altura del muro y por eso los gritos de los niños eran más cercanos desde el jardín.

Aquel día amaneció ansiosa, torpe. Había tenido que lavar dos veces la misma blusa por culpa de manchas grasosas y, por fin, al radio ya no le daba la gana encender, aun moviéndole los cables para todos lados. Dobló sus sábanas y enjuagó los trastes sin escuchar las noticias, sacudió los muebles, barrió y trapeó. En la casa los únicos ruidos que se escuchaban eran los suyos. Demasiado espacio para una mujer sola, pero no tenía a dónde ir y las minucias de los bienes raíces la ponían nerviosa. Desde joven se había rehusado a tomar decisiones importantes relacionadas con dinero. Todos esos aspectos incómodos los solucionaba su marido, pero ahora llevaba un año viuda y el silencio había comenzado a inquietarla.



Santiago Robles, *Acalhuacán, el lugar de los que tienen canoas*

Con la mínima pensión de su esposo se las había arreglado muy bien hasta ahora. Su única hija vivía con su nieta al otro lado de la ciudad y, como prefería no salir de casa más que para lo necesario, raras veces se reunían. No estaba segura de tener algo en común con ella. A veces pensaba que había heredado todos los rasgos desagradables de su marido, como una esponja que absorbe malos olores: desde la joroba en la nariz —culpable de su inseguridad—, hasta la forma de caminar y el modo de hablar rápido y nasal, poniendo siempre un énfasis molesto en las vocales “e” o “i”. Por otro lado, no le gustaba el carácter de su nieta: era malcriada, respondona y hacía lo que se le antojaba. Además, la pequeña se parecía demasiado al padre; tenía su misma mirada ebria.

El reproche más grande contra su hija se remontaba al nacimiento de su nieta. Insensible a sus consejos de guardar cierto reposo, viajó al norte en la última etapa del embarazo para que la niña tuviera nacionalidad extranjera y, no conforme con ello, le había enseñado primero a hablar en inglés. La trataba como si fuera la única cosa en el mundo que había que atender y llevaba el papel de madre a las más altas cumbres. Le parecía un mal hábito que esa mujer joven, saludable e inteligente, gastara todas sus energías en una actividad tan sencilla e insignificante como construir ese nido que, por otro lado, ya estaba formado.

Alfredo Núñez Lanz. Es licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Iberoamericana. Ha publicado textos de creación literaria en diversas revistas y suplementos culturales como *Tierra Adentro*, *Luvina*, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Estudios*, *Casa del Tiempo* y *Gatopardo*. Ganador del IV Certamen Internacional de Relato Breve en Cáceres, España, 2005, y finalista del Premio Nacional “Sergio Pitlor” de la Universidad Veracruzana en la categoría de Relato en 2006. Fue socio fundador de Textofilia Ediciones. Con la revista *Textofilia* obtuvo el Programa Edmundo Valadés de Apoyo a Revistas Independientes del Fonca en sus emisiones 2006 y 2007. Es autor de los libros *Soy un dinosaurio* (Textofilia, 2014) y *Veneno de abeja* (Textofilia, 2016). Fue finalista del premio de novela juvenil Invenções de la Fundación Telmex y Nostra, 2015, y becario del Programa Jóvenes Creadores del Fonca en el área de Novela, 2014 y 2016.



Foto © Brenda Moreno

Al terminar de colgar la ropa miró el aguacate frondoso y se dijo que tenía que llamar al jardinero. Era demasiada fruta perdida si la dejaba así. Ni modo, tendría que pagar por algo tan sencillo. Luego pensó: “pero si sólo estoy yo, ¿quién comerá?”. Sintió que las manos se le enfriaban y antes de que la invadiera esa angustia que llegaba cuando algo ínfimo le exponía su situación de manera tan evidente, brusca y clara, decidió que lo llamaría de todos modos. Ella tenía dinero, aunque modestamente, pero se podía dar ese lujo.

El jardinero era un hombre huesudo, estrecho de hombros, con las sienes hundidas y el pecho plano. Las arrugas del cuello se desdoblaban en pliegues sueltos y cada una de sus canas parecía tener el grueso imposible de un hilo de coser. Ella le preparaba la comida después de sus labores. Una vez no pudo evitar la maldad de prepararle un delicioso salmón para observar su expresión de asombro. Cuando lo condujo al comedor y por fin se metió a la boca un pedazo, casi ronroneó de placer con la pura actitud de devoción de aquel hombrecillo. Le agradaba la idea de que la respetara.

Marcó el número de memoria. El jardinero respondió fatigado y ella expuso el caso como si le urgiera verlo. “Disculpe, señora. Hoy no pude ir a trabajar, tengo gota en el pie, pero mañana paso.” Qué vulgaridad tan grande, pensó. No podía haber en el mundo una enfermedad más vulgar que aquélla. Colgó con bastante molestia. Había revisado en la alacena y tenía todos los ingredientes de su célebre “volteado de piña”. Planeaba hornearlo mientras él trabajaba y ofrecerle un pedazo como recompensa. De pronto, el timbre de la puerta sonó. Desde ahí alcanzó a ver la silueta de una mujer que llevaba un mandil. De seguro sería una vecina con alguna impertinencia. Como era su costumbre, decidió ignorar el timbre y mantenerse en silencio para fingir que no estaba en casa. Ya se enteraría cuando tocara al lado, a través de los ecos.

“Están preguntando en las otras casas si no vieron a una alumna de la secundaria en los jardines. Ya buscaron por toda la escuela y no aparece. Creen que se saltó la barda para faltar a clases. También te quería preguntar si tienen el dinero de la caseta de vigilancia, ya nos deben tres meses...”. No alcanzó a escuchar la respuesta de la vecina, pero siguió ahí, atenta y esforzándose para interpretar lo mejor posible. “La cosa está difícil, pero es por nuestra seguridad.” “El día quince espero darles todo junto”, alcanzó por fin a escuchar la respuesta y recordó que tenía que ser puntual en sus pagos para evitar vergüenzas y deudas.

Miró hacia la sala comedor, todo estaba como ella lo había ordenado. Sus muebles, aunque limpios, tenían marcas evidentes de deterioro, pero no quería deshacerse de nada. Escribió en su pequeña libreta “pagar vigilancia” abajo del recordatorio del gas y fue directo a la cocina para calentarse las sobras de lo que había preparado el día anterior. No le gustaba comer sola, pero ese detalle quedaba sumido bajo la costumbre diaria. Calentó su comida con cierto nerviosismo, se sirvió con moderación y, de pronto, le pareció escuchar algunos pasos arriba, en las recámaras. Pero si estoy sola... se dijo, aún sin sentarse a la mesa, quizá cruje la madera. Trató de encender la radio para cubrir cualquier posible ruido de casa vieja que la alterara, pero el aparato se negaba a funcionar como horas antes. Resignada otra vez al silencio, deseó no haber escuchado nada y se propuso concentrarse en su comida. No pudo evitar, entre bocado y bocado, pensar en qué pasaría si le sucediera algo en aquella casa. Nadie está exento de accidentes domésticos ni asaltantes. Ella ya no era una joven, empezaría a necesitar de todos tarde o temprano. Aquello la aterraba. Jamás había necesitado de nadie. Odiaba la idea de pedir favores a los vecinos, ser condescendiente con las personas y convertirse poco a poco en una anciana sonriente, amable y comprensiva para que en algún momento la gente le pudiera devolver esos favores. Quizá ya no podía conformarse con la confianza de los vecinos, sino que ahora debía ir en busca de su cariño, apareciéndose en las juntas del barrio.

Volvió a escuchar ruidos. Esta vez con más claridad que antes. No había duda, algo se arrastraba arriba. Subió los escalones con las manos temblando. Para tranquilizarse, pensó que quizá los culpables eran los ecos guardados en las paredes. Recordó las palabras de la vecina. No había que preocuparse tanto; en el peor de los casos, encontraría a un estudiante fumando los puros viejos de su esposo. Los escalones parecían más empinados. Cerró los ojos, no quería ver. Era mejor fingir que no había escuchado nada, creer en la madera inflándose, cediendo a la humedad, y vivir con ello de una vez. Se detuvo. Giró el cuerpo para descender. Otra vez los talones se hacían presentes, sobre todo el izquierdo con ese dolor constante. Si un alumno vago usaba su casa para evadir clases, que la aprovechara mientras no le diera más quehaceres. Le atrajo la idea de estar acompañada y por fin se calmó un poco. Pero había otras posibilidades. Tal vez la estuvieran asaltando frente a su propia nariz. De sólo imaginar la cara de orgullo de los malditos por la facilidad del robo, volvió a armarse de valor para subir. Sus pasos alertaron al ser o cosa que se arrastraba en la alfombra y el sonido se detuvo. Ahora sabía de dónde provenía y caminó rápido hasta su recámara. Dio un portazo para intimidar y un maullido resonó como respuesta. Por debajo de su falda corrió el gato responsable.

Dejó escapar un suspiro. Había exagerado como siempre y sólo se trataba de un animal afilándose las uñas. Miró hacia abajo y justo a unos cuantos milímetros de su pie se alzaba un pequeño bulto de excremento, orgulloso y triunfante.

Siguió al animal durante horas, persiguiéndolo con una escoba vieja. Abrió las puertas del jardín para que saliera, pero el gato parecía burlarse de ella. Entraba y salía trotando, escalaba los libreros para saltar desde lo más alto y daba vueltas evadiendo la escoba. Había que acorralarlo, pensó agotada. Entonces el gato bajó por la escalera

de servicio, y lo encontró bebiéndose el agua de su cubeta con calma y desfachatez. Estaba resuelta a correrlo de algún modo, así que decidió tomar esa misma cubeta y arrojarle el agua puerca. Pero el animal parecía demostrar su agilidad con sorprendentes brincos evasivos. En algún momento comenzó a maldecirlo. Ya entonces la casa había perdido esa apariencia armónica: agua regada por todas partes, cojines tirados y pedazos de platos que habían volado para intentar descalabrar al bicho.

Por fin logró mantenerlo en el cuarto de servicio a unos cuantos metros de la cocina. El animal buscó refugio detrás de la lavadora. Trató de mover el mueble con todas sus fuerzas, aquella máquina vieja pesaba demasiado. Usó el palo de la escoba



Santiago Robles, *Postre al banquete de la civilización* (detalle)

para empujarlo y el gato comenzó a maullar con desesperación. Fue entonces cuando notó que estaba atorado entre los cables y tubos. No había forma de que saliera, porque detrás de aquella lavadora estaba la pared y a un lado se hallaban un montón de cajas con zapatos viejos sobre una televisión inservible. Fue por más agua, esta vez decidió calentarla. Quizá la herviría para que viera quién mandaba. Pero la idea de un gato quemado aullando por la noche la hizo retroceder. Entonces tuvo consideración por el animal asustado: sólo entibiaría el agua para no dañarlo ni provocarle una pulmonía. Preparó rápido la cubeta y se dirigió al cuarto de servicio, satisfecha. Arrojó el agua pero el gato no salió. Desesperada, recurrió al aceite de cocina con el fin de que pudiera resbalar de dondequiera que estuviera atorado. Pero el animal permanecía allí, aullando y quejándose como un bebé. Corrió por un cigarro de su esposo y lo prendió. Quería arrojarle el humo, quizás el gato saldría con la amenaza de un incendio. No resultó.

Agotada, decidió abandonar al animal. Se sentó por un momento en la sala y contempló todo aquel desastre, reviviendo su enojo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Miró hacia la pequeña cantina y recordó que conservaba una botella de sidra. Tomó un vaso y comenzó a beber. A nadie le importaba si se emborrachaba. El jardinero no llegaría a comer su rebanada de pastel ni pondría ese gesto infantil y tierno al saborearlo. Salió al jardín y se sentó en la mesa de hierro que revelaba un óxido escarlata bajo algunos trozos ya sin pintura blanca. Ahí, acompañada de los grillos, se bebió toda la botella. La noche era fresca, pero había algo de calidez en el ambiente. El aire traía consigo sonidos lejanos de sirenas. Eran ambulancias, o patrullas.

Después de varias horas regresó a su habitación y encima de las colchas se quedó dormida. A la mañana siguiente los rayos del sol entraron con fuerza a través de las cortinas. El timbre la despertó. Era el jardinero. Tiró de la cuerda que abría las cortinas. La dureza del cordel fue una agradable sensación contra su mano. La luz colmó la recámara. Los pájaros eran ruidosos. Cerca, los gritos de niños comenzaban a oírse y pronto las maestras iniciarían sus órdenes en el altavoz. Quiso al menos cambiarse de ropa, la avergonzaba oler a alcohol delante de un trabajador, pero decidió recibirlo así. El gato todavía estaba ahí y necesitaba que la ayudaran a sacarlo. Por fin, entre los dos movieron el mueble y el gato salió dando saltos, todavía empapado. Corrió directo al jardín. El animal se sentó justo en medio del pasto y los miró. Se quedó inmóvil por un tiempo, observando a sus cazadores. Él volvió a la casa por sus herramientas y el gato corrió hacia los árboles del fondo, escalando y perdiéndose entre el follaje.

Las moscas andaban por la mesa de hierro, descendían al vaso con restos de sidra, y zumbaban al caer adentro antes de ahogarse. Arrepentida de todo, pensó en adoptar a ese gato tan pronto bajara de las ramas. Quizá sería una buena compañía y un juguete para la nieta cuando llegara a visitarla. Resignada, caminó hasta donde el sol dejaba de alumbrar entre tanto verdor; se acercó a la parte más lodosa, a unos cuantos metros del muro. El aire siseó natural y trajo con él un crujido justo encima de su cabeza. Miró hacia arriba y ahí estaba ese cuerpo enlazado por el cuello. La joven oscilaba vestida con su uniforme mientras ella estaba de pie ahí, viva, anciana como era. El aire siguió soplando. Un árbol se abrazó a otro. 

Visiones

Raúl Aníbal Sánchez

CHIHUAHUA, CHIHUAHUA, 1984

*Uno no se ilumina imaginándose figuras de luz,
sino tornando la oscuridad consciente.*

C. G. Jung

I
¿Por qué razón, en la cúspide de su carrera como policía judicial, Carlos el Vaquero Vázquez, apenas unos días antes de ser ascendido a comandante, decidió abandonarlo todo, mandar al carajo a la corporación y dedicarse a representar conjuntos musicales en el ya de por sí competido mercado norteamericano? ¿Por qué razón, con similar estrella, decidió también abandonar esta carrera apenas un par de días antes de que el grupo de jóvenes intérpretes de *country* (quienes él personalmente había sacado de la nada, había formado, dado un atuendo y una identidad) firmara un jugoso contrato con la televisora nacional, contrato que le hubiera redituado un diez por ciento de ganancias netas, inimaginable entre los representantes de la época?

El Vaquero, de entrada, no parecía una de esas personas destinadas al fracaso, o de aquella peor subespecie humana que fácilmente se confunde con los primeros: los hombres timoratos que huyen del éxito, esos descartados del mundo moderno. No. Todo en Carlos Vázquez inspiraba lo contrario. Aunque era de estatura promedio y más bien barrigón, su presencia se sentía como la de alguien que había nacido para triunfar. Tenía una voz afable y grave, propia para el compañerismo de hombres de su talento, concebida para abrirle puertas en el mundo. Un bigote poblado y viril le adornaba el rostro bonachón y le ganaba admiraciones secretas de algunos hombres

y de muchas mujeres, bigote del cual nunca hacía ostentación y parecía siempre como dejado caer por accidente sobre su fino y casi invisible labio superior.

De sobra es conocida la decadencia de la agrupación policiaca a la que Carlos dedicó su juventud, los escándalos provocados por la ineptitud de sus investigadores, quienes con alma de prosistas menores hicieron de fabricar culpables un nuevo género literario; los tiroteos con corporaciones policiacas de otros niveles de gobierno, el cambio de nombre y final desmantelamiento a manos de algún político entrante al que resultaba incómodo lidiar con las corruptelas del pasado, buscando espacio para las nuevas corruptelas; el sino que acompañó a aquellos otrora poderosos agentes, confinados ahora a la pasiva y humillante actividad de dirigir el tráfico, desde el más bajo pelagatos hasta el mando de más alto rango que no hubiera alcanzado a retirarse.

De sobra es conocida la triste historia de las fugaces estrellas de *country* Caballo Azabache, el veto televisivo que borró a aquellos muchachitos del mapa mediático, ese aplastante y poderoso decreto que los sacó del aire de la noche a la mañana. También es conocida la inusitada saña del dueño de la más grande compañía de telecomunicaciones del país, furia inexplicable contra un cuarteto de sombrerudos toca violines, recién salidos de la adolescencia, cuyo único crimen fue dar una entrevista al canal de la competencia. Las ganancias se desplomaron y el vocalista se suicidó después de entregarse a una corta pero efectiva carrera de drogas y alcohol. Para entonces el Vaquero ya estaba muy lejos de ahí, contando sus pequeñas pero estables ganancias, contento de no tener nada que ver con astros en decadencia,



Santiago Robles, *Coatepec, cerro de serpientes*

quienes en su luciferina caída arrastraron al mánager que había remplazado a nuestro protagonista, creyendo que tenía entre las manos el negocio de su vida.

Entonces, ¿podía ver Carlos Vázquez algo que los demás no podían ver? ¿Acaso tenía una comprensión diferente del tiempo, del entramado de la realidad? En la Taberna del Rey, la destartalada cantinita del centro de la ciudad de Chihuahua que también de manera inexplicable el Vaquero escogiera como segundo hogar, los parroquianos murmuraban y asentían orgullosos sobre las sabías decisiones de Carlos, quien había logrado evitar con éxito el borde de un abismo que parecía cons-

tantemente abrirse ante sus pies. Existía el rumor de que aquel hombre podía ver el futuro.

2

Al Vaquero nunca se le pasaban las copas. Se le podía ver durante horas, incólume, bebiendo cerveza al por mayor en su idiosincrático banquito a la derecha de la barra del bar. Pero esa noche desde que llegó había un brillo diferente en su mirada. En la calle comenzó a soplar un viento frío, cargado de oscuridad, y los parroquianos sintieron cosquillas en la nuca, como un mal presentimiento,

Raúl Aníbal Sánchez. Es autor de los libros de cuento *Luna de día* (ICYT-GDF, 2009), *La comida está en el congelador* (CONAFE, 2012) y *El genio de la familia* (FETA, 2014), y coautor, con Daniel Espartaco Sánchez, de la novela *La muerte del pelícano* (Ediciones B, 2014). Escribió también el libro de poesía *Los dones subterráneos* (Posdata, 2016) y la novela *Matagatos*, de próxima aparición. “Visiones” pertenece al libro de relatos *Veladas en la Taberna del Rey*, en preparación.



mientras contemplaban cómo se iba deteriorando el estado de Carlos Vázquez conforme ingería más y más alcohol. La noche cayó pesada y engañosa sobre los presentes, el humo asfixiaba el lugar; la usual atmósfera de camaradería en la Taberna del Rey de pronto se encontraba empañada y ominosa. Fue entonces cuando Carlos comenzó a contar su historia, y la voz que de él emanaba, usualmente atronadora y segura, era ahora más parecida a un sollozo largo, un susurro que escapara del pecho después de muchos años de contenerse.

3

Comenzó en la primaria, Carlos y Ramón, inseparables compañeros de barrio bajo, pequeñas lacras de labios secos y enrojecidas mejillas. Juntos acosaban a las muchachas y robaban cigarrillos de las tiendas, juntos hacían enloquecer a las maestras de la primaria llevándolas al borde de las lágrimas, la renuncia y, tal vez, el convento.

De paupérrimas y numerosas familias, Ramón y Carlos crecieron como pudieron, enterrados entre la marabunta de sus respectivos hermanos. Pateaban el bote en la tarde, cazaban lagartijas, construían cohetes que ascendían al caótico alambrado de la colonia popular y arrancaban de cuajo la electricidad en los hogares. Pero fue en la secundaria donde comenzaron a distanciarse.

—Las mujeres, Charly, las benditas mujeres —dijo el Vaquero al dueño y cantinero de la Taberna del Rey, campeón de automovilismo amateur y popularmente aclamado como el mejor preparador de cocteles en la tierra y el infierno, fiel escucha de los parroquianos, consolador

de afligidos y refugio de los menesterosos. Asistía también al desahogo Mayra la Güera González, enfermera obstétrico-ginecológica de profesión, mesera por necesidad.

Ramón Palafox pronto se fijó en una tal Zoraida. Muchacha tres años mayor que el par de amigos, de reputación dudosa, ambición sin par, curvas precoces y cabellera rizada como la noche más negra y traidora.

Ramón comenzó a tomar por asalto, cuando nadie le observaba y fuera de los horarios escolares, las áreas administrativas de la institución secundaria en donde estudiaban. Robaba artículos de oficina, máquinas de escribir, y alguna vez, en el colmo de la audacia, con ayuda de un viejo carrito de madera que entre ambos amigos construyeran tiempo atrás, sustrajo un pesadísimo mimeógrafo, tesoro que un director visionario había logrado adquirir con gran esfuerzo por allá de los años cincuenta. Todo esto y más iba a parar a las bodegas inescrupulosas de cierta casa de empeño (cuyo nombre omitiremos en esta historia, pues aún viven y prosperan los descendientes del dueño del local), para después transformarse en costosos regalos y cenas en las manos de aquella Zoraida, quien pronto rindió sus favores al niño que tan bien había mostrado su perseverancia. Ramón entró a un mundo diferente, tenebroso y excitante. Lo más que se podría decir de Carlos en aquel entonces es que comenzó a usar botas vaqueras en imitación de su tío predilecto, el capitán Mayorga, de la policía judicial estatal. También que a la sazón tuvo un terrible accidente mientras conducía, sin permiso de sus padres y con consentimiento de su tío, un auto patrulla policial.

Santiago Robles, *Atotonilco, lugar del agua caliente* (detalle)

4

Charles Robert Richet, el fisiólogo francés ganador del premio Nobel de Medicina 1913, es ampliamente recordado en el mundo médico como el descubridor de la anafilaxia, palabra que él mismo inventó y que se utiliza para describir la reacción inmunitaria de un organismo a ciertas sustancias. Carlos Vázquez descubrió en carne propia esta palabra después de aquel inadmisile accidente sin registro en los archivos policiacos (cortesía de la escrupulosa mano del capitán Mayorga). Con un vidrio incrustado en la parte superior del labio y buena parte de la encía, casi hasta el paladar, los doctores del Seguro Social, tras curarle con aparente prolijidad y advertirle que su aventura dejaría una indeleble cicatriz, aplicaron preventivamente algunos antibióticos y otros fármacos anestésicos, los cuales el cuerpo del adolescente rechazó en forma violenta. Carlos desarrolló en los primeros minutos una inocente urticaria, de la cual culpó al lamentable estado de las sábanas del hospital público, para después mostrar los siguientes síntomas, según el expediente médico: “En las últimas tres horas el paciente ha presentado congestión nasal, rinorrea, estornudo, edema laríngeo, broncoespasmo, aumento de la permeabilidad vascular, hipotensión y arritmia. Además se incluyen manifestaciones gastrointestinales como náuseas, vómitos, diarrea y dolor abdominal; y neurológicas, como la cefalea (no migrañosa), acúfenos, vértigos, relajación de esfínteres y pérdida de la conciencia”. Llegado este punto el personal médico tuvo claro que se trataba de una emergencia.

En otros círculos de distinto talante, Charles Robert Richet es también recordado por *Metapsíquica*, un exhaustivo trabajo de investigación en doce volúmenes en donde establece las bases científicas para el estudio de los fenómenos paranormales. Richet sostenía la existencia de una energía desconocida que atravesaba el tejido del tiempo, hacia atrás o adelante sin distinción, energía que podía ser canalizada por algunos médiums y espiritistas gracias a una especie de sexto sentido rudimentariamente desarrollado. Siempre un hombre de ciencia, descartó de inmediato la existencia de espíritus o el influjo de los astros, creencia común en su época, a todas luces absurda e insostenible.

La vida de Carlos Vázquez, inextricablemente ligada a los hallazgos de este científico francés, experimentó un vuelco fundamental. Al borde de la muerte por choque anafiláctico, obtuvo la primera de muchas visiones, o en palabras de Richet: desarrolló el sentido de la precognición. ¿Qué vio Carlos Vázquez, tendido en un camastro de hospital público, mientras su cuerpo sucio de materia fecal se convulsionaba?

Se vio a sí mismo levantarse de la cama y salir del hospital y supo, entonces, que viviría; vio crecer su cuerpo, volverse grande, robusto; vio, como a través de un microscopio, crecer cada uno de los pelos de su bigote rápidamente, como flores que se abren en un documental, ocupando cada parte posible de su labio superior, ocultando las cicatrices del vidrio y la sutura; miró el tiempo doblarse, avanzar sobre su cuerpo en cámara rápida, años que pasaban en segundos con puntilloso detalle; a su tío, el capitán Mayorga, poseído por una sombra viviente en la mirada, transformándose en jefe máximo de la policía judicial; vio a su amigo, Ramón Palafox, recibir dinero de Mayorga; lo vio pistola en mano asesinar a decenas de personas; lo miró cruzar la frontera, aprender inglés, el idioma de los negocios y la muerte, que eran la misma cosa, para cruzar de regreso, retornar al hogar y levantar en ese mismo terreno una casa gigantesca; hermanos, sobrinos, padres ancianos arrimándose a la generosidad de su mano. Contempló una edad dorada descender sobre la ciudad, automóviles seminuevos en cada cochera de la clase baja, multiplicándose como seres vivientes, edificios funcionales de maquiladoras llenando el horizonte. Luego vio a Ramón Palafox escapar de una prisión y finalmente ser ajusticiado por la mano de Mayorga. Se vio renunciar a la corporación, escuchó la música del hombre que venció al demonio tocando el violín, sintió el dinero que quemaba en las manos, la ambición de una juventud fenecer por un capricho poderoso. Y después la misma sombra otra vez, una pared de oscuridad que consumía la ciudad, grupos de hombres armados recorriendo las calles, hombres que parecían venir de otro mundo y otra época, miradas de demonios, señores de la guerra; vio la falsedad de lo construido, el ídolo de pies de barro desmoronarse y diluirse en las aguas de su propia

inmundicia, los desechos de su antigua bonanza (así como su cuerpo adolescente se revolcaba en aquella cama de hospital, así la ciudad se convulsionaba en sí misma); los descartados ascendían y ríos de sangre corrían por las principales avenidas, auténticos y literales ríos de sangre que manaban de las puertas de los bares, las masacres sin sentido, niños que fumaban extrañas sustancias, jóvenes colgados de puentes peatonales, como una ciudad antigua que hubiera sido arrasada por los bárbaros; y la sombra avanzaba, y él podía ver con los ojos de la viviente sombra cubrir el cielo, cruzar la puerta de la Taberna del Rey y contemplarlo a él, Carlos Vázquez, ebrio en la barra, sollozando porque la visión lo había alcanzado.

5

—¿Quieres que te llame un taxi? —dijo Charly mientras servía otra cerveza y otro trago de tequila al Vaquero. Experto en lidiar borrachos, la repentina confidencialidad de Carlos lo asustaba, como si algo se hubiera torcido en el orden aceptado de las cosas. Pero Carlos parecía no escuchar, su monólogo seguía, atravesando las horas y los años, encarnándose la historia en aquella barra, una historia llena de lodo, sacada de un pozo profundo en la memoria, enceguecida al reconocer la luz:

—A los catorce años, unos meses después de mi accidente, Ramón se peleó con otro tipo que le sacó una navaja, apenas a la salida de la secundaria. “¿Zoraida, que andas con Zoraida? Esa vieja es una puta y tú eres un pendejo.” El otro se clavó el cuchillo casi él solo, era imposible culpar a Ramón, pero aun así lo metieron a la correccional.

—Mayra, ven a escuchar esto —interrumpió Charly, resignado. No quería ser el único confidente de un pasado enterrado. Mayra la mesera, Mayra *la Güera* González, ella toda dulzura, Santa Magdalena de la Taberna del Rey, reapareció desde el cuarto de servicio, inesperada y presta como reaparece en este mismo relato. Como una miel derramada se sentó junto a Carlos y extendió su brazo por la espalda del desdichado, quien no respondió al gesto, perdido como estaba en la bruma del tiempo.

—Cuando salió de la cárcel, Mayorga le dio un montón de marihuana con la consigna de repartir por la ciudad, ésos eran sus negocios juntos. Yo me hice policía al poco tiempo. Ramón tuvo alguna secreta discusión con Mayorga y decidió irse a Estados Unidos. Dicen que allá se empleó como gatillero. Volvía de vez en cuando a visitar a sus padres, porque eso sí, quería mucho a sus padres. Yo veía los automóviles de lujo que luego traía y alborotaban la colonia con sus motores estruendosos que anunciaban la visita de Ramón, después de muchos meses de ausentarse. Comenzó a levantar la casa de los padres, construyó un par de pisos extra, una cochera gigantesca con columnas griegas pintadas de dorado y después desapareció durante años.

—Recuerdo bien a Mayorga, era un hijo de puta —interrumpió Charly de nuevo. La violenta nostalgia del Vaquero se traspasaba a los presentes—. Cuando fui tesorero de la asociación de cantineros, uno de los principales problemas que teníamos era la cuota de extorsiones que Mayorga pedía a los agentes. ¿Ramón, no era aquel que se escapó de la penitenciaría, el enemigo público número uno? Vinieron a buscarlo, clausuraron tantos bares en aquel entonces... Pero Carlos, de nuevo, parecía no escuchar, seguía y seguía, como la confesión de hombre moribundo que no admite ser interrumpida:

—Ya no supe de Ramón hasta que lo encerraron aquí en la cárcel del estado, por homicidio y tráfico de drogas. Lo cogieron junto a su cómplice, un tal Lobito, por el asesinato de un taxista a las afueras de la ciudad que los periódicos siguieron con inusual insistencia, presionando a la autoridad. Todavía escucho por ahí que fue Mayorga quien le plantó evidencia y hasta testigo. Le tenía miedo a Ramón.

Vaquero hizo una pausa que parecía llena de remordimiento y continuó:

—Después pasó lo de la fuga. Yo ese día venía del pueblo de Babícora, donde me habían mandado a cumplir una requisición, cuando escuché por radio que pedían apoyo. “¿Qué está pasando aquí, tío?”, recuerdo que le pregunté a Mayorga cuando llegamos a la iglesia en la que se habían apostado los prófugos. Ya entonces nos encontrábamos distanciados por cosas del

trabajo. “Es Ramón”, me dijo, “y el Lobito. No quieren soltar las armas”.

—Lo recuerdo, salió en todos los periódicos —dijo Mayra, como quien habla por decir algo. Y así era: el autor lo ha intentado, pero parece que Mayra no pudiera recuperarse de su condición accesoria en esta historia, ese vago eco de Zoraida diametralmente opuesto en el tiempo y condición, en ese lúgubre mundo masculino de adolescentes, policías y gatilleros, donde las mujeres eran sombras, decoraciones, diálogos sueltos en la nada. ¿Cómo era posible que la violencia y la muerte no entraran en ese mundo al que faltaba la mitad de su esencia?

—Pues nada, que Ramón no podía caminar. Estaba deshidratado y tenía destrozados los pies. Buscaba la salida a Ciudad Juárez para pasarse al otro lado. Te juro que Ramón iba a entregarse, lo que él quería era que le arreglaran los pies. “Quiero agua, quiero agua y que me arreglen los pies”, gritaba desde un vitral roto.

Me acerque a él, tiró la escopeta y salió del recinto al reconocerme. Apenas vi que sonrió cuando ya estaba en el piso, muerto de un balazo. Lo había matado un francotirador, un hombre de Mayorga. No había nada que hacer. Los periódicos dijeron que murió en un fuego cruzado y yo renuncié a la judicial pasada una semana. Después vino lo que tú ya sabes: la música, las giras, tuve dinero, pero nada de eso era importante.

—¿Es verdad —preguntó Mayra— que puedes ver el futuro? ¿No pudiste prever la muerte de tu amigo? ¿El suicidio de aquel hombre que representabas?

Pero Carlos Vázquez no contestó, dejó un par de billetes en la barra y se dispuso a salir del bar, al encuentro de la noche. Allá afuera la sombra lo esperaba, dispuesto a devorarlo a él, a toda la ciudad y a todo el país. La misma sombra que devoró a Ramón Palafox y poco después al capitán Mayorga, muerto por el arbitrario número de veintisiete balazos, arrojado en una zanja a las afueras de la ciudad, con el amputado dedo índice introducido en la boca. Detrás de esa sombra, Carlos Vázquez ya no podía ver el futuro. 

Romam vado iterum crucifigi (o épica de la desgracia en VHS)

Gabriela Torres Olivares

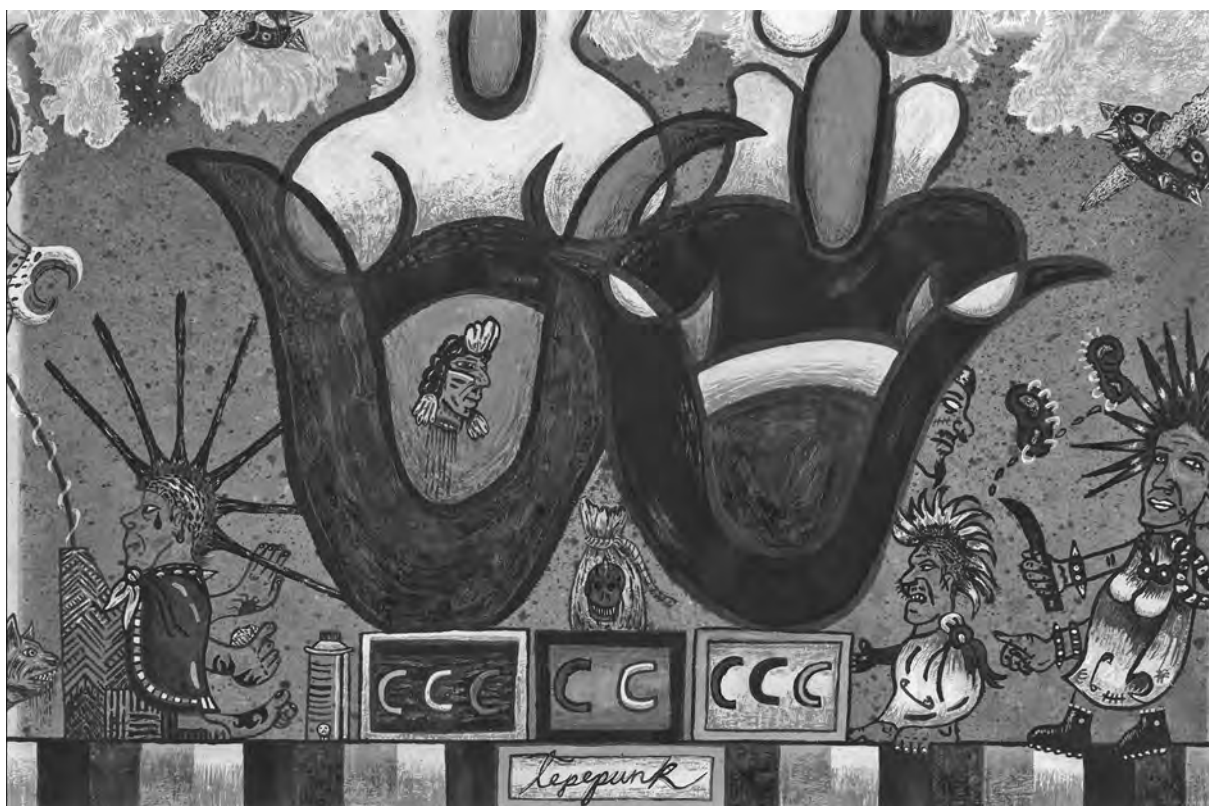
MONTERREY, NUEVO LEÓN, 1982

—*I like to remember things my own way [...]
Not necessarily the way they happened.*

Fred Madison en *Lost Highway* (David Lynch, 1997)

Este recuerdo no es la reinterpretación de un suceso concreto, sino la memoria de imágenes dadas por una película casera: horizontales líneas de ruido blanco superpuestas en el origen. Pese al deterioro de la cinta, en la pantalla se percibe un día soleado. No, no son brillantes colores los que delatan el estado climatológico, son los gestos de una muchedumbre exhausta que improvisa sombrillas con lo que tiene a la mano. Y algunos en la mano tienen vasos de coca con hielos, bolsas de papas fritas curtidas de limón y salsa, rebanadas de frutas con chile en polvo; y es probable que entre estas manos haya alguna que sostenga una furtiva cerveza envuelta en papel periódico. Es probable, pero esto no podría constatarse en el video, sólo en la conjetura que de él hace la memoria. Incluso, si el recuerdo tuviera mejor definición, podríamos especular pretensiones de huida ante el retraso del evento. La espera ha sido sólo unos minutos pero el sol sobre la piel traduce horas. La multitud está ansiosa y expectante, lentamente cocinándose en sus jugos para ver el espectáculo. Aunque ya sepan de qué va, aunque se haya repetido cada año. Cada año la rutina de aguardar pacientemente, sentados en las hieleras, en los cofres de sus carros, mientras la lixiviación del chile en polvo al contacto con la humedad de las frutas sucede.

Finalmente, el grito de un niño, invisible a cuadro, nos avisa la esperada aparición. En la pantalla, un grupo de hombres emulando a un ejército romano se abre paso ayudado por lanzas forradas de papel aluminio que hace unos días eran escobas. La gente los abuchea, los maldice, les tira cáscaras, bagazos, huesos de fruta, vasos de plástico, y los soldados contienen nerviosas risas, se cubren con escudos de cartón sin cesar en el avance. Cambia el humor del enjambre cuando al centro, en progresiva ovación, aparece un cristo mestizo sudando el exceso de maquillaje con el que pretendieron aclararlo. Una barba de peluche delinea el rostro lampiño y sus gestos efectuados por una cruz de triplay. Jadea, la multitud hace *doppler*, lo propagan, su sonido es una pelota que nadie deja caer. Unos pasos más atrás está la Virgen, cediendo protagonismo al que hoy ha de morir: con el hábito se cubre intentando simular

Santiago Robles, *Xochimilco*

congoja, la consuela uno de los apóstoles. La mancha humana, que hasta ahora ha experimentado el paroxismo de una diversidad de emociones, de pronto se torna sorprendida, recelosa, cuando María Magdalena hace su aparición. Un pedazo de cinta adhesiva contiene el bigote, puede percibirse que la peluca es una talla más chica pues se mueve a pesar de los fijadores y ese velo que no acaba por ponerla en su lugar. Los vapores de la respiración y el sudor amenazan con dejar escapar al bigote que María Magdalena detiene, aristocráticamente, poniéndose el dedo índice entre el labio y la nariz. Pero no es suficiente y se podría afirmar que, incluso, el pretendido remedio empeoró la situación. La cinta adhesiva vuela hacia la túnica y la multitud se divide, por primera vez, entre la indignación y la carcajada. Cristo curioso se vuelve sin soltar la cruz, indiferente al chicotazo producido por un látigo de estambre; la Virgen, ensimismada, no se percata del hecho y continúa su procesión *en offside*, hasta que el corifeo de travestidos romanos abruptamente se detiene.

Pareciera que el anónimo camarógrafo, encargado de filmar este recuerdo, no se dio cuenta de lo sucedido. O quizá sí. Quizá pensó que podría cortar el percance en la edición. O tal vez ambicioso, imaginaba que esta escena le permitiría participar en algún programa donde concursan accidentes que, según el grado de vergüenza, el público

Gabriela Torres Olivares. Ha publicado los libros de cuentos *Están muertos* (Harakiri, 2003), *Incompleto* (Ediciones Intempestivas, 2007) y *Enfermario* (FETA, 2010); este último será publicado en inglés por la editorial angelina Les Fígues Press.



galardona. Porque la cámara persigue el clímax, situándose en una María Magdalena que se tienta las enaguas para encontrar el pedazo de cinta. Por el sonido especulamos que la multitud se homogeneiza hacia la indignación, pues los decibeles de la risa van cesando. Y lo encuentra entre un silencio colectivamente espeso. Y rápidamente se lo lleva al bigote. Pero la cinta ya no tiene pegamento: entonces la calma chicha que precede al huracán. Y cae. Cae. Calló: afásica la furia se aglutina: gravedad. Y en su terquedad vuelva a ponerla, esta vez ejerciendo una presión inútil que acaba por adherírsela a los dedos sudorosos. *Slow motion* del recuerdo cuando triunfante el bigote gana el ápice de su notoriedad. Y María Magdalena piensa, imaginamos que piensa, en la inminencia de las piedras.

[Pero hay de piedras a piedras, y entre piedras cerebrales siempre existe una angular.]

Si estuviésemos en el presente de esta escena de textura granulosa, tal vez percibiríamos mayor drama en el sonido de lumbre oxigenada que hace una bolsa de celofán cuando, motivada por distintas emociones, una mano va arrugándola. Esa bolsa cuyo charco de jugo es la única prueba de que algo más alguna vez: el líquido mestizaje tiene un poco en lo que ahora la presencia que ya no. Pero esos minúsculos datos no son posibles en la memoria de la reproducción. Posible es avizorar la articulación de la palabra hombre emitida por una diversidad de bocas. Pese a que ya lo sabían, pese a que el signo del bigote arrastraba consigo la invisible semántica determinada por su órgano sexual, el hombre no terminaba de ser hombre hasta que la palabra lo nombró. Es un hombre es un hombre es un hombre su nombre es un hombre es su nombre su nombre es. Sucede inédito el cauce cuando el error es obviado para que la idea fluya en favor de la corriente. El plano secuencial de esta memoria da la ilusión de cortarse donde la mancha humana comienza primeros vapores: aisladas burbujas de ira se inflaman y revientan salpicando un horizonte que está a punto de bullir. Esta ilusión de fisura en la secuencia es producida por la exabrupta coreografía de los cuerpos que valsean su promesa de caos. No, no, esto es pura conjetura de interpretación, en realidad, la ilusión de corte en el plano secuencial es efectuada por una mano invisible entre la muchedumbre; o más bien un vaso: un vaso invisible sostenido por una mano invisible que lanza un visible chorro dorado y la inaudible sentencia ahí va el agua de riñón.

Atendiendo a la ilógica lógica de los recuerdos (más de los recuerdos no vividos, de los que nos son implantados por *footage*), en la memoria, la turba puede ser asociada con un ingrátido enjambre de abejas en el cielo de una caricatura: sus emociones devienen una flecha pixeleada que perpetuamente flota para domesticar la inminencia. La inminencia: esa membrana vulnerada por el grito que la estría:

Crucificala
Crucificalo
Crucificaloa
Crucificalao
Crucíficale

Verduga zarabanda para gestionar la herida. El pueblo decide. El pueblo ha decidido. *Alea iacta est*.

No hay aroma. En el recuerdo no vivido no hay aroma. Pero existe la posibilidad de interpretar o especular la información del sahumerio de mirra que sale del incensario que un monaguillo columpia a pesar del alboroto. Entonces, a partir de la breve aparición a cuadro de ese doncel en sotana, el recuerdo no vivido huele a mirra; pero si acaso esa señora espontánea¹ que, a efecto de las aglutinaciones, habitualmente aparece arrastrando una hielera con rueditas (cangurera a la cintura), hubiese sido capturada por la cámara, el recuerdo no vivido quizá también olería a tortillas de harina tibias que protegen con lealtad no humana los guisados de su dentro. Y probablemente este aroma suavizaría la incertidumbre del recuerdo o tal vez a la ansiedad de la memoria amainaría.

Pero no:

Vuvuzelas y matracas contrapuntean la euforia de un deseo milenario. Es un grito instalado en la información de cada uno, es una desconocida urgencia, una defensa inoculada en nuestros primeros años muy dispuesta a aparecer cuando se atentan cosmogonías. No el ritual de treinta y nueve latigazos, sino un grito que efectúa lo prematuro. Aquí la paciencia es un niño que jala la mano de su abuela, apura el paso y da un brinquito cada vez que escucha el *doppler* de los que a unas cuerdas el castigo exigen. Se vuelve intermitente y molesto, casi a punto de soltarla para ir corriendo hacia la multitud, quiere ya ser parte de lo que no sabe. Llegan a la escena y la muchedumbre abre espacio para privilegiar la mirada de esos dos que fugazmente suceden frente a la cámara. Los curiosos eran dos que a los minutos se volvieron fibonacci: ahora resulta imposible recordar los bordes de una multitud que fue ensanchándose a la velocidad del rumor.

Catalizador de este mosaico ecuménico es un bigote cuya dueña permanece estática, una fotografía que suda y parpadea apelmazadas las pestañas por la sal y el rímel. Su silueta es nuclear, le brinda cierto orden al derrame furibundo que la acota: área y perímetro; sin embargo es turista en su contexto (un incendio provocado y contenido por la brisa salivosa de los gritos), pantocrátor travestida en una justa futbolera

¹ Igual que la flora que sólo es posible tras los incendios, existe una fauna (humanos incluidos) que sólo es posible saberla por los percances.

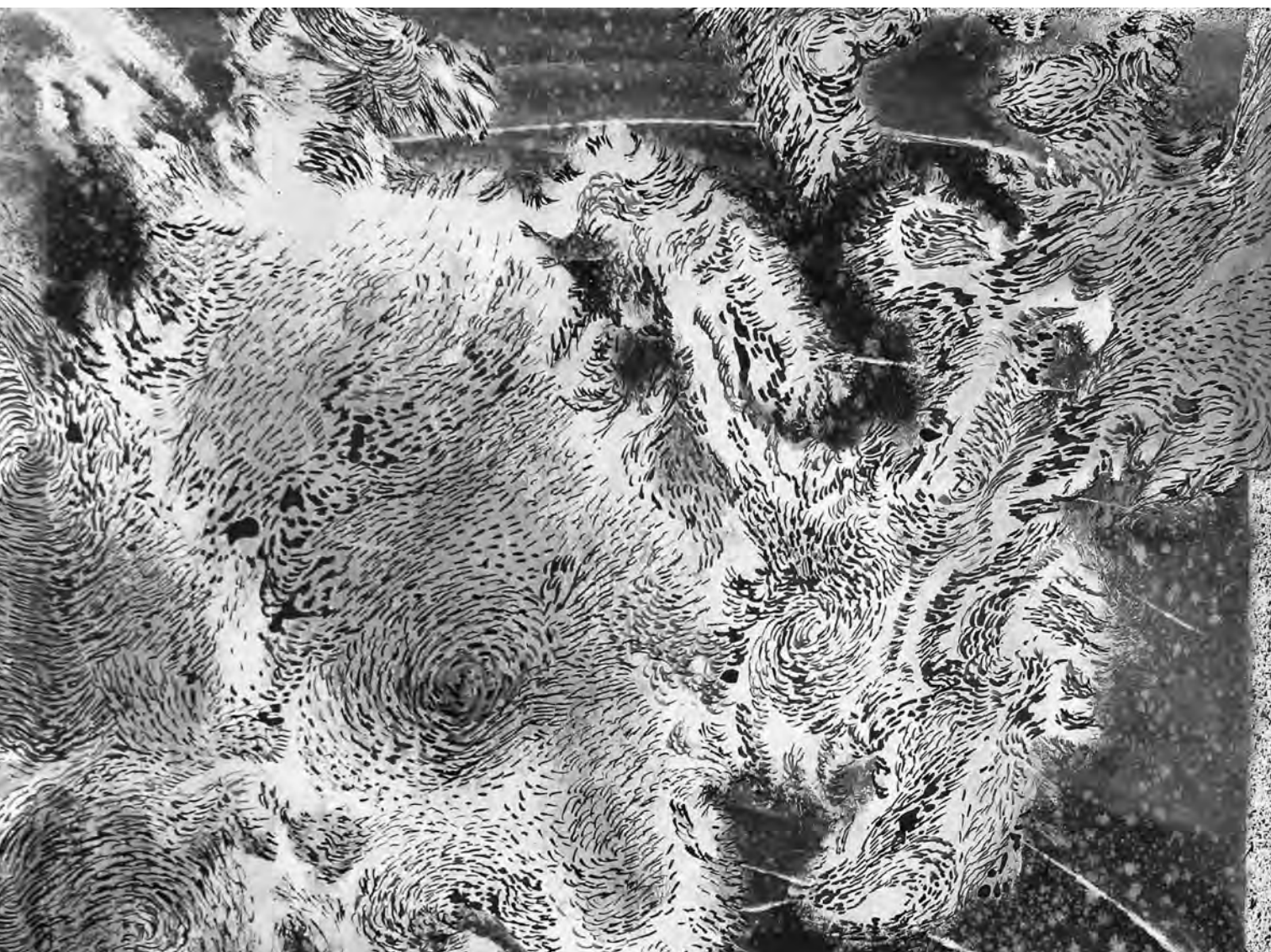
sin balón. La calidad de la imagen pardea colores y da la impresión de ralentizar movimientos, aún más ajeno se vuelve su presente, más pasado, más interpretativo, no lo que ocurre en la escena sino lo que la memoria reproduce. En la memoria del recuerdo no vivido, es esta extranjería la que suscita decoraciones sagradas, evoca un halo de santidad, artificia lo imposible: querubines como fénix que emergen de un charco de lodo y orgullosos aletean la desgracia junto a ella.

Aunque todo esto ocurre en la bisagra de una década pasada, probablemente cercana, la memoria añade ingredientes históricos, impactantes detalles de recortes medievales alguna vez visualizados en enciclopedias, fingidas emociones de *talk show*, genuinas, orgánicas reacciones colectivas en un estadio de fútbol (trasmitidas por televisión), adjetivos aprendidos en los titulares del periódico y/o la experiencia de una lesión propia, o su idea al menos, más si del souvenir de ese dolor hay cicatriz. El recuerdo no vivido es un *collage*, es el implante de un vía crucis donde es posible que María Magdalena haya sido un hombre, es posible que todos los intentos del sacerdote en turno por persuadir a la muchedumbre fueran en vano, son posibles los clavos, las flores de tétano que más maduran y se pudren bajo el insolente sol, es posible el aroma del salitre que perpetuamente se sublima para formar nubes de sequía (sobre un paisaje de mezquites, gobernadora y sahuaros), el jugo de limón al contacto con el chile, el sahumerio de mirra, el guisado de frijol con queso y su calor contenido por las tortillas de harina, es posible la cruz de triplay que se astilla por un peso incontenible y de inmediato se quiebra y sobre el comal de concreto deja caer el ominoso cuerpo de un hombre que pretendió ser mujer y ser puta. En el recuerdo no vivido, las líneas de ruido blanco superpuestas en el origen de la película casera son también protagonistas, son manchas añosas en las pupilas, son una persiana para atestiguar otro tiempo que sigue siendo presente y sigue siendo posible porque posible es la reproducción. Y en este aluvión de especulaciones, también es posible que quien recuerde lo no vivido tienda a identificarse con María Magdalena, con Jesús, con el ejército romano, con la amorfa muchedumbre, el sacerdote en turno, la abuela, o el niño, o ambos, aunque en realidad su percepción, su postura, su recuerdo, suceda a través de lo que captura la lente, es decir, desde un instante atestiguado por una persona que es el camarógrafo, de sus decisiones acorde a las capacidades de la cámara o de lo que consideró importante grabar, almacenar análogamente en una cinta magnética para llevar a cabo la posteridad.

En este recordar lo no vivido es igualmente posible que María Magdalena haya recibido el indulto, que la democrática intención de la muchedumbre haya sido aleccionadora, que su hostigamiento no deseara llevar un hombre a la cruz sino asustarlo simplemente, inaugurar un ejemplo, levantar la voz, decir que sí se puede y revirar previo al primer golpe para mostrar compasión y aplaudirse la misericordia de todos. Del cielo cae el confeti imaginario de una epifanía cuando se regocijan de la bondad propia, se celebran, suben el volumen de sus estéreos para que el ruido mate la pluralidad de sus gustos musicales en todas las calles. Que, tras la posibilidad de esa decisión, se haya instaurado el día de la benevolencia y la libertad de expresión (juntas) en el barrio, que se celebre cada año, que cada año haya un simulacro, que la gente se vista como se vestía la gente en esa época en que el video.

En el recuerdo no vivido todo es posible pues la prótesis de la memoria no alcanza a mostrar si María Magdalena fue crucificada o no. Cuando más alebrestada la muchedumbre, el tripié de la cámara hace un bamboleo que la memoria recuerda como un vaivén de la mirada, un temblor, trastabillar de los ojos, súbito *zoom in* al pavimento y los pares de zapatos que lo pisan. Entonces las paralelas líneas se ensanchan, ineludibles se buscan hasta encontrarse en la totalidad del ruido blanco que es muchas abejas sobre el cielo encapotado de una caricatura o un palimpsesto de píxeles 8 bits o la secuencia de planos arquitectónicos para llevar a cabo un abismo o la microscópica visión de una enfermedad imaginaria o el itinerario radiográfico del silencio o tal vez un dios que con su tecnología observa a la multitud en *time-lapse*. Es un *hiss* que gorjea ahí donde el olvido, es un sonido de azogue que sucede en los que intentan especular el rostro del camarógrafo al caer la cámara. P

Santiago Robles, *Una nube en el ojo* (detalle)



Ciudad que termina

Rafael Villegas

TEPIC, NAYARIT, 1981

*Para Dido Almárcegui (la primera Dido),
Humberto Armas (el muchacho de la cámara)
y Valeria Zomazy (la segunda Dido).*

Mi madre era comunista. O eso creía ella. Por eso no hice la primera comunión. Por eso y porque no quise. Quería hacerla porque veía que para la ocasión las niñas usaban vestidos bonitos. Se lo platiqué a mi madre. ¿Sabe qué me dijo?: “Puedes hacer la primera comunión, pero debes saber que una vez hecha, Dios ya no permite a las niñas contar mentiras”. Ella era española, doctora, pero a mí no me sale el tonito.

Se lo digo para que no se fíe de mí. Soy una niña que no hizo la primera comunión.

Nunca pude hablar por teléfono con nadie. No teníamos. Mi madre decía que por ahí nos podían espiar. Y no me quejo, eh. De hecho, hasta la entiendo.

Yo nací acá, pero unos años después mi madre quiso regresar a España. Allá pasamos tres años. Recuerdo que en la primaria española en la que estaba, yo tenía clases de ética mientras mis compañeros tomaban religión. Mis maestras se la pasaban haciendo bucles con mis cabellos, nada más para pasar el rato. Así que no aprendí ni ética ni religión.

Soy un espanto, ya sé. No debería decirlo yo. Es su trabajo, doctora. No me quiero entrometer. Usted es la que pone ahí si estoy loca o no. Seguro ya lo puso...

¿Sigo?

Lo que sea. Sobre mí.

Bueno.

Me gustaba consultar periódicos viejos. Hace mucho iba a la Biblioteca Pública, a la vieja. Antes yo era diferente, hasta fui a la universidad. Quería otras cosas. Apuesto a que no se lo imaginaba. Yo quería ser historiadora. No me titulé, pero me gradué. Me encantaban los microfilmes, y ese mueble que tenían en la biblioteca con cajoncitos llenos de tarjetas. Lástima que el lugar ése esté cayéndose. Un terremoto más y se viene abajo. ¿Ahora qué hay ahí?

Ah.

No, no he ido a la nueva biblioteca. ¿Ya para qué? Es otra vida, como le digo. A veces me acuerdo y hasta me da la impresión de estar en la cabeza de otra persona. ¿Le ha pasado? Había cosas que entonces me importaban mucho; ahora nada más me dan risa. Entonces era lesbiana. Lo soy, pues, porque eso no es como apagar o prender la luz. Lo que digo es que entonces me importaba el amor. Creo que estaba enamorada. Pero lo pienso y lo pienso y ya no me acuerdo de la sensación de enamorarse y todo eso. ¿Sabe qué es curioso? Que la conocí en la barranca de Huentitán, igual que al muchacho de la cámara. No sé si eso signifique algo, supongo que no.

Tenía casi toda la vida viviendo en Guadalajara, pero nunca había ido a la barranca. Quién sabe por qué. Mi madre y yo no salíamos de los mismos rumbos. Fue en la licenciatura que conocí la barranca, precisamente cuando dejé la casa. Me fui a vivir con unas compañeras. Vivíamos cerca del zoológico. Una de ellas tenía la costumbre de ir a correr a la barranca. La bajaba y la subía como si nada. Era saludable, no fumaba, no tomaba, tenía la cara muy lisita. Una vez la acompañé y ya me estaba muriendo nomás de bajada. No sé cómo salí de



Santiago Robles, *Huixtepec, el fuego nuevo*

ahí. Pero la barranca me gustó, me propuse hacer ejercicio, no tanto, eso sí, no tan drástico. Empecé a irme sola al parque mirador que está al norte de la Calzada Independencia, donde la ciudad termina. Pues ahí conocí a Miriam. Ya sabe, fue amor a primera vista, como dicen. Ella usaba una sudadera naranja, casi fosforescente. No pude no notarla. Ella era investigadora. Resultó que estaba de visita, que iba a vivir una temporada en la ciudad, que daría un seminario de Transcorporalidad y Urbanismo. Yo hice la misma cara cuando lo escuché, doctora. Pero no se me olvida, era experta en eso. Nos hicimos compañeras de ejercicio y amantes, porque ella estaba casada. De verdad que estaba enamorada de ella, le digo que no me acuerdo de lo que sentía, pero sé

lo que hacía. Hasta me metí a su seminario. Me gustaba cómo llegaba y se sentaba a la cabeza de una de esas mesas grandes, ovaladas. Colocaba un par de libros y fotocopias frente a ella y daba inicio a la sesión. Apenas aprendí algo ahí. Miento: sí, sí hay algo que aprendí y que nunca se me olvidó. Ella tenía una manera, un tono poco común de decir las cosas, de explicarlas. No era como los demás investigadores. De repente se podía poner, ¿cómo decir?, como metafísica. Una vez nos dijo que Guadalajara no debía existir. Que su fundación no tenía significado alguno. Ya sabe, la fundaron varias veces por varias partes; hasta en Zacatecas, creo. Miriam decía que la ciudad era un error tras otro, como cuando tumbaron todos esos edificios del centro para hacer la cruz de plazas. A pesar de todo, aunque no lo crea, ella decía que Guadalajara era su ciudad favorita de México. Precisamente por eso, porque no tenía razón de existir, decía, porque esta ciudad era, según ella, como uno de esos mundos planos, pero sin tortugas o elefantes debajo. Que eso le gustaba, que la ciudad no estaba amarrada, que no estaba definida por su pasado, que no estaba sobre capas y capas de ruinas. Que era como las personas que se hacen cirugías todo el tiempo y que ya ni se acuerdan de cómo eran o de qué querían arreglar en un principio. Guadalajara estaba acostumbrada a derrumbarse a sí misma; sí, eso decía Miriam. Que le gustaba que aquí, en el fondo, no había nada sagrado. O que lo único sagrado para Guadalajara era estar cambie y cambie. Algo así decía. ¡Ah, claro! Y que por eso le encantaba ir a la barranca. Que se le hacía muy curiosa una ciudad junto a un abismo; esa palabra usaba: abismo. A lo mejor era medio exagerada, pero es cierto que Guadalajara no es una ciudad junto a un río o a un lago, o junto al mar. Chapala no cuenta. Yo no lo había pensado, pero sí es curioso. ¿Y se fija cómo la ciudad hace como que la barranca no existe? Es como si la ciudad le hubiera dado la espalda a la barranca. Casi ni está a la vista. Por eso el parque mirador es tan bonito, es como el agujero de una cerradura. Uno puede espiar algo que no se supone que veamos.

Sí, bueno, es que usted me dijo que le contara lo que quisiera.

Okey.

Pues antes le decía que me gustaba revisar los periódicos de la Biblioteca Pública. Los revisaba en orden cronológico. No iba a investigar algo en particular. Sólo los repasaba. Creía que en algún momento daría con un tema que podría servirme para hacer la tesis. Ahí andaba yo, hojeando los periódicos uno por uno. No los leía todos, claro, pero los repasaba. Ahora me doy cuenta de que nada más perdía el tiempo, que en el fondo ya sabía que nunca iba a acabar una tesis ni a ser historiadora ni nada. Pero así fue. ¿Se fija cómo ya hablo en pasado de todo? Sé que me voy a quedar aquí hasta que me muera.

Sí, sí, voy hacia algo. Le decía que revisaba los periódicos de encabezado en encabezado. En *El Informador* me topé un día con una nota roja que me llamó la atención. Más que la nota, me llamó la atención la foto que la acompañaba. Una mujer había matado a su marido con un hacha. Primero le dio con un marro y luego con un hacha. La historia es buena. ¿Quiere oírla?

Hecho. Pues sucede que esta mujer, Dolores se llamaba, se casó con el señor Pérez treinta años antes de salir en el periódico. Ah, esto pasó en los sesenta. Treinta años es mucho tiempo, pero en realidad el señor Pérez sólo estuvo en casa los primeros cuatro años. Luego se fue de bracero y ya no se supo nada de él por un buen tiempo. Pero el señor Pérez regresó. Descubrió que su mujer ya tenía otros dos hijos, hijos que no eran de él. El señor Pérez fue comprensivo; después de todo, sabía que ni una carta había sido bueno para mandar desde Estados Unidos. Dolores y su esposo dijeron: “Empecemos de cero.” Y así fue. Pero el hermano de Dolores, el hermano, oiga bien, estaba muy enojado con ésta por serle infiel al señor Pérez durante su ausencia. Amenazaba con matarla. Le decía al señor Pérez que si él, como marido, no la mataba, entonces él, como su hermano, sí lo haría. Un día disparó su pistola contra Dolores. No le dio, pero casi. Dolores declaró después que las balas le pasaron cerca. Dolores empezó a temer por su vida, pues vio que la amenaza iba en serio. Para esto, el señor Pérez se la pasaba borracho. A veces se atrevía a reclamarle a su esposa su infidelidad, aunque luego se arrepentía. Pero otra vez bebía y era lo mismo. Se ponía terco, insoporable. Y así pasó todo. Él llegó borracho, pero esta vez no atacó a su mujer con puras palabras, se le fue al cuello

y la quiso ahorcar. Dolores empezó a gritar y apareció una de sus hijas, Amparo. Mire, qué curioso, se llamaba Amparo. Y Amparo no encontró mejor forma de ayudar a su madre que trayéndole un marro. Y con el marro Dolores le dio un buen golpe en la cabeza al señor Pérez. El golpe fue bueno, pero no tanto. El señor Pérez seguía vivo, me lo imagino babeando, sabe por qué, pero si el golpe fue en la cabeza, por lo menos lo dejó tonto. Entonces Dolores se dio cuenta de que debía matarlo. Que si ella no lo mataba, el señor Pérez la mataría a ella. El señor Pérez o su hermano. Entonces Dolores le pidió a Amparo que le trajera el hacha. Y la pobre Amparo no quiso. Se fue a su cuarto y se metió bajo la cobija. La misma Dolores tuvo que ir por el hacha. Ya cuando la tuvo en sus manos, la dejó caer sobre su marido varias veces. Zas, zas. Hasta entonces apareció otro hijo, el más grande, un larguchón de veintiocho años. Vio la escena: su madre con el hacha ensangrentada, la cabeza del señor Pérez toda cortada, el marro en el suelo. ¿Sabe lo que hizo? Nada. Nada, nada. Ahí se quedó viendo y le dijo a su madre: “Qué bien quedaste. Sácatela como puedas. Yo me voy a dormir.” No se me olvida. Dijo eso y se fue a dormir. Porque el muchacho dormía con su esposa en el cuarto de al lado. A mí todo esto me parece muy raro, claro, pero así decía en el periódico. Y Dolores se libró de su marido y se mantuvo con vida. Ésa es la historia feliz. Su foto viene en el periódico. Usted misma puede ir a la biblioteca y ver la foto. Es cierto, doctora. Ahí salen Dolores y Amparo. Dolores con el marro, lista para golpear de nuevo a quien se deje y se lo merezca; Amparo sale con su mirada triste, la pobrecilla se hizo cómplice por ayudar a su madre. Pero ni modo de no ayudar a la madre de una, ¿verdad?

No digo que hacer algo así esté justificado. Pero el mundo es un lugar muy raro. De veras. Hay situaciones que la hacen a una lo que es. Y ya siendo de tal o cual manera es que una decide hacer las cosas que hace. Porque es cosa de una. Yo sé que maté a esas personas. Pero el asunto no empieza ahí, no sale de la nada. Hay eventos que se encadenan. Uno controla las acciones, pero no el encadenado. Así es la vida.

La pobre Dolores, básicamente, tenía un problema químico. Hace poco leí en *National Geographic* un



Rafael Villegas. Es narrador, historiador y doctor en Historiografía por la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Es autor, entre otros libros, de *Juan Peregrino no salva al mundo* (Paraíso Perdido, 2011) y *Monstruos de laboratorio. La ciencia imaginada por el cine mexicano* (Instituto Mexiquense de Cultura, 2014). Coantologó *Festín de muertos. Relatos mexicanos de zombies* (Océano, 2015). Textos suyos aparecen en antologías como *Los viajeros. 25 años de ciencia ficción mexicana* (SM, 2010) y *Hic Snt Dracones. Antología crítica de la literatura fantástica mexicana* (FETA, 2013), entre otras. Ha obtenido los premios Nacional de Poesía Amado Nervo 2005, de Ensayo Literario Agustín Yáñez 2005, Julio Verne 2007 y 2009, y Nacional de Cuento José Agustín 2009. Fue becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2010-2011). Actualmente es profesor en la Universidad de Guadalajara. Su página de autor es: <www.apocrifa.net>. “Ciudad que termina” fue publicado en *Río entre las piedras* (Paraíso Perdido, 2015).

artículo sobre la química del amor. Decía que hay dos sustancias que provocan que ames a alguien: la oxitocina y la dopamina. La dopamina se libera cuando estamos apasionados, cuando se dice que alguien está loco de amor. La oxitocina es la que nos mantiene unidos a pesar de lo que sea, y dicen que los viejos la liberan en mayores cantidades, por eso la costumbre es más fuerte que el amor, como dice Rocío Dúrcal. Pero bueno, ambas sustancias, la oxitocina y la dopamina, son el amor. Seguro que nadie en la policía las consideró cuando revisaban el caso de Dolores. Tal vez en ese tiempo ni siquiera los científicos sabían que esas sustancias existían. No sé. No quiero decir que todo lo que hacemos sea culpa de sustancias químicas, pero muchas cosas sí. Están dentro de uno. Como atrapadas, como escritas por alguien más. No digo que Dios o que el Diablo lo manejen a uno, pues, como si fuéramos de esos monitos guiñol.

Como títeres. No somos títeres, no creo. Yo no soy creyente, doctora, pero le digo que hay cosas que una no entiende. ¿Quién soy yo, o usted, para decir que las razones de Dolores para matar a su marido son comprensibles? Que yo no haya podido enamorarme de nadie después de Miriam es algo que se explica químicamente. Oxitocina, dopamina. Pero no por eso digo que Dolores fuera como yo. A lo mejor a ella sí la poseyó el Diablo, digo, no creo, pero yo qué sé. Una no sabe.

Sé que nadie me quiere creer. ¿Pero qué quiere que le diga? Me pidió que le dijera lo que pasó. Y esto fue así: yo vi al muchacho de la cámara en el parque de la barranca. Como le dije, agarré la costumbre de ir ahí desde la licenciatura. En fin. Después de que Miriam regresó a su casa, me dieron ganas de entrar a un maratón, pero luego

de un tiempo me dio flojera. “Hazlo por salud, aunque sea”, me decía a mí misma, “No siempre vas a ser joven.” Así que desde ese tiempo no había dejado de correr. Me levantaba tempranito. Me ponía mis tenis y la sudadera naranja de Miriam, que olvidó la mañana que se fue. Agarraba Avenida de los Maestros, luego Circunvalación y de ahí subía por la Calzada. Dejé de vivir por el zoológico, pero encontré un departamento no lejos de la barranca. La conoce, ¿no?, la barranca. No le pregunté hace rato.

El parque es bonito. Pasa el zoológico y el planetario, hasta donde topa la Calzada. A un lado está la Facultad de Arquitectura de la UDG. Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, como le dicen ahora. Pues ahí, a un ladito, está el parque mirador. Fue buena idea que pusieran el parque. Hay un cancel alto y desde ahí se alcanza a ver un largo camino de cemento bordeado por árboles. Al fondo no se ve nada a ciertas horas, por la niebla. ¿Ha visto una película rarísima que se llama *El año pasado en Marienbad*?

Es rara. Debería buscarla. Seguro se consigue en video o en internet. Ya ve que ahí ponen todo. Pues siempre me acordaba de esa película cuando iba a empezar a correr. Me acordaba de una imagen de la película: un jardín y un camino que lo atraviesa. Se ven algunas personas que apenas se mueven; como le digo, la película es muy rara. Aunque hace mucho que no la veo, no me crea todo. A lo mejor no me acuerdo bien. Pero recuerdo que en el camino que pasa por el jardín hay personas, unas solas, otras en parejas. Junto al camino hay arbolitos en forma de cono y esculturas blancas; lo extraño es que éstos no dan sombras, los objetos y las plantas no dan sombra, a diferencia de las personas. Es como si



Santiago Robles, *El origen*

un sol iluminara a la gente y otro muy distinto a los arbolitos y a las esculturas. Eso me hacía pensar a veces si no estaremos todos así, como iluminados cada quien por un sol diferente. Por eso no nos podemos entender entre nosotros. Yo no podría entenderla a usted, ni usted a mí. No del todo, pues. Como a Dolores, yo nunca la pude entender completamente.

Bueno, pues por ese camino de cemento bordeado por árboles empezaba a correr todos los días. Ahí calentaba. Aunque antes de calentar me ponía a ver el camino que llegaba hasta la barranca. Esperaba a que amaneciera. En ciertas épocas del año hay mucha niebla, como le digo. Y no se ve nada. Nada más me veía yo, supongo, con mi sudadera naranja fosforescente, la sudadera de Miriam. Cuando había más niebla es cuando más me gustaba correr. Sacaba ganas de quién sabe dónde. Me gustaba ir avanzando sin saber muy bien qué había adelante. Claro que sabía, pues, pero yo hacía como si no supiera. Y entonces llegaba al primer mirador. Al principio con eso tenía para bofearme. Después llegaba a ese punto como si nada. Y me quedaba en ese mirador. Sentía que flotaba entre la niebla y que a mi alrededor, abajo, arriba, por todos lados, no había nada. Puro espacio. Todo blanco. De verdad, uno estira la mano y apenas se ven los dedos. Así de densa se pone ahí la niebla muy temprano.

Por lo general me quedaba en el mirador hasta que el sol pegaba más fuerte. Entonces la niebla se disipaba y ya podía ver mis manos. Veía la barranca y los árboles a mi alrededor. Veía a la gente que, como yo, iba a correr. Y yo seguía con lo mío.

Pero un día la niebla no se quitó. Yo sabía que el sol ya estaba ahí, pero la niebla no se iba. No le voy a mentir: tuve miedo. No sé por qué, pero algo me dio miedo. Entonces vi al muchacho de la cámara. Estaba parado en las escaleras que bajan del parque a los miradores. Esas escaleras con montones de escalones, como de pirámide. Ahí estaba el muchacho. Me grababa desde arriba, donde empiezan las escaleras, o donde acaban, según se vea. Me grababa, nada más eso. Era flaco. Con el cabello muy cortito. De lejos se veía pelón, pero no, sí tenía cabello. Su cara no la vi bien. No podría reconocerlo. No, no podría. Tenía la cámara sobre la cara. Vestía normal. Ya sabe, normal: pantalón de mezclilla, una chamarra. Hacía frío. A esa hora siempre hacía frío, pero se puso más frío cuando vi al muchacho. Y pensé en reclamarle, llamarlo perverso o algo. Pero no lo hice. Le di la espalda y me puse a mover mi mano entre la niebla. Como lela, no sé por qué lo hice, de veras no sé. Movía mi mano como si fuera un avioncito o un pájaro. Sabía que el muchacho me grababa mientras lo hacía. Como que me gustó.

Que me grabara, digo, me gustó que me grabara. Y así estuve un rato, dizque haciendo volar mi mano entre la niebla. Luego me detuve. Cuando volteé, el muchacho ya no estaba.

Sí.

Sí, sí. Al día siguiente me llegó el paquete con el casete. No venía el remitente. Ningún dato. No sabía que se podían mandar paquetes sin remitente. Pero sí. Le pedí una cámara a una vecina, puse el casete y ahí estaba yo. Era la película de mi vida. Lo sé, sé cómo suena, pero así fue, doctora. La película de mi vida, desde que nació. Desde antes, desde antes. La primera escena era de mi madre en el hospital. Mi madre tenía ese amigo *hippie* que conoció en Chiapas cuando dejó España para unirse al EZLN. Porque mi madre era española, ¿ya le dije?, y quería unirse a los zapatistas.

Primero vi esto en la pantallita de la cámara, pero luego la conecté a la tele para ver mejor.

La fantasía sexual de mi madre era desenmascarar en la selva al subcomandante Marcos. Es cierto, ella me lo dijo. Por eso se vino a México y por eso yo nací aquí en Guadalajara. Su experimento en Chiapas no funcionó. Pero mi madre era lo que se dice una rojilla, tenía que intentarlo.

Pues ahí estaba mi madre con su amigo *hippie*. Mi madre toda agitada, sudando. Dar a luz debe de ser horrible, por eso yo nunca quise tener hijos. El *hippie* le decía a mi madre que respirara, que se calmara, que mejor pensara en Dido. En mí. Mi madre hablaba gritando. Es que ella siempre se resistió a los modos mexicanos. Pues mi madre le contestaba al *hippie* que no me llamaría Dido, que me llamaría Sabina, como los árboles que se dan en su pueblo. Mi madre siempre fue, ¿cómo se dice? Siempre fue chauvinista. Aunque tal vez menos de lo que ella misma pensaba: al final me puso Dido, ¿no?

De ahí, el video pasaba a un momento de mi niñez. Ya no lo recordaba. Entraba al cuarto de mi madre y la encontraba llorando. Mi madre estaba muy guapa, con un vestido azul y un peinado muy bonito, pero ya no traía aretes, no sé por qué me llamó la atención eso. Le preguntaba qué tenía. Mi madre respondía que nada. Junto a ella, sobre la cama, había una botella de vino. Dentro de

la botella había una cuerda enroscada. Yo tomaba la botella en mis manos y me sentaba junto a mi madre. Le preguntaba qué era eso y mi madre me contestaba que era un regalo de mi padre. Fue la primera vez que mi madre mencionó algo sobre mi padre. Yo nunca le había preguntado nada sobre él, y de hecho nunca lo hice. Sólo le dije en ese momento que era un regalo muy feo. Mi madre sonrió, se limpió los mocos con un *kleenex* y me dijo que algún día, cuando fuera grande, entendería que una cuerda de contrabajo metida en una botella no era un regalo. Nunca supe nada de mi padre, ni su nombre, ni nada. Aunque años después, cuando estaba en la licenciatura, vi una expo en el Museo de las Artes: en una de las salas había, sobre muchos pedestales, botellas con cuerdas de diferentes instrumentos musicales dentro; en esa misma sala, en las paredes, uno podía ver fotografías de obras de arte arrugadas. Así como le digo, el artista arrugaba carteles de pinturas famosas, “La Mona Lisa”, no sé, o la ola del japonés ése; luego desdoblaba los carteles, les tomaba una foto y los enmarcaba. Digo, no es que sepa de arte, pero entonces sentí como pena o tristeza, me dio tristeza pensar que el autor de esas cosas pudiera ser mi padre. Nunca volví a pensar en él, o sí, pero se me quitaron las ganas de llegar a conocerlo algún día.

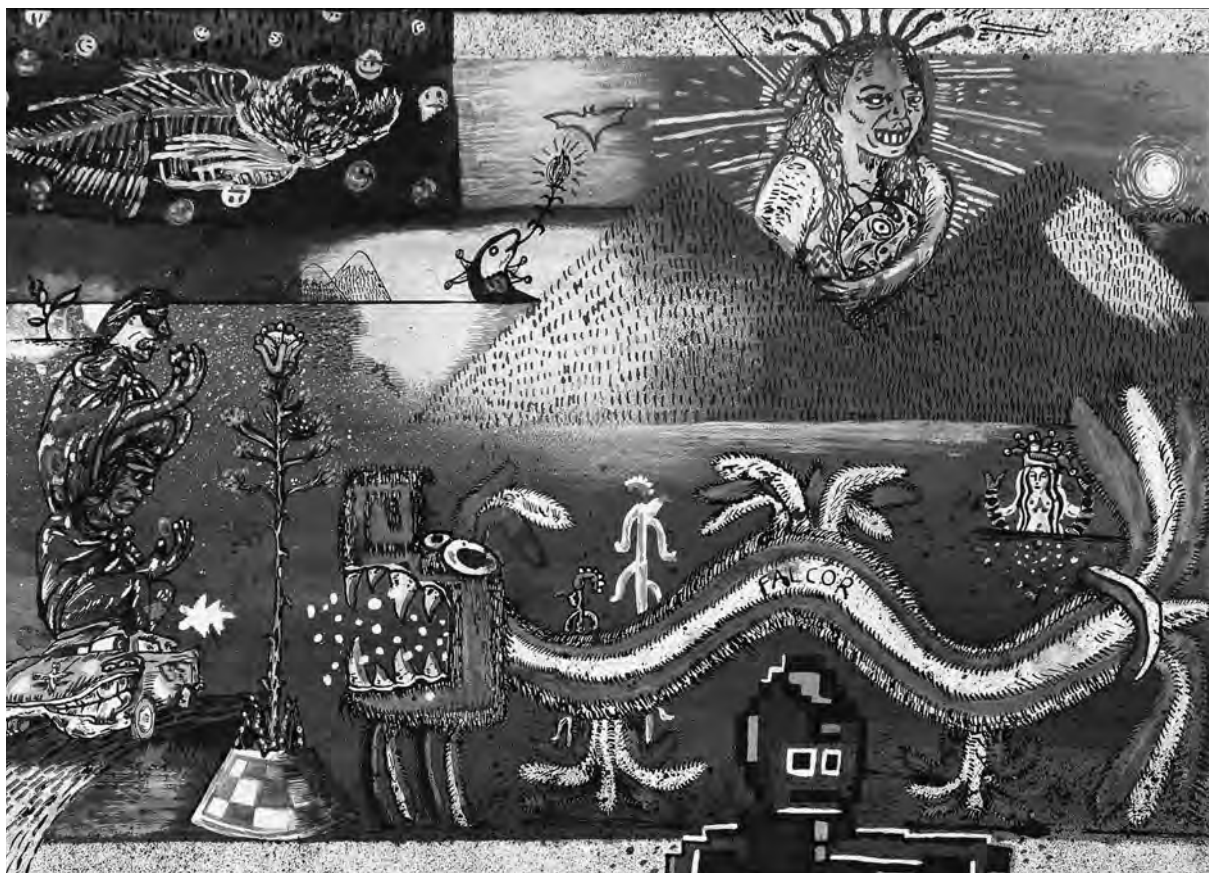
Le decía: salían más cosas en el casete. Muchas cosas de mi vida. Era uno de esos casetes que duran ciento veinte minutos. El muchacho de la cámara no se había terminado la cinta. Entendí que el resto de la cinta era mi futuro.

Eso pensé, sí. Me quedé viendo un buen rato la pantalla negra. En silencio. En la pantalla negra vi lo que tenía que hacer. No, no lo que tenía que hacer, sino lo que haría. Lo demás, ya lo sabe todo el mundo, ¿no?

¿Ya se va?

Sí. Ya es hora. ¿Qué va a comer?

Tiene suerte de no ser árabe. No lo digo por racista. La gente siempre piensa que soy racista. Pero no, es que los árabes no comen patas de cerdo. Si fuera árabe, doctora, tendría prohibido comer patas de cerdo por una razón muy buena: los pies son la parte más cercana al suelo, ¿no? Y el suelo es la parte más cercana al infierno, que está abajo. Así que los pies son la parte del cuerpo



Santiago Robles, *Creémos encontrar el alimento*

más cercana al infierno. Es curioso, ¿verdad? A veces los pies no sirven para llevarnos a lugares mejores. Hay veces que nos acercan al infierno. Si esto nos hacen los pies a nosotros, imagínese lo que le hacen sus patas a los pobres cerdos. Para los árabes no hay cosa más abominable. Bueno, no sé si para los árabes o para los musulmanes, ya ve que no son lo mismo. Pero así me lo contó un viejo al que le compraba chácharas en la Colonia Americana. No sé qué habrá sido de él.

No se vaya todavía, doctora. Quiero decirle algo. Le voy a contar, es importante.

Ese viejo al que le compraba chácharas se llamaba Joaquín, o se llama Joaquín, no sé. Una vez Joaquín me dijo que también había visto al muchacho de la cámara. Él no estaba al tanto de lo que vi cuando la pantalla

se puso negra. Él no tuvo nada que ver con lo que hice. De verdad. No le conté nada de esto. Pero a él también le había llegado su propio casete, el casete de su pasado y su futuro. Bueno, pues Joaquín me dijo lo que vio en su futuro. ¿Sabe lo que vio?

Vio el mundo quemándose. Como una bola de tela bañada en gasolina, consumiéndose lentamente. Eso vio.

No me cree. Está bien, está bien. Lo veo en su cara. No hay problema. A fin de cuentas no tiene por qué creerle a una niña que no hizo la primera comunión, ¿verdad?

¿Le puedo pedir un favor?

Cuando me muera, quiero que lancen mi cuerpo al mar. Quiero seguir moviéndome un rato más, ya sabe, antes de que el mundo arda. Puede apuntarlo, si quiere. **P**





Universidad Nacional Autónoma de México